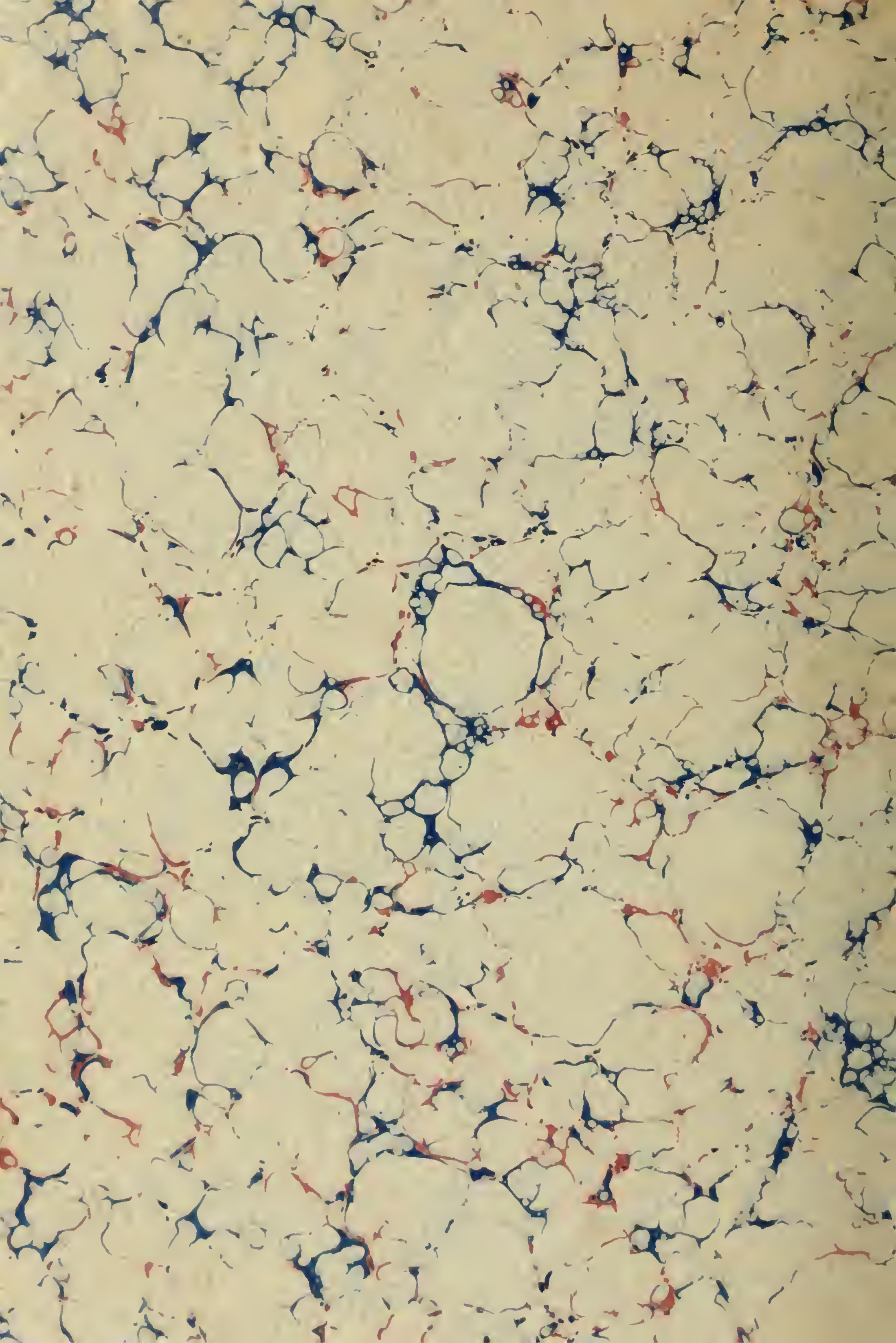






NOCHES LITERARIAS.

NOCHES

LITERARIAS

EN CASA

DE

NICOLAS AZCARATE.

Tomo II.

HABANA.

IMPRENTA LA ANTILLA
CALLE DE CUBA NUMERO 51.
1866.

SATURNINO MARTINEZ.

A RAFAEL MARIA DE MENDIVE.

Otra vez el amor con dardo agudo
Hiere tu corazon...... brilla en tu frente
Nueva chispa de luz, y un sol de fuego
Resplandece, con llama enardecida,
En el vasto horizonte de tu vida.
El ángel de la dulce primavera
Vuelve á sembrar de flores tu camino,
Y otra vez del arroyo cristalino
Encuentra, en la pacífica ribera,
Sombra y frescura el triste peregrino.

Con nuevo amor el corazon se lanza
Tras nueva inspiracion y nueva vida,
Nueva luz le fascina en lontananza,
Restaña del dolor la ardiente herida;
Y en alas de la fúlgida esperanza
Los horizontes de la tierra olvida.

Todo le brinda amor...... en todo encuentra
Algo de la ilusion deslumbradora
Que le arrebata el corazon: en todo
Sueña escuchar un eco que enamora,
Un suspiro que vuela, un vago acento,
Una dulce expresion arrobadora,
Que remedan con timbre macilento
Trémulos ayes que lanzó á deshora
El ángel que idolatra el pensamiento.
Ora le arroba el pájaro que canta
Sobre el arbusto que se mece al vago
Soplo del áura, que su vuelo plega
Sobre la tierna flor con dulce halago;
Y ora la espuma que en su torno riega
El blanco cisne que veloz navega
Sobre las ondas del tranquilo lago.

Todo se olvida entónces. . . . Hasta el dulce
Recuerdo del amor, que tiernamente
Nuestras almas hirió la vez primera
Con su dardo candente,
Cruza por nuestra frente solitaria,
Cual vaga nube por el ancho cielo,
Cual ave que atraviesa los espacios
Con silencioso vuelo.

Hable sino tu corazon, que ardiente
Palpita, de emocion estremecido,
Al beso de un amor profundo y tierno,
En tus horas de angustia concebido.
Cuando partido en borrascoso dia
El dorado eslabon de la cadena
Que á los encantos del placer te unia,
Era tu corazon grano de arena
Que en los abismos del dolor se hundia;
Cuando con honda y fiera desventura
El inflamado párpado sentias,
Húmedo aun del llanto de amargura
Que por la ausencia del amor vertias:
Cuando sólo soñabas con la altura

Y libre ya tu corazon creias
De los lazos del mundo y su locura ;
Torna de nuevo á encadenar tus dias
El sublime poder de la hermosura.
De nuevo brilla en tus ardientes ojos
Lágrima tembladora , que retrata
La intensa conmocion que el alma siente
Al cruzar por el campo de tu frente
La espléndida ilusion que te arrebata.
¡ Y llorabas ayer tu amor perdido !
¡ Y no pensabas . en martirio tanto ,
Que la fé de otro amor borrar podria
Las huellas de tu llanto !

¡ Todo cambia en la vida , y aunque todo
Tiene su centro de atraccion marcado ,
Todo concurre al prefijado punto
Por camino apartado ! . . . .
Goza , goza la luz que el nuevo dia
En tu agitado corazon derrama ,
Y ensanche tu lozana fantasía
Su refulgente llama.

Goza tu nuevo amor . . . que eterno sea ,
Coronado de fúlgida aureóla ,
Dulce continuacion del libro de oro
Que orló de perlas el amor de Lola.

EN EL HURACAN.

(Soneto.)

Semejante al tronar de la metralla,
Que la pujanza varonil sofoca,
Cuando ensanchando la rugiente boca
Feroz el mónstruo de la guerra estalla:

Así, salvando la anchurosa valla
Del ronco mar, que su furor provoca,
Retumba el huracan de roca en roca
Y el movimiento universal acalla.

Entra mugiendo la espantada fiera
De su caverna en el recinto inmundo:
Póstrase á orar la humanidad entera;

Y en tanto ¡oh Laura! en su dolor profundo,
Mi triste corazon, que ansioso espera,
Piensa en tú amor y olvídase del mundo.

HEREDIA.

(Soneto.)

Al rudo pié de la veloz corriente
Sentóse á reposar el peregrino ;
Y pájaro cantor , mezcló su trino
Al ronco són del mugidor torrente.

La blanca espuma , en confusion hirviente ,
Formando vaporoso torbellino ,
Con densa nube encapotó el camino
Que lo apartaba de la zona ardiente.

Coloso allí , sobre el peligro insano
Alzó con calma la cabeza al cielo
El valiente cantor americano :

¡ Yo soy Heredia ¡ oh Niágara profundo !
Dijo ; y la fama con gigante vuelo
Abrió á su nombre la extension del mundo.

LA ORACION DEL HUERFANO.

Antes que el sueño mis cansados ojos
Venga con mano trémula á cerrar,
Postrado al pié de mi jergon de paja,
Dejadme orar.

Hundió su imperio en Occidente el dia,
La noche vino de su solio en pos....
Yo pude hallar un pan y encuentro un lecho,
¡ Gracias, buen Dios!

En este mismo albergue, moribundo,
Mi anciano padre acarició me ayer,
Y tendióme la diestra para nunca,
Nunca volver.

Aun parece que envuelta en el misterio
La sombra de mi madre vuela en paz
Por esta triste alcoba, recatando
La dulce faz.

Por ellos nunca en la azarosa vida
Sabré los infortunios maldecir,
Que sólo me enseñaron á ser pobre
Y á bendecir.

Por ellos siempre al inclinar la frente
Del blando sueño á la impresion letal,
A tí mi ruego fervoroso envío,
Dios inmortal.

Mi ruego, sí, mi ruego por el triste
Que abaten las angustias y el dolor,
Y por el alma que perdió en la tierra
Dicha y amor.

Por la resignacion y fé constante
Del infeliz hermano que se vé,
Al rudo són de criminal cadena,
Mover el pié.

Yo soy un pobre huérfano, que á ciegas
Cruzando voy el escarpado erial,
Y puedo hundir la planta en el revuelto
Cáuce del mal.

¡ Dios de mi porvenir! tú que en el hondo
Grave silencio de la noche estás
Oyendo mi oracion.... no me desvies
Tu amor jamás.

Solo en el valle oscuro de la vida.
Sin alma humana que me induzca al bien,
¿Quién, sino tú, me librará piadoso
Del vicio, quién?

Mas ¡ah! mis padres al tender el vuelo
Para la eterna celestial mansion.
Por santa herencia á mi horfandad dejaron
La educacion.

Astro que nunca el huracan violento
De las pasiones eclipsar podrá;
Siempre á mis ojos la bendita senda
Mostrando irá.

¡Triste de aquel que en el paterno labio
Jamás su linfa espiritual bebió!
¡Culpa no es suya si del crímen fiero
La senda holló!

Con ella en el revuelto torbellino
Que airado envuelve al hombre sin piedad,
Puede tal vez hallar de sus ensueños
La realidad.

El ángel peregrino que en su seno
Vierta las blancas perlas del amor,
Como el alba su lluvia de diamantes
En mústia flor.

¡ Cuán diferente, entónces, este niño
Que hoy se reclina en mísero jergon,
Con fé profunda elevará en tus aras
Santa oracion!

¡ Déjame, ¡oh Dios! en el revuelto mundo
Formarme una familia y un hogar,
Y en medio de mis hijos y mi esposa
Ponerme á orar!

Jamás codiciaré timbres ni honores ;
Sólo el puro blason de mi honradez ,
Pues con su amor me sobrará en la tierra
La esplendidez.

Siempre te rogará mi humilde labio
En su profunda y férvida oracion ,
Lo que hoy el pobre huérfano te implora ,
¡ Tu bendicion !

RUEGO MATERNO.

¡ Oh tú , Señor , que con bondad suprema
Riges el movimiento y das la vida ,
Piedad te pide en lágrimas bañada
Esta madre afligida !

Mírame al pié de tu sagrada imágen ,
Lamentando el rigor de la fortuna ,
Sola con mi afliccion . . . . ¡ Y el hijo mio
Enfermo en pobre cuna !

¡ Enfermo está mi arcángel ! . . . Y en la alcoba ,
Donde postrada estoy junto á su lecho ,
Sólo se oyen mi voz y el comprimido
Respirar de su pecho.

La noche está serena ; mas mi oido
Hasta en el viento que lejano zumba ,
Sueña escuchar los golpes que da el hombre
Abriéndole la tumba.

Tiene fijos en mí los tiernos ojos ,
Y en su inocente faz descolorida
Pintada está la angustia que consume
La sávia de su vida.

El es , Señor , el ángel que yo adoro
En el cielo feliz de la inocencia ,
La estrella que ilumina el horizonte
De mi pobre existencia.

Es el cisne que gime adolorido
De mi amor en la orilla silenciosa,
El brillante que ostenta solitario
Mi diadema de esposa.

Cuando no sufre el inocente mio
Siempre con sus halagos me consuela,
Y es un eden de risas para mi alma
Su boca pequeñuela.

Mas hoy que anubla sus azules ojos
Y consume la angustia, su belleza,
Me traspasan el pecho sus miradas
De angélica tristeza.

Póngolo tierna con amantes brazos
A los piés del sagrado crucifijo,
Y parece, tan rubio y tan hermoso,
Que es un ángel mi hijo.

¡ Mírale aquí ! . . . su frente está marchita . . . .
Vélase en sus pupilas la luz pura . . . .
¡ Que no muera , Señor , que no se apague
El sol de mi ventura !

Muévate á compasion la triste madre
Que de la vida en el oscuro yermo ,
Piedad te pide en lágrimas bañada
Al pié del hijo enfermo.

LAMENTOS DE UN PROSCRIPTO.

¿ Adónde , adónde volveré , Dios mio ,
La entristecida frente ,
En esta noche de pavor y angustia ,
De mis lares ausente ?

Cubre mi corazon el mármol frio
Del dolor más profundo ;
Y á mi triste lamento no responde
Nadie , nadie en el mundo.

Cuento las prolongadas vibraciones,
Que en la torre lejana,
Del sonoro reloj despide al viento
La lúgubre campana.

La nieve de los cielos desprendida
En la tierra se cuaja,
Y en cada limpio copo hallar espero
Mi fúnebre mortaja.

En este mismo instante, en otras noches
De amor y de ventura,
¡ Cuántas veces logré la amante cita
De pálida hermosura!

¡ Cómo me late, al recordarla, el pecho!...
¡ Que espina tan aguda
Me hiere el corazon!... ¡ cómo me asalta
La punzadora duda!

¡ Quién sabe ¡ oh Dios ! si miéntras yo suspiro
Solitario y errante ,
De un felice rival escucha tierna
La confesion amante ! . . .

¡ Dios proteja el amor de los dichosos ,
Que en la nocturna calma ,
Abren ¡ ay ! al placer , como las flores ,
Los cálices del alma !

Yo sin un lecho en que apoyar la frente ,
Vagando á la inclemencia ,
Siento que apaga el gélido granizo
La luz de mi existencia . . .

¡ Cuánto es amargo lamentarse á solas
En extranjera playa ,
Viendo cómo la vida lentamente
Palidece y desmaya !

Y no escuchar la voz consoladora
De una madre, que amante,
Con solícito afan, al hijo enfermo
Interroga constante!

Mas ¿ qué importa vivir sin paz ni amores,
En honda desventura,
Si la patria espirante me pedia
Consuelo en su amargura?

Por ella á Dios rogué . . . . si á Dios no plugo
Alentar mi esperanza,
Quédame siempre del heróico intento
La dulce remembranza.

Y pues no pude disipar las frias
Nubes que tristemente
Empañan la expresion arrobadora
Y el brillo de su frente;

Venga de proscripcion el cáliz hondo
Hasta los bordes lleno;
Yo apuraré con ánimo esforzado
Todo, todo el veneno.

TUS CANTOS.

(A la Señorita Doña María de Santa Cruz.)

Tu aliento es el perfume de los nelumbios rojos
Que brotan en la orilla del lago temblador ;
Y dulcemente irradian en tus vivaces ojos
Las fúlgidas estrellas su claro resplandor.

Tu talle es débil junco que en plácida ribera
Al beso del favonio colúmpiase gentil :
Tu boca la alborada que alegre y placentera
Descubre entre corales el perfumado Abril.

El áura de los bosques, rizando tus cabellos,
Aspira de tus labios el jugo embriagador:
¡ Qué pláticas tan dulces murmurarán en ellos
En noche silenciosa las brisas del amor!

Mas yo no admiro tanto la luz de tu pupila,
Ni el ámbar de tu aliento, ni el labio de coral,
Como ese misterioso brillante, que rutila
Velado allá en tu frente con mágico cendal.

¡ El genio te enaltece!... y el alma del poeta,
Al brillo de su fuego deslúmbrase y no vé,
Y quema ciegamente, de su pasion secreta,
La mirra y el incienso, en aras de su fé.

Paloma que te duermes al són que forma el agua
Cayendo sobre un bosque de nítido azahar,
Arcángel que tu vuelo posaste en la Macagua,
¿ Es muy hermoso el cielo donde has debido estar?

Cantora que te inspiras, radiante de inocencia,
Y tal parece entónces que brota tu cancion,
Con todo el jugo nuevo, y el hálito, y la esencia
Que exhala, al entreabrirse, el tierno corazon.

Tus cándidas hermanas, las vírgenes del cielo,
Derraman en tu frente su vívido fulgor,
Y son tus cantilenas, baladas que en su vuelo,
Esparce por las àires el ángel del amor.

Tus cantos son el ruido que forma en noche estiva
En próxima enramada armónico llover,
El són que en los abetos esparce fugitiva
La brisa embalsamada del fresco amanecer;

Remedos vagarosos del místico concierto
De un coro de querubes, en hora matinal,
Que hienden del espacio el diáfano desierto
Cual mágicas alondras con trino virginal.

Tu voz es el suspiro que temblorosa exhala
Al soplo de la noche, la rosa del jardin,
El ruido misterioso que forma con el ala
Cruzando las esferas velado serafin.

Por eso, cuando cantas, parece que te elevas,
Espléndida y aérea, en pos de otra region,
Y del cerúleo manto angélica te llevas,
En cada blanca estrella, prendido un corazon.

¡Oh vírgen de esta zona! ¡Que siempre tus cantares
Alivien amorosos la angustia terrenal!
Y en bien de los que sufren, ¡Sirena de estos mares!
No suelte nunca el plectro tu mano angelical.

¡CANTA!

(A la Señorita Doña Julia Perez Montes de Oca.)

¡ Oh tú ! paloma que del terso lago
El cuello rizas en la espuma breve ,
Y del sutil favonio al fresco halago ,
Regalando tu arrullo al viento vago ,
Gallarda empinas la cerviz de nieve :

Tú , que el acento arrobador levantas ,
Y en los espacios de la luz se pierde
Al són de los arroyos y las plantas ,
Cándida alondra , que en penacho verde
Plegas el ala voladora y cantas :

Cuando á las nubes tu cancion elevas
Dando á los aires el plumaje rico,
Y tal pareces que fugaz te llevas
Todo el perfume de las flores nuevas
Aprisionado en el clavel del pico;

Deja que el triste pensamiento mio
Tras tí remonte el atrevido vuelo
Por los inmensos campos del vacío,
Cual pajarillo audaz del bosque umbrío
Que osado intenta remontarse al cielo.

Deja tambien que su laud mezquino
El trovador del infortunio vibre,
Al escuchar el canto peregrino
Del arcángel de Dios, que al mundo vino
A cautivar el pensamiento libre.

Deja que el labio con placer te nombre
La vírgen celestial que dulcemente
En Cuba logra que su voz asombre,
Y que le rinda con aplauso el hombre
Lauros de honor con que ceñir su frente.

Tú que á la flor del juvenil encanto
Unes de la virtud la rama verde
Y de las musas en el templo santo ,
Porque tu nombre el porvenir recuerde ,
Prendes gloriosa el purpurino manto.

Oh ! plegue á Dios que en la escabrosa senda
De este mundo de sombras y de hastío
Jamás el infortunio te sorprenda ;
Y que brote la flor y mane el rio
Do quier que intentes colocar tu tienda.

El ángel del amor batiendo el ala
Rize la fresca flor que en tu cabello
Suaves perfumes al ambiente exhala ,
Cíñate el mirto de oro , y por más gala
De ricas joyas te circunde el cuello.

El áura breve que la móvil onda
Del límpido Almendar besa tranquila ,
Arrulle sin cesar tu trenza blonda ,
Y que siempre el placer tersa y redonda
Perla columpie en tu vivaz pupila.

Que eternamente tu garganta sea
Ebúrneo manantial, y por las flores
Del dulce labio, derramar se vea
En el vuelo apacible de la idea
El himno espiritual de los amores.

Mas pulsa en tanto la sonante lira
Y al caro nombre de la patria entona
Los tiernos cantos que su amor inspira,
Que si el áura patriótica respira
Digno es tu corazon de una corona.

Implora que jamás el cierzo impío
Tronche sus ceibas, ni sus campos tale,
Que siempre con pausado murmurío
Juegue en ellos la brisa del estío
Y el arroyuelo bullidor resbale:

Que cuanto hermano en la desgracia gima,
Súbito irguiendo con vigor la frente
El abatido corazon redima
Del tenebroso piélago rugiente
En que el destino abrumador le oprima.

Y canta , canta , deteniendo el vuelo ,
Gallardo cisne , en límpido remanso ;
Que en tanto yo te pintaré en mi anhelo
Como se pinta un arroyuelo manso
Que copia en sí la majestad del cielo.

A MR. PRUME.

Viajero , que de paso por el mundo ,
Eternizando vas tu fama y nombre , —
¿ Quién eres , dí , que alcanzas en la tierra
Templos de admiracion do quier que al hombre
Descubres el poder que tu alma encierra ?
¿ Quién eres , quién , que llevas en la frente
Ese vivo esplendor que el hombre apénas
Alcanza á contemplar , cuando en sus venas
Hervir la sangre alborozada siente ?
¿ Quién eres tú , que cuando el arco pulsas ,
Y haces que brote de las cuerdas de oro ,
De armónicos acentos un tesoro ,
Sueñan las almas , de placer convulsas ,

Oir los cantos del celeste coro ?
¿ Eres tal vez el paraninfo hermoso ,
Que anuncia á los mortales
Una vida mejor , un mundo lleno
De glorias ideales ?

Bello es oir en tarde silenciosa
El canto de la alondra , que su vuelo
Plega en el cáliz de fragante rosa ;
Bello escuchar la voz del arroyuelo ,
Cuando con blanda música armoniosa
Dulces himnos de amor dirige al cielo ;
Y reclinado en la arboleda umbría ,
Sobre alfombra de plácida verdura ,
Percibir el armónico bullicio
Del manantial que brota en la espesura ;
Y el ronco trueno que en los aires zumba
Al són del mar , cuando agitado choca ,
Quebrando espuma en la erizada roca
Dó encuentra su furor perpétua tumba.

Yo he soñado escuchar en fresco estío ,
Todo formando universal concierto ,

Al pájaro y la flor , al mar y al rio ,
Y á las brisas que cruzan el desierto.
Todo en mis sueños lo escuché , y en todo
Hallaba el corazon dulce consuelo;
Mas de las artes invocando el nombre ,
Siempre exclamaba en mi abrasante anhelo :
— " Aun puede más la inspiracion del hombre. " —

— " Aun puede más " — y te escuché , y el raudo
Vuelo del atrevido pensamiento
Sobre mares de luz llevóme altivo
De fama y gloria para tí sediento.
¡ Y te vuelvo á escuchar ! y nuevamente
El corazon enternecido lanza
Suspiros de placer , cuando en tu frente
El brillo espiritual á ver alcanza
De la antorcha que , fúlgida en tu mente ,
Señala de la gloria refulgente
El templo celestial á tu esperanza !

Y siempre al escucharte , conmovido ,
Esparcir por los vientos dilatados

Los ecos del violin, estremecido,
En mi mente volcánica he sentido
Bullir los pensamientos agitados,
Como al soplo del Noto embravecido
Bullen las olas en el mar; y el nombre
Del arte proclamando, he prorumpido —
— "¡No puede más la inspiracion del hombre!" —

Yo he visto que al pulsar el arco de oro
Se dilata tu espléndido semblante,
Y conmovido al verte y palpitante
He derramado enternecido lloro.
Y he dicho al contemplar en el proscenio
El vago resplandor que orla tu frente: —
— "Allí existe una luz que dulcemente
Irradia en mi interior, allí está el Genio!" —
Parece entónces que con vuelo altivo
Súbito hiendes el azul espacio,
Y te pierdes, errante y fugitivo,
En piélagos de luz y de topacio.

Tú á cuyas sienes, como el Sol al dia,
Da el Genio resplandor, el vuelo lanza

En alas de la libre fantasía
Tras la bella ilusion de tu esperanza.

Lánzate audaz y piérdete en la inmensa
Llanura esplendorosa ,
Tras cuyo azul y dilatado velo
La patria de los Genios se levanta
Sobre discos de luz : — rápido vuela ;
Y si apiñadas las gigantes nubes
Ocultan tempestuosas
El templo celestial que tu alma anhela ,
Estremeciendo la region del viento ,
El arco pulsa . . . . y al vibrante acento
Que retumbe en la bóveda sombría ,
El mismo Dios, radiante de alegría
Te abrirá la mansion del firmamento.

LA ESPERANZA.

(Dedicada á la Señora Doña María Luisa Fesser de Azcárate.)

¿ Qué cosa ¡ oh Dios ! es la esperanza ? — Estrella
Que brilla en la region del sentimiento
Y siempre en pos de su radiante huella
Se lleva arrebatado el pensamiento.

Tras ella va la humanidad perdida
Al ronco són del huracan que zumba ,
Hasta que al fin de la cansada vida
El fardo arroja y húndese en la tumba.

Sin ella el corazon es hondo abismo
De angustia y de dolor , y su mirada
No alcanza más allá del borde mismo
Que circunda su lóbrega morada.

Es un angosto valle, donde nunca
Brota una flor angélica, y si nace,
El filo agudo del dolor la trunca
Y la escarcha del tédio la deshace.

Yo he llegado, en mi oscura fantasía,
A imaginarla un vívido destello
De la frente de Dios, que al hombre guia
Hácia el mundo esplendente de lo bello.

Y es que su brillo, en el dolor profundo,
Viene constante á iluminar mi frente,
Como tras densa noche sobre el mundo
Brilla el fanal espléndido de Oriente.

Es que del infortunio en la sombría
Esfera tempestuosa, cuando al cielo
Implora el corazon en su agonía
Un instante de luz y de consuelo;

Ve siempre que en el mar de su amargura
Un misterioso resplandor se extiende,
Como cuando algun pez, en noche oscura,
La superficie de las olas hiende.

Y es ella entónces que con faz gallarda
Surge del corazon sin mancha alguna,
Como del fondo de una nube parda
Radiante de esplendor la blanca luna

Paloma del Eden que el triste lloro
Viene á enjugar del alma adolorida,
Y abriendo dulcemente el pico de oro
Bálsamo celestial vierte en su herida.

¡Con qué placer el corazon la nombra,
En sus horas de angustia y de desvelo,
Vírgen espiritual, á cuya sombra
Se sueña siempre con la paz del cielo!

Angél consolador, que manso vuela
A la vista del hombre, y complacido,
Le muestra sin cesar el bien que anhela
En fácil lontananza suspendido.

Ora lo lleva en sus ligeras alas,
Tras el verde laurel de la victoria,
Ora le brinda del placer las galas,
Ora el brillo esplendente de la gloria.

Hácenos ver, radiantes de alegría,
El mágico ideal con que se sueña,
Y si al quererlo asir la fantasía
En hondo precipicio se despeña;

Ella tambien á la mansion oscura
Con nosotros desciende, y nuestro llanto
Enjuga allí, consoladora y pura,
Con las fúlgidas orlas de su manto.

¡Nunca nos abandona! de la infancia
A la encorvada ancianidad, risueña,
Siempre volando fúlgida á distancia,
El fin de la jornada nos enseña.

Pósase al borde de la móvil cuna
Del sonriente arcángel pequeñuelo,
Y un porvenir de gloria y de fortuna
Deja entrever al maternal anhelo.

Tiende más tarde el ala de esmeralda
Por la bella estacion de los amores,
Y nunca vuelve, con desden, la espalda
De la ilusion á las brillantes flores.

¡Y siempre nos consuela!... Hasta en el duro
Y amargo, de morir trance preciso,
Nos muestra, por espléndido futuro,
Más allá de la tierra un paraiso.

Y ángel consolador, blanca paloma,
O dulce y bienhechora compañera,
Siempre al doliente corazon asoma
Como al seco jardin la primavera.

Con ella siempre el viajador se lanza
Tras un mundo mejor, sin rumbo cierto,
Que jamás abandona la esperanza
A los tristes que cruzan el desierto.

Pero sin ella ¡oh Dios! en el camino
De la existencia oscura y desgraciada,
¿Qué fuera el hombre? — ¡Esclavo del destino,
Hijo infeliz del polvo de la nada!

RAFAEL M. DE MENDIVE.

UN BRINDIS.

I.

Al poeta está sólo reservado
Tocar tu corazon , mujer hermosa ;
Si otra mano lo pulsa , — destemplado ,
Deja de ser un arpa melodiosa : —
Deja de ser la fuente placentera
Que al mundo ofrece fecundante riego ,
El áureo templo donde amor impera
Y el alma siente su celeste fuego.
Brindemos , sí , brindemos por aquella
Que fué de los poetas el escudo ,
Y á sus versos cedió piadosa y bella
Lo que el oro jamás comprarle pudo.

II.

En la mansion de una Beldad, la puerta
Tocaron la Riqueza y el Talento,
Y ganosos los dos de verla abierta
Redoblaron con fé su audaz intento.
Con llave de oro la Riqueza entónces
Forzar quiso las régias cerraduras,
Pero en vano logró romper los bronces,
Si abrió la puerta para hallarse á oscuras.
El Talento, — ciñéndose la frente
Con diadema de luz esplendorosa.
Venció la oscuridad, y reverente
Pulsando el arpa cautivó á la hermosa.
Brindemos, sí, brindemos por aquella
Que fué de los poetas el escudo,
Y á sus versos cedió piadosa y bella,
Lo que el oro jamás comprarle pudo.

III.

Amor que busca espléndida morada
Donde reside altiva la riqueza,

Es cual perla que brilla avergonzada
En la frente de impúdica belleza ;
Mas el amor que generoso enciende
El alma del poeta ; — en las regiones
En donde el Sol de la verdad esplende
Le place hallar sus bellas ilusiones . . . .
Sí , que su patria hermosa está en el cielo ,
Y aunque en la tierra férvido lo inspira
El corazon de la mujer ; — su anhelo
Es ver en Dios el bien por quien suspira.
Brindemos , sí , brindemos por aquella
Que fué de los poetas el escudo ,
Y á sus versos cedió piadosa y bella
Lo que el oro jamás comprar le pudo.

A MARIA SANTA CRUZ.

En las tinieblas tristes, en que envuelta
Mi vida se encontraba, de repente
Brilló un rayo de luz; miré la esbelta
Forma de una mujer cruzar y, ardiente,
Latió de nuevo el corazon que helado,
Muerto al amor y á la ilusion creia;
Y de nuevo brillar miré extasiado
La blanca aurora de un risueño dia.

Nuevo amor, nueva vida, nuevo aliento
Para el cansado corazon! Gozoso,
Torné á sentir, como por vez primera,

De la ilusion divina el delicioso
Beso que torna en verde primavera
El desierto del alma, y anhelante,
Dí un adios cariñoso á mi pasado,
Y en pos del rayo del amor brillante
Tras nuevos horizontes me he lanzado.

Los sueños de la hermosa poesía,
Las doradas visiones,
Las dulces esperanzas que en un dia,
Dieron vida á las bellas ilusiones
De la edad juvenil, el dulce encanto
De un alma vírgen que al amor se entrega,
Cuando loca y en alas
De aquel deseo misterioso y santo,
Al mar de la pasion se arroja ciega,
Torné a sentir de nuevo. ¡Oh qué armonía
En el cielo, en la tierra! ¡Cuán gozoso,
Al calor de ese nuevo sentimiento,
Brotar del alma inquieta
Sentí un raudal de inmensa melodia,
Cuál del peñasco rudo,

A la mágica vara del Profeta ,
Brotó la fuente que tornó el desnudo
Desierto de la Arabia en prado ameno
De hermosas flores y frescura lleno !
Y oí entónces tu voz , como el suspiro
Del ángel del amor , que envuelto pasa
En ráfagas de luz , y el alma mia
Rasgando el velo de luctuosa gasa
Del olvido profundo en que yacia ,
De nuevo amó : tus formas celestiales
Y tus cantos de miel , dulce María ,
Volvieron ¡ ay ! al alma que gemia
Sus ya perdidos sueños virginales.

Buscó de nuevo el corazon amante
El ámbar de la flor , el murmurío
Del arroyuelo limpio y transparente
Y las trémulas gotas de rocío ,
Que brillan á la luz del Sol naciente ;
Y una mujer hallé , que reclinada
Junto á la orilla de mi erial camino ,
Suspiraba de amor enajenada ;

Y su acento sonoro y argentino
Era igual á la voz con que recitas
Tu generoso canto peregrino.

Por eso á tí mi corazon se eleva
Y te bendice tierno y palpitante,
Paloma de los valles de mi patria;
Porque tus dulces cantos tembladores
Penetraron mi espíritu, y ufana
El alma recordó que eres hermana
Del ángel de mis últimos amores.
El áura melancólica, que besa
El delicado cáliz de las flores,
Constante arrulle tus ensueños de oro
Y perfume tu sien. Sigue esparciendo
De la sublime caridad las flores
Y cantándole á Dios; tu blando acento
Consuelos dé á los íntimos dolores
De los que lloran tristes en la tierra,
Como has dado calor y sentimiento
A cuanto amor mi corazon encierra.
Sí! que tu voz á los espacios suba

Derramando tesoros de armonía,
Angel de bendicion, vírgen de Cuba!
Y el mundo escuche con asombro el canto,
Que en horas de evangélica ternura,
De tu lira brotó, bañado en llanto,
Como un rayo de luz en noche oscura.

A ITALIA

en la muerte del Conde de Cavour.

Piangi, che ben hai d'onde, Italia mia
LEOPARDI.

Noche de insomnio y de supremo duelo
Con fúnebre crepon, bañado en llanto,
De Italia cubre pavoroso el cielo;
Y en són de queja, y de alabanza en canto,
Los genios de la paz y de la guerra
De luto llenan la asombrada tierra.
No tan veloz ni airado se desprende
De la encendida nube en la tormenta
El rayo bramador; ni audaz emprende
Libre su vuelo con mayor pujanza
El águila del noto perseguida,

Que el grito con que Italia conmovida,
Marchita al ver la flor de su esperanza,
Con prepotente voz anuncia al mundo.
Tu muerte, oh Conde, y su dolor profundo.

Rápida corre de Turin al Sena
La nueva infausta; lúgubre restalla
En Lóndres y en Berlin; respira Viena;
Venecia llora, y la Polonia calla....
Y el eco en tanto por los anchos mares
Salvando altivo la robusta valla
Que de Europa separa nuestros lares,
Murió, repite, en la abrasada zona,
Murió Cavour, el genio peregrino;
El que de Italia, rota la corona
Del antiguo poder, con raro tino,
Y á despecho de innobles ambiciones,
Al carro la elevó de la victoria
Sobre alfombra de libres corazones
Y ardientes votos de esperanza y gloria.
Si su brazo jamás la fuerte lanza
De Rómulo blandió; ni el duro acero
Cubrió su pecho en la feroz matanza,

Su pluma fué la espada del guerrero,
Más victoriosa, cuanto más potente
La fuerza del destino incontrastable
Encadenó su mano diligente
Humillando su espíritu indomable.
¡ Ved de la tierra destrozado el seno
En los sangrientos campos de Novara!
Un rey valiente, impávido y sereno,
Confiando en su valor, que el mundo abona,
De la desgracia en brazos desafía
La muerte en el peligro.... y la corona,
Que en su frente marcial tán bien lucia,
Pierde, y con ella el cetro soberano
Que al suelo arroja su convulsa mano.
De nuevo queda con fatal cadena
Mísera Italia al infortunio atada.
¡ De nuevo á ser el cielo la condena
Estátua muda en soledad callada!
¡ Estátua del silencio, la que fuera
De la elocuencia asombro en la tribuna!
¡ Imágen de la impúdica ramera,
Ella, que fué del heroismo cuna;
Y tumba del oprobio y la mentira!

¿A quién tal suerte compasion no inspira?
¿Qué humano corazon, bañado en llanto,
No tiembla al ver abandonado el solio,
Y en sangre tinto y desgarrado el manto
Que orgullo fué del régio capitolio?...
¿Quién no suspira al escuchar las quejas
Que en lúgubre rumor el pueblo lanza,
Desde las duras y enlutadas rejas
Donde cautivo llora su esperanza,
Donde el odioso látigo irritante
A la severa ley ha sucedido,
Y en todo pecho vibra palpitante
De la oprimida víctima el gemido?

En tan sublime lucha, la experiencia
Y el lento meditar sobre las ruinas
Donde aparece cruel la indiferencia
Tronchando flores y sembrando espinas,
Pudo tan sólo, con robusta mano,
Los daños conjurar del despotismo,
Y del protervo yugo al italiano
Salvar cegando tan funesto abismo.

¿ A quién los ojos de la Italia entónces
En tan oscura noche se volvieron ?
¿ Qué nombre ilustre los sonoros bronces
Del Arno al Pó , vibrantes repitieron ?
Los hijos de la patria bien lo oyeron :
¡ El héroe fué Cavour ! ¡ Ilustre nombre
Que eternamente vivirá , cual prenda
De lo que alcanza el corazon del hombre ,
Cuando severo á la torcida senda
Que al infamante deshonor conduce ,
Vuelve la espalda y con tenaz empeño ,
Luchando siempre , á realidad reduce
Lo que juzgáran deslumbrante sueño !
No de la intriga fué , no del perjurio
Ni del mentido fausto cortesano
Que á nobles pechos es fatal augurio ,
Instrumento servil su docta mano.
¡ Antes supo á los odios y rencores
Anteponer con ánimo sereno
De libertad los dones bienhechores !
¡ Antes supo romper el duro freno
De la razon de estado , cauteloso ,
Su complicada red hacer pedazos ,

Y en la espantada frente del coloso
Que á Italia oprime con potentes brazos
Lanzar el guante de venganza y guerra!

Aun muda está y atónita la tierra;
Aun tiemblan de pavor los corazones,
Al ver los bellos campos inundados
Por numerosas bélicas regiones:
Los alterosos Alpes asombrados
La frente inclinan, sosteniendo el peso
De la Francia, que vuela victoriosa
A defender la enseña del progreso
Luchando por su causa generosa.
¿Qué mano fué, decidme, la que pudo
Así la furia contener del rayo,
Cubrir la patria con tan fuerte escudo,
Y á la Europa sacar de su desmayo?
¿Qué mano fué, la que enlazando osada
El cetro augusto con la ruda espada
Del héroe de Palermo vencedora,
De la discordia la execrable tea
Trocó en brillante y apacible aurora?
Fija en su mente la fecunda idea,

Se agita y lucha infatigable obrero;
Nuevos triunfos le pide á la fortuna,
Al pueblo exalta, impávido y severo,
Con su elocuente voz en la tribuna;
Y á las armas tambien libertadoras
Con palmas de la gloria merecidas,
Alienta su valor, si vencedoras,
Consuela su infortunio, si vencidas.
¡Todo lo alcanza, todo, hasta el martirio!
El pueblo, el trono, la tribuna, el foro,
La sublime expresion de su delirio
Admiran, cual brillante meteoro
Que en la espantosa noche de la vida
Rayo de luz ofrece al pensamiento,
Volviendo al corazon la ya extinguida
Savia inmortal del patrio sentimiento.
No más fuerte ni intrépido, en el carro
De la victoria Aquiles se recrea
Con frente altiva y ademan bizarro
Los dioses desafiando en la pelea....
Ni sube á tanto del laurel la rama
Que en los sangrientos campos de Farsalia
César osado le arrancó á la fama,

Como el pasmoso triunfo de la Italia.
Más ¡ ay ! que envuelto en nube pavorosa,
Con siniestro fulgor brillar se advierte
Sobre su frente espléndida y radiosa,
El misterioso rayo de la muerte!
Mas ¡ ay ! que ya se dobla su cabeza!
Mas ¡ ay ! que el cielo sin piedad lo mira,
Y en torno de su lecho la tristeza
Esparce flores, y el dolor suspira!

Oh tú ¡ Dante inmortal ! luz asombrosa
Del pensamiento humano, y del eterno
Amargo sollozar de Italia hermosa,
Las puertas cierra á tu encantado infierno.
Sal de la tumba, y de la patria afianza
En tanto duelo el arco de la alianza,
Despertando el valor y el ardimiento,
Al poderoso influjo de tu acento.
¡ Esperanza, Italianos, Esperanza!

JUAN MUÑOZ Y CASTRO.

TODO ES POR TI.

(Melodia de T. Moore.)

Si hallo en la vida gusto y contento,
Oh dueño amado, lo debo á tí.
De dia y de noche mi pensamiento
En tí está fijo, tan sólo en tí.

Al pecho alienta
Dulce esperanza
De bienandanza
Des que te ví.

Y si en mis penas
O en mis desvelos ,
Hallo consuelos
Los debo á tí.

Antes que viera tus ojos bellos
Ya estaba mi alma ligada á tí :
Libre hasta entónces me vieron ellos
Y yo no vivo mas que por tí.

Como las flores
Se abren al rayo
Del sol de Mayo ,
Mi pecho así ,
Sólo aguardaba
De Amor la herida
Que hace mi vida
Feliz por tí.

Cuando á su templo quiere la Fama
Llevar mi nombre , me habla por tí ;
Pues con sus luces mi ardor no inflama
Miéntras su brillo no llegue á tí.

Yo de las musas
Devoto ardiente
Gratuitamente
Culto les dí.
Pero laureada
La lira mia,
Ver hoy querria
Sólo por tí.

A EMMA.

(Traduccion de Lord Byron.)

Pues ha llegado ya el fatal momento
En que te alejas de tu tierno amante,
Ese pesar nos falta, y al instante
Nuestra felicidad cambia en dolor.
Ah! cuán amarga debe ser la pena
De separarnos para nunca vernos!
Ver arrancarse dos amantes tiernos,
Cada cual el objeto de su amor!

No obstante, hemos pasado horas felices
Y el recuerdo irá unido á nuestro llanto,
Pensando en estas torres, donde tanto
Nuestra edad infantil se solazó.

Cuando desde sus góticas ventanas
Mirábamos el lago, el parque, el foso....
Mas ¡ay! llegó el instante doloroso
En que tenemos que decir adios.

A ese campo en que tanto hemos corrido
Y retozado alegres otros dias,
A aquel bosque sombroso en que solias
Sobre mi pecho luego descansar.
Miéntras yo contemplándote, olvidaba
De tí alejar las susurrantes moscas,
Pero envidiaba aquellas que, aunque toscas,
Tus párpados llegaban á besar.

¿Ves allí el botecillo todavía,
En que yo por el lago te paseaba?
Mira mecerse el olmo en que trepaba
Por recoger las flores para tí.
Ya ese tiempo pasó; — ya nuestros goces
Han pasado tambien. Solo me dejas.
Y pues que de este valle ya te alejas
¿Qué atractivo le queda para mí?

Sólo puede saber cuánta es la angustia
Del abrazo final, quien la ha probado;
Quien de su dulce bien se ve privado
Y sólo espera ya tedio y dolor.

Es el mayor de todos nuestros males,
Por él el llanto nuestra faz inunda,
Esta es de Amor la pena más profunda,
El trance cruel, el ¡ postrimer adios!

LA VIDA HUMANA.

Peregrinando siempre en este mundo
Pasa el hombre la vida,
Desde la infancia hasta la edad madura
De penas combatida.
Afanoso recorre su camino
Y hácia adelante mira,
Pero al pensar en el que atrás se deja
Con languidez suspira.
Cual si previese que se apura en vano
Por mejorar su suerte,
Y que tal vez cuando lograrlo espera
Le llegará la muerte.

Desterrado á la escuela , sale el niño
De los maternos brazos ,
Y apénas entra en ella , ya se siente
Sujeto en fuertes lazos :
Condenado á sufrir mil privaciones
Que no hallan recompensa ,
Sólo en medir el tiempo que le falta
Para dejarla piensa.
Y las lágrimas saltan á sus ojos
Al ver cuán lento pasa ,
Miéntras hecha de ménos suspirando
Los goces de su casa.

Viene la juventud , otros afanes
Le atormentan el alma ,
Y su abrasado corazon , ya entónces
No puede hallar la calma.
Ve su esperanza siempre postergada ,
Muy rara vez cumplida ,
Sus afectos heridos ó burlados
Y su ilusion perdida.

Y estando de la vida en lo que llaman
La alegre primavera,
"¡Ah! ¡quién," exclama, suspirando triste,
"A la niñez volviera!"

Entra en la edad viril, nuevos cuidados
Le atraen el pensamiento,
Y ya del porvenir siempre ocupado,
No descansa un momento.
Calculando se pasa noche y dia
Y, aunque tanto se afana,
No se atreve á gozar en el presente
Temiendo el de mañana.
Desconfiado del mundo, cauteloso,
Precave sus engaños,
Y los ensueños con pesar recuerda
De sus floridos años.

Llega en fin la vejez, de nuestra vida
El escalon postrero,
Y muerta la ilusion y la esperanza
¿Qué goce hay verdadero?

La experiencia le enseña, pero tarde,
Que todo en este mundo
Es vanidad, es ilusion, es sueño,
Y con pesar profundo;
Aunque ya, sin pasiones ni deseos,
Ni por vivir se afana;
Recuerda el tiempo que pasó, y suspira,
¡Tal es la vida humana!

JOSE MUÑOZ Y GARCIA.

REVISTA DE MODAS.

Aunque de *buches* y *ruches*
Maldito si entiendo un pito,
Hablarte quiero de *buches*,
Sexo hermoso, y que me escuches
Sobre *ruches* un poquito.

Préstame *atenta atencion*,
Tú que deliras con bodas
Y tienes tu diversion
En la eterna ocupacion
De averiguar qué hay de modas.

Préstamela, que es mi fuerte
Andar á vueltas contigo,
Y servirte, y complacerte,
Y hacer.... cuanto pueda hacerte
Comprender que soy tu amigo.

No te importe que entes viles
Digan, entre taco y taco,
Que cuestas al hombre miles;
¿Te gustan los peregiles?
Pues haces bien, ¡voto á Baco!

Haces bien, tienes razon,
Y tu inclinacion alabo
A las flores y al *bullon*,
Que para hacer poblacion
Grandes medios son al cabo.

Sin la nasa que manejas,
Sin tus redes de cintajos,
¿Cómo se hicieran parejas,
Volviendo mansas ovejas
A los toritos marrajos?

Por las galas , es sabido ,
No es ya la tierra un desierto ,
Que al ver un guapo vestido
A marido se ha metido
Mas de un *quidam* boqui-abierto.

Luz eres esplendorosa ,
Sexo amigo , con tus galas ;
Luz que ve la mariposa
Patilluda , y afanosa
Corre á entregarte las alas.

Sigue , pues , y no hagas caso
Al tronar de la miseria ,
Que el punto execra y el raso ;
Sigue , sigue , miéntras paso
A entrar de lleno en materia.
. . . .

Privan en estos momentos
Por lo que toca á peinados ,
Los manojos de sarmientos
Adornados con pimientos ,
O con coles adornados.

Y es cosa de muy buen tono,
Entre las damas coquetas
Del siglo décimo nono,
Llevar en la frente un mono
Haciéndonos morisquetas.

O, á falta de mono, un terno
(Algunas usan un gallo)
Que consta de un *tarro*, ó cuerno,
Un demonio del infierno
Y un genízaro á caballo.

En el moño es condicion,
Sin la cual nadie está al dia,
Colocarse un escuadron
De dientes de tiburon,
Con mucha coquetería.

Eso, además de un enredo,
Por otro nombre castaña,
Tan grande que mete miedo,
Castaña que es un remedo
De gigantesca montaña.

Y llevan en las orejas
(Sin atender á sus quejas)
Las más apuestas señoras,
Tanto mozas como viejas,
Por zarzillos *¡ voladoras !*

En el cuello es de gran gala
Usar — y el no usarlo afrenta —
Un collar con cada cuenta
Del tamaño de una bala,
Pero de cañon de á ochenta.

Eso sí, nada que acuse
Pretension ó despilfarro
En quien tales cuentas use;
Por verlas de vidrio ó barro
Nadie adoptarlas excuse.

En la cintura es finura
Ponerse — y quien manda manda —
Por cinturon fajadura
De á tercia, y por cerradura
Un hebillon de sopanda.

Las colas ¡ triste de mí !
De pensarlo me atortolo :
Desde aquí llegan allí.
(*Nota :* Cuba es el aquí
Y el allí indicado . . . . el polo.)

De anchuras vamos ganando
Lo que ellas vienen perdiendo :
La cosa se va estrechando ;
Mas sin fruto, ¡ no hay *remiendo !*
Que á la vez se va alargando.

De mangas, fuerza es que aflija
A quien espere mis nortes
Yo no sé cuáles elija ;
Todo es cortes y más cortes,
Pero ninguno se fija.
. . . .

Resta hablar de los charoles
Que brillo dan al pellejo.
¿ Los tocaré ? ¡ Caracoles !
Tiene el punto tres bemoles
Para dar sobre él consejo.

Sigue de guardia el carmin
Que tapa del tiempo agravios,
Convirtiendo en serafin . . . .
Mas, nó; proceder ruin
Es que lo digan mis labios.

Si la experiencia en deslices
Pude adquirir, de indiscreto
No han de tacharme infelices:
¡Echad, echad, mis narices,
Al agua vuestro secreto!

EL MAL Y EL REMEDIO.

¿Qué es la vida? Una cadena
Que á la sociedad nos liga,
Una potencia enemiga
Que á padecer nos condena.
Corriendo de pena en pena
Pasa el hombre su vivir,
Y cansado de sufrir
Se echa en brazos de la muerte,
Consiguiendo de esta suerte....
Nacer, llorar y morir.

¡ Nacer , llorar y morir !
¡ A fé que es chusca la suerte
Que nos condena á la muerte
Tras un perenne sufrir !
Pero , vamos á vivir
Haciendo burla á la pena ,
Y si airada nos condena
A padecer enemiga ,
¡ Pecho al agua ! se la liga
Del desprecio á la cadena.

Estrecha afable mi mano
Quién , al hallarse conmigo ,
Me jura su fé de amigo
Para . . . . venderme inhumano.
Y por más que me devano
Los sesos en discurrir
Qué mal le pude inferir ,
Llego sólo á calcular
Que el hombre suele pensar ,
Al jurar sólo en mentir.

Al jurar, sólo en mentir
Debo en el mundo pensar,
Que es preciso calcular
Sobre lo que es de inferir.
Así pues, en discurrir
No más mis sesos devano,
Y si se porta inhumano
El que se finge mi amigo,
Encuentre al tratar conmigo
De un falso amigo la mano.

En medio del mundo loco
Miro con dolor profundo
Que en vano del loco mundo
Cariño, ó piedad invoco.
Y en mi angustia, poco á poco
Me llego á desesperar,
Y, como el mundo, á dejar
Olvidado mi vivir,
Oyendo sólo decir:
¡ Callar, sufrir y esperar !

¡ Callar , sufrir y esperar ! . . .
Pues eso quiere decir
Que es , para tan mal vivir ,
Mejor de vivir dejar.
Mas no hay que desesperar
Que el mal , al fin , dura poco ;
Y pues al valor invoco
En mis pleitos con el mundo ,
Cese mi dolor profundo ,
Que no ha de vencerme un loco.

¡COMO MIENTEN LOS POETAS!

Diz que dijo el otro dia
A una *tuerta rica* un vate .
" Al verte , mi pecho late
De pasion , hermosa mia ! "

" Vaya ! — exclamó sin enojo
La *uniojo* en su rubor : —
¿ Cómo ha de inspirar amor
Mujer á quien falta un ojo ? "

"¿ Por qué nó , Florinda bella ¿
¿ El imperio luminoso
Dejará de ser hermoso
Porque le falte una estrella ? . . "

SCILA Y CARIBDIS.

Herido por el dardo
Del Dios Cupido,
Dí á una niña el tesoro
Del amor mio:
La amé de veras,
Como quiere el que quiere
Porque le quieran.

Imagínense ustedes
Que era una estrella
Rutilante, magnífica,
De encantos llena:
Ojos muy bellos,
Dormiditos, gachones,
Grandes y negros.

¡ Oh momentos felices !
¡ Cómo pasaron !
¿ No volverán ? . . . No , nunca .
Que huyeron rápidos !
Pero ¿ qué digo ?
Si más duran , me quedo
Calvo y lampiño.

Porque la de los ojos
Grandes y negros
Me arrancaba las barbas ,
De injustos celos.
¡ Buena chiripa
Me salió al encontrarme
Con la tal niña ! . . .

Huyendo á sus pellizcos ,
Que eran muy récios ,
Tomé las que se llaman
De Villadiego.
Por unos dias
La echó mi amor de ménos ;
Luego . . . . ni pizca.

Cuando en completo olvido
Dejarla pude,
Puse sitio á una blanca
De ojos azules.
¡ Cuánto abandono !
¡ Cuánta ternura y cuánto
" Cuánto te adoro ! . . . "

Mi vida era un trasunto
Del paraiso :
" ¿ Me quieres ? " — " Nó, te adoro,
Dulce amor mio. "
— " Tanto arrebato . . . .
¿ Con qué, tánto me quieres ? . . . "
— " Oh ! tánto, tánto ! "

Mas al través descubro
De mi delirio
Que á los *tantos* y *cuantos*
Éramos cinco . . . .
¡ Cuatro y yo uno !
Vade retro ! Volvíme
Pájaro grullo.

Desde el feroz engaño
De la rubita,
En materia de amores
Soy pesimista.
Hé aquí el busílis:
La primera fué Scila,
La otra, Caribdis.

CARLOS NAVARRETE

Y ROMAY.

CRISTOBAL COLON.

I.

En medio de la noche borrascosa,
Horrendo brama con fragor insano,
Espantando la turba silenciosa,
A la luz del relámpago el Oceano.
La sangre helada en las angostas venas,
Con el miedo y la angustia en los semblantes,
Osan los bravos respirar apénas;
¡ Y en tanto, . . . allá en la prora,
Tranquilo el corazon, alta la frente,
Con los sueltos cabellos agitados,
La grandiosa figura se levanta
De Colon inmortal! Fija la ardiente

Vista en los antros de la noche oscura,
Que avara, el mundo de su sueño encierra....
¡ Parece un Dios, que espléndido fulgura;
Y que al verlo tan grande.... se apresura
A acercarse hácia él la misma tierra !

II.

Pobre, encorvado, la mirada incierta,
Con temblorosa mano,
De mezquino meson llama á la puerta
Pálido y triste un venerable anciano.
Pero al mirarla abierta,
Se enrojece su escuálida mejilla,
Se aparta apresurado,
Y "hambre tengo, Dios mio,"
Exclama avergonzado
En su dolor profundo,
Con voz desfallecida,
Colon.... ¡ el que á la Europa estremecida
Habló una vez, para enseñarle un mundo !...
Y luego allá en la orilla

Se sienta inmóbil, del hermoso rio,
Que ráudo baña la imperial Sevilla.
El Sol en Occidente sus fulgores,
Tranquilo vela entre celajes rojos....
¡ Y el anciano al mirar sus resplandores
Siente brotar el llanto de sus ojos!

AMOR EN EL MAR.

Yo lloraré; pero amaré mi llanto
Y amaré mi dolor.

QUINTANA.

I.

La noche está radiante de hermosura,
Mansas las olas, apacible el viento:
Su luz derraman las estrellas pura
Por el azul del ancho firmamento.
Extendiendo los claros horizontes,
Pálida vírgen, que en silencio llora,
Por la cumbre gigante de los montes
Aparece la luna encantadora.

II.

En estas del placer horas hermosas
Olvide el corazon, que amor encierra,
Que, aunque bañadas de esplendor, las rosas
Para morir se abrieron en la tierra.
¡ Cuán bella está ! ¡ Cuán bella la adorada
Compañera feliz de mis amores !
¡ Cuán hermosa mirando embelesada
Del astro de la noche los fulgores !

III.

Sobre las ondas de luciente plata
Se desliza la barca silenciosa . . . .
Y el mar inquieto la beldad retrata
De tanta y tanta estrella misteriosa.
En medio de esa atmósfera tranquila . . . .
Sin respirar . . . . en éxtasis bendito . . . .
Encontraron mis ojos . . . . su pupila,
Empapada de amor y de infinito.

IV.

Moribunda la luna, al Occidente
Velada por las nubes se retira:
El viento de la noche no se siente
Y el mar inmóbil en la playa espira.
¡ Cuán tristes son las horas angustiosas
En que, asombrado, el corazon se aterra,
Al comprender que las mejores rosas
Para morir se abrieron en la tierra!

MIS LAGRIMAS.

A MARIA LUISA FESSER DE AZCARATE,

en la muerte de mi hijo Cárlos Alberto.

I.

Palpitantes de amor . . . . unian sus frentes
En santa comunion dos almas bellas ,
Bajo un cielo de nubes transparentes
Cuajado de magníficas estrellas.
El ángel mústio de la noche hermosa
Sobre el niño sus alas extendia :
La madre , inquieta , lo miraba ansiosa . . . .
¡ Y el infante dormido sonreia !

II.

¡Y allí estaba con plácida ternura,
Contemplando aquel grupo embebecido,
Un corazon que, exento de amargura,
Tan sólo para el bien habia latido!
¡Un corazon que huyó desde temprano,
De toda gloria y ambicion ajeno,
Las ondas fieras del revuelto Oceano
Por la paz de un hogar de encantos lleno!

III.

Bramando está la tempestad sombría....
El ángel de la noche desparece....
¡Y un quejido de espanto en su agonía
Absorto el corazon al cielo ofrece!
¡Mirad!... ¡no lo mireis! ¡Oh noche eterna,
Que no debió de permitir la suerte!
¡El pobre infante sin su madre tierna,
Se ha dormido en los brazos de la muerte!

IV.

Desde entónces ¡ oh Dios ! el alma ardiente
Velóse en sombras de inmortal tristeza ,
Perdió su luz el cielo transparente ,
Eclipsaron los astros su belleza.
Desde entónces el alma , en su quebranto ,
Oye siempre un lamento que retumba . . . .
¡ Desde entónces . . . . bañados por el llanto
Fijos están mis ojos en su tumba !

EL ARBOL SECO.

I.

Al pié de un monte de verdor cubierto
Se levantaba un árbol majestuoso,
Retratando su copa en el incierto
Cristal de un arroyuelo bullicioso.

Sin deshojarlas, sus hermosas flores
En lento giro el céfiro mecia....
¡ Y á la sombra feliz de sus verdores
El ave inquieta á reposar venia!

II.

¡ Con qué inmenso placer ! ¡ Con qué ternura .
Tranquilo el corazon , sin desengaños ,
Contemplaban mis ojos su verdura
Al resplandor de los primeros años !

Mis ensueños de amor se recreaban
Admirando su esbelta gallardía.
En sus ramas . . . . los pájaros gorjeaban ,
En sus hojas . . . . la luz resplandecia.

III.

Se alejaron las tardes sonrosadas . . . .
El cielo encapotado se presenta . . . .
Y del noto á las ráfagas heladas
El árbol triste su ramaje ostenta.

Ruedan sueltas las hojas por el suelo . . . .
¡ Ay ! . . . las que fuéron cuando flores bellas !
¡ No hay ramas que dén sombra al arroyuelo ,
Ni aves que canten su dolor en ellas !

IV.

Oh ! tú , más puro que las blancas flores ,
Sueño de amor.... que para siempre huiste ,
¿ Por qué angustiando al alma en sus dolores
Hoy me persigue tu recuerdo triste ?

¡ Ah ! no vuelvas. ¿ No ves ?... Secos se extienden
Los gajos ¡ ay ! del árbol corpulento....
¡ Las hojas que del árbol se desprenden
Léjos las lleva.... y para siempre.... el viento !

LAS SOMBRAS DE LA TARDE.

I.

La brisa de la tarde enamorada
La blanca flor de los collados besa,
Que al mirarse en las aguas retratada
En su trémula imágen se embelesa.
Vierte el astro del bien y la armonía
Sus rayos de oro sobre el tilo verde;
Todo llora ó suspira.... ¡un nuevo dia
En la insondable eternidad se pierde!

II.

Hace escuchar el templo en la colina
Al fuerte labrador su voz lejana ,
Y al dulce hogar tranquilo se encamina ,
Miéntras gime vibrando la campana.
Va cubriendo la noche el firmamento :
La sombra envuelve la encumbrada sierra ,
Levanta el justo á Dios su pensamiento . . . .
¡ Y el cielo una vez más se une á la tierra !

III.

En esta del misterio hora tranquila
— Cuando todos los seres desfallecen —
¡ Con qué placer se fija la pupila
En los astros que eternos resplandecen !
La inmensidad que por dó quier se extiende ,
— Hablando muda al corazon contrito ; —
En inefable idealidad enciende
El espíritu , absorto en lo infinito.

IV.

¡ Oh tú ! centro del bien y la esperanza ,
¡ Omnipotente Dios ! — con firme mano ,
A los abismos del averno lanza
El mónstruo del error , que ruge en vano.
¡ Y el hombre altivo, que se esfuerza ardiente
En medio de la sombra , — alcance el dia
En que , á la luz de la razon , su frente
Sufra en tu amor su sola tiranía !

AL PROGRESO.

Y el que niegue su pecho á la esperanza
Hunda en el polvo la cobarde frente.—
QUINTANA.

Y tú, gran Dios, que al extender la mano,
Haces brotar las fúlgidas centellas;
En sus diques sujetas el Oceano;
Suspendes en el cielo las estrellas;
¿ Al hombre sólo arrojarás del seno
De tu inmensa bondad? Será que siempre,
Como lo pinta la ignorancia impía,
De hiel y sangre y corrupcion manchado,
Juguete vil de fratricida guerra,
De su excelso modelo separado,
Indigno sea de pisar la tierra?

¡ Odio y execracion al que así al hombre
Ultraja en su delirio ! Pudo el crímen ,
Pudo el vicio cruel su altiva frente
Arrastrar hasta el polvo ; mas no pudo
Arrancarle jamás la llama ardiente
Que en su vivaz pupila centellea :
Ella en su pecho fulgurosa imprime
Amor á la virtud , su pensamiento
Espléndida ilumina ,
É inflamando á sus rayos el talento ,
Al dulce bien sus fuerzas encamina :
Así ya el hombre en su furor no canta
De bárbaros combates
El horrendo fragor , el vil exceso.
La humanidad , que libre se levanta ,
Ama á Dios , ama el bien , canta al Progreso.

Pasaron , sí , pasaron para gloria
Ya del hombre feliz los tristes dias
De estéril destruccion. La misma lanza
Que hoy empuña el guerrero en la pelea ,
En medio de la ruina y la matanza ,
Hace avanzar la ilustradora idea.

Tal de Sebastopol ante los muros ,
Al vívido fulgor de cien cañones
Que en las charcas sangrientas resplandece ,
Petersburg palidece ;
Y al mirar sus impávidos soldados
Y sus fuertes caer despedazados ,
El Czar sobre su trono alienta apénas ;
Mas ¡ oh gloria ! al bramar de la metralla
Se mezcla el ruido que al romperse forman
De siervos mil las bárbaras cadenas.

Todo á ensalzar la humanidad coadyuva.
Albion , sus vencedoras
Naves , del polo al Ecuador derrama.
Alemania feliz , la viva llama
Mantiene de la ciencia
En fúlgidos altares , donde siempre
Flores recoge de exquisita esencia ,
Cuando pasa tranquila ,
En su carro triunfal la inteligencia.
La cuna del valor y de los héroes ,
Francia inmortal , á cuyo nombre solo
Palpita el corazon ; arrebatando

Lauros que admira la imparcial Historia,
Enlaza, sus pendones desplegando,
El brillo de la ciencia al de su gloria.

España altiva, la soberbia España,
Madre feliz del inmortal Trajano,
Término dando á la sangrienta hazaña
De desgarrarse con su propia mano,
No á la civil contienda
Se arroja enfurecida, ni tremola
De la Discordia el hórrido estandarte
Que á estéril saña su valor redujo;
Antes cediendo al bienhechor influjo
Que anima á las naciones,
De fuego henchido el corazon opreso,
Sábia acallando míseras pasiones,
Se lanza en pos del vencedor Progreso.

¡Tierra de bendicion, hermosa Cuba,
Que en patrio amor enciendes nuestras almas!
No más en són de queja al cielo suba
La dulce voz de tus gallardas palmas:
No lamentos estériles, fugaces,

¡ Ay ! dan al labrador , sino el trabajo ,
Del útil trigo los robustos haces.
Del ancho mar sobre las ondas fieras
La ilustracion de Europa se adelanta . . . .
Y á suspirar se sienta en tus riberas ;
Y tú entanto , indolente ,
De tu fecundo suelo
Embebecida en la inmortal belleza ,
Cierras los ojos á su luz ardiente
Y ni aun volver te dignas la cabeza.

¡ Madres de Cuba , de virtud modelos !
¡ Ejemplares , purísimas esposas !
No de sus ojos fijos
Esquiveis la mirada diligente.
¡ La Patria os manda hacer de vuestros hijos
Émulos dignos de la edad presente !
De la ignorancia desgarrando el velo ,
Al saber y al trabajo se dobleguen
Las frentes ardorosas :
Rasgad esa de rosas
Alfombra suave de molicie pura ,
Que en maternal anhelo ,

Formó vuestra ternura :
Fortaleced la diestra , que potente
El vicio oprima , la virtud defienda :
A la ciencia alentad , crezca el talento
Bajo las ramas del laurel frondosas ,
Y eternamente vivireis con ellas ;
¡ Que si las flores del amor son bellas ,
Las que nacen del bien son más hermosas ! —
— ¡ Oh ! si la voz robusta de Tirteo ,
Resonara en mi canto , como vive
Su espíritu en mi pecho , yo en vosotras
El amor de la patria inflamaria ,
Orígen del poder y el heroismo
Allá en la antigüedad : ¡ tal vez entónces ,
Cuba activa risueña se alzaria
A recibir con cariñosa mano
La dulce Ilustracion que Europa envia
A besarla en las ondas del Oceano !

A NAPOLEON.

I.

El mónstruo del error sus garras fieras,
Con bárbaro egoismo,
Sobre la triste Humanidad clavaba,
Que indolente gemia
Esclava vil de abyecto despotismo;
Y el polvo de los siglos sostenia
Cuanto de oprobio y de ignorancia vieron
Las asombradas zonas de la tierra.
Mas de repente un grito de alegría
Pidiendo libertad, exclama "guerra."

La Humanidad de gozo se estremece,
Y absorta fija la mirada incierta
En la jóven gallarda que, cantando,
Tras tantos siglos su valor despierta.
Cual signo de victoria,
Brilla en su diestra la desnuda espada;
Y al compás de su cántico de gloria,
Ebria de libertad.... ensangrentada....
Con la bandera tricolor al viento,
La Francia desolada
A la Razon alzaba un monumento.

II.

Mas, como el mar que ruge y se enfurece
Contra el poder que su pujanza enfrena,
Pronto tal vez voluble desfallece
Para gemir sobre la humilde arena,
El pueblo mismo que su triunfo canta
Su propia libertad contento ofrece,
Con pasmo de la tierra,

Al coloso inmortal que se levanta
De los tronos terror, Dios de la guerra.
¡Mirad!... ¡Es Napoleon! — Su pensativa
Frente, que oprime el peso de una idea,
La libertad cautiva;
Y águila audaz, que al extender el vuelo,
Contra el pasado bárbaro conspira,
En fatigoso anhelo,
El viento de otra edad con ánsia aspira.
Su mano poderosa,
Regando la igualdad en su carrera,
Llevó la obra gloriosa
De la Francia feliz á Europa entera.
Al sujetar los pueblos á su imperio
Su latente poder les descubria;
¡Y su botin de espléndidas coronas
A sus héroes invictos repartia!
En medio de dos siglos suspendido
Por la gloria y la fuerza arrebatado,
Acaso sin conciencia,
Del Norte al Sur dejaba preparado
El triunfo de la santa Inteligencia.

III.

En su carro de guerra reclinado,
Las naciones medrosas recorria;
Pero siempre su pecho fatigado
Buscando su ideal, se estremecia.
Sobreponiendo su poder á todo
Lo que en mitad de su camino hallaba,
Legislador profundo,
Que al fragor de las armas se inspiraba,
En su curso fecundo,
A los pueblos sus Códigos lanzaba....
Desde la inmensa altura de su asiento.
Para cumplir sus planes, anhelaba
Su grave inteligencia
La rapidez del viento....
Y se acercó á la ciencia....
Mas la ciencia, en mantillas todavía,
No pudo contestar al llamamiento.
¡Oh! ¡si á tu voz hubiese respondido
De la enhiesta veloz locomotora
El solemne rugido!...
¡Ante el mónstruo del mal que la devora,

Aherrojada en prisiones,
De ignominia padron á las naciones,
No hubiera una Polonia sucumbido!
Mas fiero en sus decretos,
Tal vez no quiso el misterioso arcano,
Que tus pasos velaba,
Que avivase su fuerza con exceso
La guerrera ambicion de un pecho humano:
¡ En horas más tranquilas,
El humo del vapor se reservaba
Para enseña del bien y del progreso!

IV.

¡ Miradle allí! Sus fieros batallones,
Que en su pendon llevaban la victoria,
Sin deplorar su suerte,
En Arcola, ¡ gran Dios! se replegaban
Envueltos por la muerte.
¡ Mezclado al estampido
Del horrendo cañon, del moribundo

Se alcanza á oir el último quejido!
Llueven en torno las silbantes balas....
¡Y el humo, en nube espesa,
No oculta al enemigo, que sus alas
Siente doblar el águila francesa!
Mas Napoleon, seguro de su suerte,
Se lanza al puente en su arrogancia fiera....
¡Como queriendo dominar la muerte
Con la sombra inmortal de su bandera!
¡Y huye y se aparta ante su intento loco
La metralla feroz que en torno ruge,
Como indomable, con violento empuje,
Arrolla al mar bramando el Orinoco!

V.

¡Y débiles pigmeos
Osan alzarse, en su delirio vano,
Hasta querer el polvo de su envidia
Arrojar sobre tí, porque al ser hombre,
Descendiste tambien á ser tirano!

¡ Ciegos ! no ven en su ignorancia impía ,
En su rencor profundo ,
Que imágen de su Dios , el sol radiante ,
En la azulada esfera ,
Cuando se lanza á fecundar el mundo ,
A los astros arrastra en su carrera.
¡ Al extender tu brazo omnipotente
En una edad de transicion , sombría ,
Brillaba con tal luz tu egregia frente ,
Que hiciste amar la misma tiranía !

VI.

La edad de transicion desaparece ;
Y en la inmortal jornada
De Waterloo sublime , no pelea
La Europa coaligada :
¡ Combate altiva , de esplendor rodeada ,
Hija hermosa de Dios , la nueva idea !
¡ Más soberbio que nunca , meditando
En sus grandiosos fines ,
El gigante convulso se inclinaba

Del brioso corcel sobre las crines!
Marchando á la victoria,
Al siniestro fulgor de los cañones,
Con íntima delicia contemplaba
De su guardia imperial los escuadrones.
Mas ¡ay! que de repente
Interrumpen su marcha....
Descienden al abismo
Con rapidez creciente....
¡Y un grito de dolor, que el aire llena,
Hiela de Napoleon la altiva frente!
Las manos lleva al rostro,
Al contemplar su imperio moribundo....
¡Sin comprender, absorto en su desgracia,
Que al entreabrir las manos,
Se le escapaba, con su cetro, el mundo!
¡Y en torno sus valientes veteranos,
Besando la bandera
Que ondeó, nunca vencida, en cien naciones,
En su furor deshecho,
No pudiendo triunfar en la batalla,
Presentaban impávidos el pecho
Al estrago mortal de la metralla!...

¡ Y el héroe descendió ! En su caida,
Fuéle, cual siempre, el hado complaciente.
¡ Si hay manchas en la historia de su vida
La aureola del martirio está en su frente !

VII.

La Humanidad, su marcha sosegada,
Libre ya de tu peso,
De nuevo emprende con seguro paso,
Para cumplir la ley de su progreso.
Que la niebla del tiempo, al descorrerse,
En alcázar soberbio le presenta
El altar apacible
Donde triunfante la razon se ostenta.
Mas ¡ ay ! en su camino,
Como el valiente, intrépido marino,
Que se acerca á su playa,
Busca en la sombra inmensa del Oceano
Cuando su blanca lona el viento llena,
A la trémula luz del sol poniente,

El aislado peñon de Santa Elena;
La Humanidad, que altiva se levanta,
Ceñida la cabeza
Con nuevos lauros de fecunda gloria,
Busca á veces, y acaso con tristeza,
En las sombras del tiempo tu memoria.

ANTES QUE TE CASES
MIRA LO QUE HACES.

PIEZA EN UN ACTO

POR

Carlos Navarrete y Romay.

PERSONAS.

JOSEFINA.	*Srita. D.ª*	*Rosalía Navarrete y Romay.*
JULIA	„ „	*Julia Perez Montes de Oca.*
ALFREDO.	*Señor D.*	*Enrique Piñeyro.*
RICARDO	„ „	*Nicolas Azcárate.*
EL TIO SIMON.	„ „	*Julio de los Santos.*

LA ACCION PASA EN MADRID.

AÑO DE 1830.

ACTO UNICO.

ESCENA PRIMERA.

ALFREDO.

Sentado junto á una mesa, en la que habrá periódicos.

ALFREDO (*soltando un periódico.*)

Pues, señor, no está en mi mano;
De nada ocuparme puedo:
Yo que estaba tan ufano....
Lucido has quedado, Alfredo.
Mi amor no llevaba trazas
De durar la vida entera;
Pero al cabo.... ¡es cosa fiera
Llevar unas calabazas!
Mas nada.... estoy decidido:
Antes que llorar desdenes,

Debo darme parabienes
Por lo que me ha sucedido.
Mi tio D. Jorge Lima,
Achacoso y setenton,
Me ofrece de corazon
Las dos manos de mi prima.
Me escribe en cada correo: —
— " Lo acordamos yo y tu padre, " —
Y porque más no me ladre,
Voy á cumplir su deseo.
Y yo, en realidad, que ardo
Por no verme más soltero . . . .
Detesto este consejero
Que me he encontrado en Ricardo,
Dice que mi corazon,
De fastidio en un abismo,
Odiará mañana mismo
A la prima . . . ¡ Qué moscon !
Como es letrado, el poder
Le encargo para Valencia:
Si trino por su paciencia, —
— " No se ha podido extender, " —
Me dice con tal sofl ama,

Con tan constante apatía,
Que cualquiera creeria
Que le interesa la dama.
Siempre está con un refran
A pleito .... mas ¡ qué dureza !
Si á veces ganas me dan
De romperle la cabeza.
— " Antes que te cases, mira
Lo que haces con reflexion ; " —
" Nadie — me dice — se tira
" Sin ver ántes .... de un balcon ! " —
Y se empeña en demostrar,
— En tales materias ducho, —
Que debe pensarlo mucho
El que se quiere casar.

ESCENA SEGUNDA.

ALFREDO, RICARDO.

RICARDO (*entrando.*)
Se extendió el poder, y luego,
Por la primer diligencia,

Tu destino, bajo un pliego,
Hace un mes mandé á Valencia.
Y hoy, si la posta no miente,
Aunque estés muy preparado,
Te vas á quedar .... cortado,
De tu esposa frente á frente.
Para tí es grano de anis....
¡ Dejarte !.. ¡ en tamaño aprieto !
Pero es sagrado el objeto
Que me obliga á ir á Paris.
Mas .... piénsalo .... el caso es raro ....
No te arrepientas despues ....
Y te arrepientes .... tan claro
Como que uno y dos son tres.
" ¿No hay medio de que lo aplaces ? "
Te decia yo en tu afan. —
" Antes, " — lo canta el refran,
" Mira muy bien lo que haces. "
¡ Bien lo pudiste evitar ! . . .

ALFREDO. No me puedo contener ....
Me voy .... por no soportar
Tu infatigable temer. (*Se va.*)

ESCENA TERCERA.

RICARDO.

RICARDO. ¡ Majadero ! Tú sabrás
Cómo pudo mi cariño
No permitir que por niño
Te llevase Barrabás. . . .
Miéntras este estrafalario
Su propia dicha descuenta ,
Veamos . . . . lo que nos cuenta
En sus columnas el Diario.
(*Se sienta y toma un periódico.*)

ESCENA CUARTA.

RICARDO, JULIA.

JULIA (*entrando.*)
Oh ! Ricardo . . . .
RICARDO. Hermana mia !
¡ Cuánto ansiaba este momento !
Despues de tanto tormento . . . .
¡ Cuán íntima esta alegría !

¡ Cuántas veces he querido ,
Olvidando mi deber ,
Ir á hallaros ! . . .

JULIA. ¡ Qué placer
Tan grande , al verte , he sentido !

RICARDO. ¿ Y Josefina ?

JULIA. Temblando
Viene á cumplir tu deseo . . . .
¡ Ricardo , te estoy hablando
Y yo misma no lo creo !
Mas . . . . detenerme no puedo ;
Porque viviendo contigo ,
Es muy fácil que tu amigo
Me encuentre . . . . y adios . . . .

RICARDO. ¿ Alfredo ?
No temas ; — ni en una hora
A casa vuelve : en su ardor ,
Se ha marchado al parador
A buscar á su señora. (*Se sonríe.*)

JULIA. ¡ Tres años ! ¿ Pero ese traje ?
¿ Te vas de nuevo . . . .

RICARDO. Despues
Sabrás porque así me ves.

JULIA. Pero, cuéntame... ¿y tu viaje?
¡Y el incendio! Amarga suerte
Fué despiadada contigo....
¿Cómo escapaste á una muerte?...
RICARDO. Dios fué piadoso conmigo.
Y con toda aquella gente....
¡Julia! ¡qué noche mortal!
Se alzó el fuego de repente
En la fragata Leal.
Apénas soplaba el viento:
Casi el mar no se movia:
Al horizonte, lucia
La luna en el firmamento.
A la voz de alarma, dada
Por los mismos marineros,
Volamos los pasajeros
A la parte ya incendiada.
Hicimos esfuerzos vanos
Por ahogar la llama ardiente;
Mas nos quemaba las manos;
¡Nos abrasaba la frente!
Cuando los pechos lanzaban
Gritos de horrenda amargura,

Las llamas se levantaban
Por la enhiesta arboladura.
¡ Echan botes ! Mas despues ,
En la misma confusion ,
Por entrar en peloton ,
¡ Uno se hunde de los tres !
Y cuando los botes llenos
No nos podian contener . . . .
¡ Una niña , una mujer
Echamos todos de ménos !
Del fuego á la luz incierta ,
Con la niña entre los brazos ,
Corria por la cubierta
Dándole besos y abrazos.
Y cuando el fuego abrasante
Casi á envolverla llegó ,
La vimos . . . . ¡ que delirante
A las ondas se lanzó !

JULIA. ¡ Ah ! . . .

RICARDO. Arrojamos un grito ,
Queriendo salvarla á una . . . .
¡ Y estaba clara la luna . . . ,
Y diáfano lo infinito !

Pronto la vimos nadando;
Y aunque seguia nuestra huella,
¡No habia lugar para ella!
¡Estábamos zozobrando!
Muy luego en su empeño vano,
— En todos la vista fija, —
Nos enseñaba á su hija....
Y nos tendia la mano.
A ella nos fuimos derecho,
Mas.... entra agua de repente....
¡Y un marinero inclemente
Un puñal hunde en su pecho!
Sobre las olas plateadas
Volvió á flotar un instante....
Mas.... ¡qué tristes sus miradas!
¡Qué cárdeno su semblante!

JULIA. ¡Qué terrible relacion!
Aunque distante y pasada,
Casi me ha dejado helada
La sangre en el corazon!

RICARDO. Y entónces, á los dos dias....
Pero.... en mejor ocasion
Sabrás de mi corazon

Las pasadas agonías....
Vé á buscar á Josefina.
JULIA. No vino por el temor
De encontrar....
RICARDO. Del parador
Alfredo aquí se encamina.
JULIA. Pronto vendrémos las dos
A reposar á tu abrigo. (*Se va.*)

ESCENA QUINTA.

RICARDO.

Por la dicha de mi amigo
De Julia no voy en pos.

ESCENA SEXTA.

RICARDO, ALFREDO.

ALFREDO (*entrando sofocado.*)
He estado en el parador
Esperando media hora....
Y no llega la señora
De mis ensueños de amor.

RICARDO. Amante que media hora
Espera y se desespera....
Ya marido, ahorca á cualquiera
Cuando espere á su señora.
¿ No te arrepientes ? Recuerdo
A tu exaltado magin....
Que lo que el loco hace al fin....

ALFREDO. *Al principio lo hace el cuerdo.*
Sé el refran desde muy niño;
Desde ántes de ir á la escuela,
En su insaciable cariño
Me lo enseñaba mi abuela.
(*Se siente ruido de un carruaje.*)

RICARDO. Si no me engaña el afan,
Que te desespera tanto,
Ahí está tu dulce encanto,
Ahí tus cadenas están.

ESCENA SETIMA.

RICARDO, ALFREDO, JOSEFINA, JULIA.

JOSEFINA (*muy precipitada dirigiéndose á Ricardo.*)
Por las señas que he logrado,

Por lo que á soñar llegué....
En usted mi pecho vé
Al marido que me han dado.

ALFREDO. El chasco es grande quizá,
Pero yo soy.... el marido
Que para usted ha elegido
Mi tio y su padre....

JOSEFINA. Usted.... ¡ Ah!

RICARDO. El viaje.... ¿qué tal ha sido?

JULIA. Molesta la diligencia....
Mas ¡ qué alegre y divertido
El camino de Valencia!
Cubierto estaba de flores
Bellísimas todo el suelo....
Y nubes mil de colores
Nos esmaltaban el cielo.
Admirando la belleza,
Que de nosotros huia,
¡ No sé qué vaga tristeza
Mi pobre pecho sentia!
¡ Es mi Valencia tan bella!
Que aunque ahora peque de franca,
Parece que se me arranca

Algo del alma con ella ! . . .
Mas. . . . arreglar es preciso
Cuando á otro estado se pasa. . . .
Si usted me dá su permiso. . . . (*á Alfredo.*)

ALFREDO. Señora, es de usted la casa.

RICARDO. Alfredo y yo, como hermanos
Vivimos aquí, señora. . . .

JULIA. Pues guíeme usted ahora. . . .
(*Aparte á Ricardo al salir.*)
¿ Serán nuestros planes vanos ?

ESCENA OCTAVA.

ALFREDO, JOSEFINA.

ALFREDO. Ya que al fin me es permitido,
En este supremo instante,
Gozar delicias de amante,
Bajo el nombre de marido,
Alce usted esa cabeza ;
Y borrando sus enojos,
Permita usted que mis ojos
Admiren tanta belleza.

Bueno es honesto recato
Y el pudor en la mujer.

JOSEFINA (*distraida.*)
¿ Por qué usted con el poder
No nos mandó su retrato ?

ALFREDO (*picado.*)
¡ Mi retrato ! . . . ¿ Por ventura
Tal su desengaño fué ?

JOSEFINA (*se levanta y lo examina.*)
Oh ! . . . yo. . . . á la verdad. . . . no sé. . . .
No he visto bien su figura.
¿ Quién era el jóven gallardo
Que al entrar nos recibió ?

ALFREDO. Aquel que usted se creyó ? . . .
Ese es mi amigo Ricardo.

JOSEFINA. ¿ Casado ?

ALFREDO. No ! . . .

JOSEFINA. Quiero verlo.
¿ Querrá casarse ?

ALFREDO. No sé. . . .

JOSEFINA. Pues yo le preguntaré
Que me interesa saberlo.

(*Vuelve la espalda con desden á Alfredo y se pasea.*)

Alfredo. Dale con seguir pidiendo
Tantos informes de él. . . .
Pues, por Dios, que estoy haciendo
Un envidiable papel.
(*A ella.*) Josefina. . . . usted. . . . yo dudo. . . .
Quisiera que usted. . . . aquí. . . .

Josefina. *Dudo. . . . aquí. . . . yo. . . . usted.* . . . ¡á mí
Me horripila un tartamudo!

Alfredo (*con dignidad.*)
Su padre de usted, mi tio,
Al otorgarme su mano. . . .

Josefina. ¡No pensó que mi albedrío
No se sujeta á un tirano!
Y olvidando el buen señor,
Con los años, la verdad,
Quiso imponer á mi amor
Marido á su voluntad.
Yo sumisa obedecí
Calculando con razon,
Que al fin tendria de mí
Mi verdugo compasion.

Alfredo. La sinceridad alabo,
Y el título me está bien. . . .

Mas no alcanza ese desden
Ni al marido, ni al esclavo.
La mujer, toda ternura,
Sin que la tierra se asombre,
Siempre ha hecho, siempre, al hombre
Esclavo de su hermosura....
Mas la mujer, que, perdido
Ese tesoro.... conspira,
Jamás á sus plantas mira
Ni al esclavo ni al marido.

JOSEFINA. Aunque bien lo he oido todo,
Yo tengo razon más alta....
Quien es causa de la falta
No debe hablar de ese modo. (*Se va.*)

ESCENA NOVENA.

ALFREDO, RICARDO.

ALFREDO (*se sienta anonadado.*)

RICARDO (*que ha visto salir á Josefina.*)
¡Qué soberbia es tu futura!
¡Chico! — naciste de piés....

Si yo hallara dos ó tres
Imitaba tu locura.
Si no fuera por el viaje. . . .
Por la misma diligencia
Que la trajo, — en este traje
Me iba por otra á Valencia.

ESCENA DÉCIMA.

ALFREDO. JULIA (*que sale despues.*)

ALFREDO. Oh! ¡ mi suerte es tan tirana,
Que voy de veras creyendo! . . .
Mas ¡ calle ! me estaba oyendo
Desde la puerta la hermana.
JULIA. Alfredo. . . . usted. . . .
ALFREDO. Señorita. . . .
¿ Quiere usted tomar asiento ?
JULIA. ¡ Qué triste es el pensamiento
Que origina esta visita !
ALFREDO. Mas. . . . diga usted. . . . ¿ qué le pasa ?
JULIA. ¡ Que es una gran sin razon

Quebrantar la inclinacion
De la infeliz que se casa !

ALFREDO. ¿ Lo dice usted por su hermana ?
¿ Su padre ha sido cruel ?

JULIA. ¡ Ella estaba tan ufana
Con su hermoso coronel !
¡ Si viera usted que alegría
Se pintaba en su semblante,
Cuando al frente lo veia
De su batallon brillante ! . . .

ALFREDO. Mas. . . .

JULIA. ¡ Qué momentos tan bellos !
¡ Qué despejo ! ¡ qué presencia !
¡ No habia en toda Valencia
Otra pareja como ellos !

ALFREDO. Pero ¡ por Dios ! sin piedad
Usté olvida en su delirio
Que ya es más que crueldad
Prolongarme este martirio.

JULIA. ¡ Si no fuera porque á Dios
No es nada una maravilla,
Como Isabel y Marsilla
Se hubieran muerto los dos !

ALFREDO. Señorita. . . . la tertulia. . . .
Embelesado me quedo. . . .
Usted es. . . . mi cuñada Julia. . . .
Y yo. . . . su cuñado Alfredo. . . .
JULIA. Mas. . . . si usted tiene una cara. . . .
ALFREDO. Sí ; — esta vez no quiso Dios
Darme , — seria cosa rara , —
En vez de una cara , dos.
JULIA. O yo muy poco me pesco ,
O su eterna desventura. . . .
ALFREDO (*aparte yéndose.*)
¡ Yo me voy con viento fresco ,
Por no aguantarte , criatura !

ESCENA UNDÉCIMA.

JULIA , (*sola.*)

¡ El pobre se va al jardin
Cansado ya de las dos ! . . .
¡ Qué Ricardo ! ¡ Quiera Dios
Que lleguemos bien al fin !
Largo tiempo este embolismo

No puede durar! — Yo salgo
Con tal pena. . . . pero hay algo
En mi queja de egoismo. —

(*Despues de una pausa y como meditando.*)

Léjos del suelo en que nací, se siente
Inquieto el corazon en su impaciencia :
Este cielo nublado, indiferente,
Me hace anhelar el cielo de Valencia.
El áura perfumada de su huerta. . . .
¡ Aquel naranjo en flor, — que en mi ventana
Asilo al ave da que me despierta,
Cuando asoma en la sierra la mañana!
¡ Y sus noches bellísimas de luna,
Su música, sus flores, sus paseos ! . . .
¡ Tal parece que en ella la fortuna
Supo atender á todos los deseos!
¡ Cuán dulce al corazon llega el recuerdo
De la patria gentil, ausente y bella!
¡ Me siento entristecer! ¡ Qué bien me acuerdo!
¿ Cuándo de nuevo me veré yo en ella?

(*Se va.—Pausa.*)

ESCENA DUODÉCIMA.

ALFREDO.

ALFREDO (*saliendo con despecho.*)

Me voy como un galopin
Huyendo de mi cuñada ,
Y al momento la taimada
Logra hallarme en el jardin.
Pues , señor. . . .

ESCENA DÉCIMA TERCERA.

ALFREDO , EL TIO SIMON.

SIMON (*saliendo.*)

Muy buenos dias
Conceda Dios al casero. (*Se sienta.*)
¡ Qué tiempo tan majadero !
¡ Qué mañanitas tan frias ! (*Bosteza.*)

ALFREDO. ¡ Qué facha ! — Y usted quién es ?

SIMON (*aparte.*)

¿ Qué será lo que le asombre ?
Véame usted : yo soy un hombre ,

Como usted, que anda en dos piés:
Del padre de Josefina
El más antiguo criado.
¡ Cuántas veces ha cenado
Conmigo allá en la cocina! (*Se regocija.*)

ALFREDO. ¿ Cuándo niña?

SIMON. No, señor. . . .
Hasta ayer. . . . ¡ Si usted la viera!
¡ Asa mejor que cualquiera
Un pollo en el asador!

ALFREDO. Oh! ¡ cocinera! . . . ¡ eso más! . . .

SIMON. No deplore usted la prenda,
Bueno es que de todo entienda
La que manda á los demás.

ALFREDO. Pero. . . .

ESCENA DÉCIMA CUARTA.

ALFREDO, SIMON, JOSEFINA.

JOSEFINA (*saliendo: se dirige al tio Simon.*)
¡ Hola! buen tio Simon:
Precisándome el encargo,

Se queda usted sin embargo,
Haciéndose el remolon.
Déme usted pronto la carta. . . .
Mi hermana lo espera dentro.

JOSEFINA (*abre la carta y lee : el* TIO SIMON *se va saludando grotescamente.*)

ESCENA DÉCIMA QUINTA.

ALFREDO, JOSEFINA.

ALFREDO. En lindo lance me encuentro. . . .
Ya mi paciencia está harta! —
¿Podré sin turbarte yo
Saber quién te escribe así. . . .

JOSEFINA. ¿Y desde cuándo usté á mí
De tal modo me tuteó?

ALFREDO (*cortado.*)
Pero usted. . . .

JOSEFINA. Se me figura
Que olvida usted su papel. . . .
La carta es de un coronel

Que me adora con locura.

ALFREDO. Pero usted. . . .

JOSEFINA. Yo. . . .

ALFREDO. Se olvida. . . .

JOSEFINA. Yo, satisfecho mi anhelo,

Arrojo la carta al suelo

En pedazos dividida. (*La rompe y se pasea distraida.*)

ALFREDO (*aparte.*)

¡Qué terrible humillacion!

Y lo peor es. . . . que empieza

A trastornar su belleza

Mi agitado corazon. . . .

Y hasta pena me da verla

Ser tan traviesa y tan rara;

Porque al fin tiene una cara

Que es linda como una perla.

(*A ella.*) Josefina. . . . el pecho en vano. . . .

Necesito. . . .

JOSEFINA. ¿Distraccion?

Pues baile usté el rigodon. . . .

Que yo tocaré en el piano. . . .

JOSEFINA (*se dirige al piano, que* ALFREDO *se apresura á abrir y empieza á tocar.*)

ALFREDO. ¡ El piano ! . . . ¡ me gusta tanto
Ver en él á una mujer ! . . .

JOSEFINA (*levantándose del piano.*)
Busque usted quien ese encanto
Le pueda satisfacer.

ALFREDO (*absorto.*)
¡Qué bien la suerte se place
En molerme á paso tardo ! . . .

JOSEFINA. Oiga usted. . . . y ¿ qué se hace
Su amigo de usted , Ricardo ?

ALFREDO (*aparte.*)
¡ Otra vez ! — Ricardo debe
Para siempre este pais
Abandonar muy en breve. . . .
Va á establecerse en Paris.

JOSEFINA. En Paris. . . . ¿ y dónde es eso ? . . .
¿ Se encuentra á mucha distancia ?

ALFREDO (*aparte.*)
Esto ha llegado á su exceso.
¿ No sabe usted que está en Francia ?

JOSEFINA (*sin oirlo.*)
Comerémos á las cuatro ,
Y ya que es de Julia empeño ,

Despues, si no tengo sueño,
Me iré á aburrir al teatro. (*Se vá.*)

ESCENA DÉCIMA SEXTA.

ALFREDO.

Furias todas del averno,
Llegad contentas, —reid. . . .
Pronto seré yo el eterno
Hazmereir de Madrid.
Si ésto es sólo el primer dia. . . .
Estoy de furor deshecho. . .
Mas. . . . calma, pobre alma mia,
¡ A lo hecho pecho !
¡ Qué genio ! ¡ qué algarabía
De discrecion y sandeces ! . . .
Si á veces la mataria,
Y la adoraria á veces.
Mi suerte no se me esconde ;
Santo Dios, ¿ qué habré yo hecho ?
La conciencia me responde
A lo hecho pecho.

La enamoro con dulzura,
Y me lanza. . . . yo voy en pos
De hacer una gran locura,
Si no me sujeta Dios.
¿ Quién á dirigirla atina,
Si hasta me niega el derecho. . . .
Y dice la muy. . . . ladina. . . .
A lo hecho pecho?
Mas ¡ qué supina ignorancia!
Oh! mi vida está en un tris. . . .
¡ Si ignora hasta que Paris
Es la capital de Francia!
Mucho en morirme no tardo. . . .
Si hablo á Ricardo del hecho. . . .
Lo sé. . . . me dice Ricardo:
A lo hecho pecho.

ESCENA DÉCIMA SÉPTIMA.

ALFREDO, RICARDO.

RICARDO (*entrando.*)
Ya estoy listo. Y á la una,
Debo partir. Con que, Alfredo,
Que sea eterna tu fortuna.

ALFREDO (*con amargura.*)

Oh ! ya callarme no puedo !
Mi fortuna es tan extraña,
Me luce tan bello el Sol,
Que hoy me cuelgo de un farol
Antes que salgas de España.

(*Ricardo se sonríe.*)

¿ En mi dolor te complaces ? . . .

RICARDO. No. . . . mas recuerdo en tu afan
La verdad de aquel refran. . . .

ALFREDO. Y en recordarlo bien haces.
Yo no escuché tus consejos
Y me arrojé sin pensar. . . .
Ah ! luce tan bello el mar
Cuando se vé desde léjos !
Pero gimiendo ya en él,
Si á Dios mi dolor no toca,
Hoy. . . . mi azotado bajel
Se estrella contra una roca.

RICARDO. Pero en tu furor deshecho
¿ Qué remedio. . . .

ALFREDO (*con amargura.*)

No prosigas. . . .

Lo sé sin que tú lo digas. . . .
¿No es verdad? — *A lo hecho pecho.*
RICARDO. No puedo escuchar con calma,
— Cuando arrebatar te dejas, —
Esos ayes y esas quejas
Que se arrancan á tu alma.
Los peligros desde léjos
Al jóven en su arrogancia,
No sé si por la distancia,
Nada son. . . . ¡No oye consejos!
Mas luego, cuando el Oceano
Le dice lo que hay en ello,
Entónces. . . . tiende la mano
Para asirse de un cabello.
A veces la suerte airada,
No niega el tranquilo puerto,
Pero otras, — es lo más cierto, —
Concede muy poco ó nada.
Al verte tan obcecado,
— Como lo indica este traje, —
No dudé en forjar el viaje
A París tan decantado.
¡Pobre Alfredo! — una mujer

Es hoy tu mayor tormento,
Pues. . . . toma. . . . este documento
Es contra ella un *poder;*
Que aunque *pudiendo*, no quiso
Secundar tu diligencia. . . .
Tu mujer. . . . sin tu permiso
Puede volverse á Valencia.

ALFREDO. No entiendo. . . .

RICARDO. Tu mente vana,
Al vapor quiso mujer;
Mas yo que guardé el poder
Hice venir á mi hermana.
Debian las dos á Madrid
Volver en esta estacion. . . .
Aproveché la ocasion. . . .

ALFREDO (*triste.*)
Josefina. . . . ¿era un ardid? . . .
La que turbando mi calma. . . .
La que de mí se reia. . . .
Y amor y odio infundia
Todo á la vez en mi alma,
¿No es mi mujer? ¡Ni siquiera
Podrá ya mi pecho odiarla!

¡ Me roba la suerte fiera
Hasta el placer de mirarla !

RICARDO. ¡ Vive Dios ! y ¿ qué te ofrece
Que tu regocijo ahuyenta ?
¡ Si es mi hermana te entristece ,
Si es tu mujer te revienta !
Ves rotas en un momento
Tus cadenas de marido. . . .
¡ Y aunque cesa tu tormento. . . .
Te quedas tan compungido !

ALFREDO. ¡ Oh ! si supieras. . . .

RICARDO. Por Dios
Que el susto te ha trastornado ,
O algo muy raro ha pasado ,
Que no alcanzamos los dos.
(*Se acerca á la puerta del gabinete.*)
Julia ! — Josefina !

ESCENA DÉCIMA OCTAVA.

ALFREDO, RICARDO, JOSEFINA, JULIA.

JOSEFINA (*entrando.*) ¿ Qué ?

RICARDO (*presentándoselas.*)
Alfredo ! mis dos hermanas ! (*Se saludan.*)

Me secundaron ufanas
Y el dulce triunfo logré.
Queden pues hechas las paces.
Si á otro ves en el apuro,
— "Antes" — le dirás, — seguro, —
"Mira bien lo que te haces! . . . ."

JOSEFINA. Y usted con discreto olvido,
— En gracia de la intencion, —
No me negará el perdon,
Que arrepentida le pido.
— "Imposible, me acobardo" —
A mi hermano contesté;
Pero ya ha visto usted. . . . que
Lo puede todo Ricardo.
Al hacer á usted agravios
De un modo casi insultante,
No sé cómo mi semblante
No desmentia á mis labios.

ALFREDO. Oh! Ricardo, — en mí un hermano
Has visto siempre. . . . la adoro. . . .
No me robes un tesoro. . . .
Yo te pido ahora su mano.

RICARDO. Tú, para mí tan querido. . . .

Mas. . . . Josefina es la amante. . . .

ALFREDO (*dirigiéndose á ella.*)

No olvide usted. . . . que un instante
Me hizo usted misma marido.

JOSEFINA. Será mi contestacion
Franca, leal y sincera. . . .
Yo quiero un plazo cualquiera
Para estudiar la cuestion.

(*A Ricardo.*) Mútua ha sido la leccion
Con que á todos nos complaces,
Y, aunque hechas están las paces,
Como á tí el refran me inspira. . . .
" Antes que te cases. . . . mira,
Mira muy bien lo que haces. " —

RICARDO. Sin que sea apostasía,
De un principio salvador,
Bien pudiera tu rigor
No negarse á la amnistía. . . .
Por oculta simpatía
Alfredo se hizo mi amigo. . . .
Y yo, que he sido testigo,
De casi su vida entera. . . .
Casada con él. . . . quisiera

Verte dichosa á su abrigo.

JULIA. Yo tambien por lo que he hecho
Merezco disculpa al fin. . . .
¿ Ya no encuentra usté el jardin
Para los dos tan estrecho ?
Usté en su justo despecho ,
— Agotada su paciencia , —
De mí. . . . de la diligencia. . . .
De todos renegaría. . . .
Admítelo , hermana mia , (*á Josefina.*)
Y ¡ volvamos á Valencia !

JOSEFINA. Pero , señores , ¿ qué he hecho ?
¡ Pedir que en asunto tal ,
No se me ponga un puñal ,
Para lograrlo en el pecho !

ALFREDO. Pero ¿ qué mejor acecho
Puede darte un alma humana
Que aquella calma octaviana
Que opuse á tanta rareza,
Cuando pude de cabeza
Tirarme por la ventana ?

JOSEFINA. A tan peregrina instancia
Ya no sé qué responder. . . .

¡ Yo, que he llegado á saber
Que Paris se encuentra en Francia !
(*Da la mano á Alfredo.*)
(*A Ricardo.*) Imitaré tu inconstancia ,
Y porque tú nos enlaces ,
Me casaré. . . . más veraces
Dirémos siempre los tres :
" Antes que te cases " — ¿ cómo es ?
RICARDO. " Mira muy bien lo que haces ! " —

FIN.

ENRIQUE PIÑEYRO.

FELICIDAD.

La luna, suspendida en el fondo de la noche, bañaba todos los edificios de la ciudad con su luz tibia y melancólica; falto de sueño, buscaba yo una distraccion al insomnio, contemplando el aspecto de la ciudad triste y silenciosa, iluminada por ese astro magnífico, sol del desvelado, como dijo Byron, y pensaba cuán cierto era que la luz fria é inmóbil de la reina de la noche se asemeja al recuerdo de antiguos dolores que vienen á iluminar y hacer más visible la sombría palidez del alma.

A lo léjos distinguia una ventana, detrás de la ventana una luz, y junto á la luz, una mujer que cosia. Vieja, llena de arrugas, encorvada por el trabajo, muchas noches hacia que la veia á esa misma hora, constantemente sentada, sin levantar la ca-

beza, como quien busca en el trabajo un sustento para el cuerpo y un consuelo para el alma.

Al verla me decia: "yo sé la historia de esa mujer."—Por la pureza de su perfil, conocí que habia sido muy bella; por su tenacidad y su constancia en el trabajo, comprendí que su alma era fuerte y bien templada, por las arrugas profundas de su rostro, adiviné que habia sido madre y habia sufrido mucho en sus hijos; por la soledad y la miseria que la rodeaban, comprendí en fin que, víctima de la fortuna, sufria además de su propia desgracia, la desgracia de otras personas.

Sin embargo, esa mujer no lloraba: veia sus ojos enrojecidos pero secos; su semblante lleno de dolor pero sereno, y me decia: "ahí deben estar juntos una inmensa desgracia y un inmenso consuelo."—La mujer no es como el hombre: el dolor por violento que sea, la destroza, la aniquila, nunca seca en sus párpados el llanto.

Distinguí entónces en el fondo de la babitacion un lienzo blanco que se movia; era una cuna, y en la cuna dormia un niño. ¡El hijo de la vejez, el bálsamo del dolor, el alivio de la desgracia, el consuelo del llanto, la esperanza del porvenir!—Por eso no lloraba.

Mis observaciones no terminaron ahí. Despues de un largo rato, ya muy tarde, entró un hombre en la estancia, viejo tambien y en el rostro una expre-

sion admirable de mansedumbre y resignacion. Dijo alguna palabra cariñosa, y echó unas monedas sobre la mesa: ¡eran el fruto de catorce horas de ímprobo trabajo! — Ella se sonrió, — habia más lágrimas en su sonrisa que en sus ojos, — se levantó, sacó al niño de la cuna, lo besó y lo presentó á su padre, pero éste en vez de abrazar al hijo, tomó la mano de su mujer y la llenó de lágrimas y besos.

Un momento despues todo desapareció de mi vista. La ventana se cerró y la luz se apagó.

Al cabo de algun tiempo encontré esa misma mujer, tuve ocasion de hablarle y le dije: — "¿Debeis ser muy desgraciada?" — "Oh! nó, me respondió; tengo un esposo que adoro, un hijo que idolatro, escasos recursos, es verdad, pero mis deseos son tambien escasos y, os lo digo sinceramente, soy feliz, muy feliz."

LAS ILUSIONES.

¿Qué cosa es una ilusion? ¿Qué palabra es esta que vaga siempre en nuestros labios en los momentos solemnes y poéticos de la vida, en los momentos del llanto y del sufrimiento, cuya existencia es el primer atributo de la juventud y cuya pérdida sin embargo es á veces la vanidad de la vejez?

Yo encuentro por el mundo muchos que me dicen que han perdido las ilusiones, y me lo dicen de tal modo que no puedo dudar de su sinceridad. En aquel momento ellos verdaderamente lo creen; pero sin duda se enganan. ¡Ay de ellos si fuera cierto! Ellos olvidan que la vida sin ilusiones es la muerte, y yo recuerdo que ilusiones hay, que el mismo aspecto de la muerte, con todo su cortejo de horrores, no logra disipar.

¡Perder una ilusion!—¡Perder las ilusiones!—Oh! cuán pocas veces debe suceder.—Dante tuvo razon al contarlo entre los tormentos de su Infierno, porque el desengaño verdadero, el desengaño irrevocable debe ser más horrible que la suma de todos los dolores que asaltan al alma sobre la tierra.—A veces, sí, las ilusiones se apagan y se eclipsan, pero renacen despues más brillantes y más hermosas, y las angustias del sentimiento nos abren siempre ilimitados horizontes de vivos y purísimos placeres.

En toda alma fuerte hay un mundo de ilusiones. Este es el fruto de bendicion de los espíritus elevados, y muy ruda ha de ser la tempestad que arranque las raices del árbol y esparza al viento sus hojas y sus flores.

Aquel hombre ha concebido una idea en que funda la felicidad universal del género humano y á cuya realizacion consagra toda su vida y todos sus esfuerzos. Hace por ella sacrificios inmensos é innumerables y el mundo le llama interesado. Renuncia por ella al reposo de su existencia y á los afectos de su corazon,—y el mundo lo llama ingrato.—Comparado con ella todo le parece mezquino y pasajero,—y el mundo lo llama loco y soñador. Sin embargo, no desespera, nada hay que logre destruir uno sólo de sus sueños; y en el lecho de agonía á donde lo arrastra precozmente la actividad de su vida, ya en la imposibilidad de referir sus ilusiones al pasado,

con la misma fé las transporta al porvenir y muere en la embriaguez suprema de su inmarcesible y magnífica ilusion.

Aquel otro vió en una mujer la realidad de sus ensueños, le entregó confiadamente su corazon, esto es, su pasado, su presente y su porvenir. Al cabo de algun tiempo ella indiferente y risueña se lo devuelve despedazado y marchito. Él sufre, llora, se desespera, trata luego de buscar el consuelo en el olvido, no lo consigue, el recuerdo se presenta cada vez más vivo, pero ya cada vez más dulce, y su memoria despierta en su corazon una grata y constante agitacion. Vive porque sufre, goza porque llora, y de ese modo aquel triste episodio de su juventud, en vez de ser la pérdida de las ilusiones, es el orígen de todos los goces y encantos de su vida.

LA MUSICA Y LA POESIA.

Dedicado á la Señora Doña Luisa Perez de Zambrana.

En un magnífico teatro se representaba la composicion musical más esencialmente dramática que se ha escrito: — "los *Hugonotes.*" Una espléndida concurrencia estaba allí reunida; el oro, las sedas, los diamantes, y más que todo, el brillo de los ojos de hermosísimas mujeres daban á aquel teatro el aspecto de un palacio encantado. Era imposible permanecer indiferente ante tanta belleza; el espíritu más positivo, más satisfecho de sí mismo, se sentia vencido, se sentia realmente inferior á la impresion de poesía que todo allí despertaba.

En un palco principal llamaba la atencion de todo el mundo por su elegancia y su distincion una mujer, no muy jóven, pues parecia tener más de

treinta años, pero extremadamente bella. Por su parte ella á nadie miraba. Todo su interés se concentraba en la escena; pálida unas veces, con el rostro encendido otras, prestaba toda la atencion de su alma al drama de Meyerbeer, y la vimos echarse hácia atrás en su sillon al tiempo que caia el telon del cuarto acto, como vencida por la emocion que le produjera aquel himno incomparable, aquel diálogo sublime de pasion y sentimiento, para el cual el músico judío supo encontrar la nota más patética, la expresion de amor más completa y más vibrante que ha resonado en oidos humanos.

Yo me olvidé de la música y del teatro, y no aparté más mis ojos de esa mujer en quien de tal modo rebosaba el entusiasmo artístico y que no atendia un instante á la admiracion que su belleza excitaba en la concurrencia.

Al cabo de algun tiempo, en cuyo intermedio una feliz casualidad me habia hecho conocer á esa mujer, estaba yo en aquel mismo teatro, sentado cerca de ella. Se representaba una composicion, considerada como la mejor de Verdi, "*Rigoletto*," y un actor eminente estremecia á todo el público en el violento papel del bufon de Francisco I. Caia el telon del acto tercero, despues de la enérgica imprecacion con que termina, y mi inteligente compañera se volvió hácia mí diciéndome:

—¿Y tendreis todavía valor para decirme que la

poesía es superior á la música en la expresion de las pasiones y en los medios de conmover y agitar á un público? Os confieso francamente que por mi parte nada os ha valido la lectura que hoy me hicísteis del sombrío drama de Víctor Hugo, de donde se sacó esta ópera. ¿Qué comparacion podeis establecerme entre los dos modos con que esta misma situacion se traduce en ámbas piezas? En el drama francés, el bufon despues de las lágrimas de la hija y la expresion en versos magníficos de su propio sentimiento, no hay nada, nada más que estos tres versos: — "¡Oh rey Francisco primero, plegue á Dios que mañana tropieces en tu camino y te precipites en el sepulcro á donde corres!" — Es todo. Comparadme eso con el final violento y arrebatado que acabais de oir, con esa catarata, por decirlo así, de notas sónoras y vibrantes que os hacen comprender del único modo posible la rabia de la venganza, y os sacuden las fibras más ocultas del corazon. Luego no es esto sólo. La música puede poner al lado de la voz furiosa del padre ofendido, la voz suplicante y llorosa de la hija enamorada, y hacerlas marchar juntas por tan diversos caminos y reunidas en el momento sublime en que todas las pasiones son iguales, recorrer sin separarse la escala más elevada de la poesía. El arte que cuenta con estos recursos es por excelencia el arte del sentimiento, ¿qué decís de eso?

—Que discutis muy bien, que reconozco toda la oportuna habilidad de vuestro razonamiento, y que sólo pecais de exagerada. Todas las bellas artes son una misma cosa, todas son la expresion de un mismo sentimiento, pero cada una de ellas tiene una faz especial de ese sentimiento por dominio; y en su dominio todas son absolutas é invencibles. Vos sois muy bella, y cuando yo no estoy delante de vos y no quiero contentarme al recordar vuestro rostro divino con la imágen que conservo en mi mente, no iré á pedir auxilio á un músico sino á un pintor, y si el pintor no me basta, acudiré á un poeta, que ese me dirá la belleza de vuestro rostro y la belleza de vuestra alma porque la poesía es libre como el pensamiento, infinita como la inteligencia, tierna como el corazon. . . .

—Ah! quereis ser filósofo, y me decís una lisonja; por lo primero no os entiendo, por lo segundo no os creo. . . . ¡Oh! no os canseis. . . . Byron es un gran poeta, y Goethe tambien ¿no es verdad?

—Los dos son los primeros del siglo. . . .

—Pues bien, me pongo á leerlos, sobre todo á Byron, porque lo entiendo mejor, y al fin siempre acaba por cansarme. . . .

—Y á mí tambien.

—¿Y entónces?. . . Ya veis. . . . oigo el Rigoletto por la centésima vez, todavía no me ha cansado.

—A mí tampoco; pero Byron, que puede fatigar

algunas veces porque algunas veces es enfático y demasiado personal, conserva su inmortalidad en el fondo de un estante, y sin más preparacion que el entusiasmo natural de vuestro espíritu podeis abrirlo á todas horas, y escogiendo con tino, os producirá delicias inefables. Vuestros compositores líricos no os cansan porque el arte del cómico y la mágia de una voz exquisita les infunden de cuando en cuando bastante novedad para hacer variar en algo la impresion primitiva; y como la ópera es en bellas artes el lujo de la civilizacion moderna, la civilizacion ha acumulado sobre ella sus suntuosas decoraciones y sus espléndidos teatros y sus admirables ejecutantes. ¡Puro artificio que no ha podido impedir que las composiciones más hermosas de Rossini no se representen ya hoy en ninguna parte despues de sólo cuarenta años de existencia!

—De manera, dijo con cierto despecho mi interesante amiga, que considerais la ópera como una moda que ha de pasar como todas las demás, y la música como un motivo de lujo y de adornos, una aficion pasajera inventada quizás para distraer un instante el fastidio de los modernos. . . .

—¡Oh! no. Tengo la vanidad de colocarme entre sus más entusiastas admiradores; pero no pido ni espero de la música más de lo que ella puede darme. Cuando yo quiero saber lo que es la alegría, la verdadera alegría franca y ruidosa, que unas veces nace

del corazon y otras de la cabeza, se lo pregunto á Mozart y á Rossini, y la risa espléndida de ámbos Fígaros me dice más de lo que yo podia figurarme. Lo mismo os resultará si la música os habla del amor ó del sentimiento religioso ó del dolor, ó del furor, ó de la guerra, de todos los sentimientos en fin que no necesitan descomponerse para ser comprendidos, porque la música es el arte de los matices, que vive y se agita contínuamente en una atmósfera vaga y confusa que es su triunfo y su derrota. No tiene formas determinadas, y una misma melodía produce impresiones diversas segun los diversos corazones donde resuena. Preguntadle á la música qué pasion es esa que con el nombre de *celos* es causa de tantos trastornos en el alma; — que os diga cómo un corazon devorado por la *ambicion* vive de angustias, de peligros y de dolores, — y no sabrá qué responderos, é impotente ante esos grandes sentimientos, débil tambien si se le pregunta qué cosa es la ciencia, qué dice la historia, — se pondrá modestamente á un lado y cederá el paso á la poesía, que es el arte universal, el arte del sentimiento y de la reflexion, el arte sin límites.

Miéntras yo hablaba se habia levantado el telon del cuarto acto, y habia cantado Francisco I su graciosa melodía sobre la volubilidad de las mujeres. Mi compañera, despues de un momento de silencio, me dijo:

su peregrinacion, le envia á Virgilio para que le sirva de guia y de compañero al traves de los dolores del Infierno, y Virgilio no lo abandona hasta dejarlo junto con ella. Ella lo recibe como á un amante, haciéndole las dulces reconvenciones del amor resentido, y al despedirse ámbos en el último cielo, deslumbrado él por el esplendor del trono del Eterno, encuentra sin embargo para dirigirse á ella las palabras de fuego del amor y de la gratitud.

La interpretacion ha querido á veces reconocer en Beatriz la personificacion de la teología, y de no sé que otra cosa, tratando de convertir en una muerta alegoría la historia palpitante de una pasion. Pero no, Beatriz no es una ficcion; es el primero y magnífico escalon de aquella escala luminosa de amores y perfecciones que vió mucho ántes el maestro de la Academia, y por la cual llegó Dante á la cumbre de la ciencia y la poesía; Beatriz no es un recurso literario, no; es una mujer, es la mujer que todos sueñan y algunos encuentran al brotar sus primeras ilusiones, pero las más veces inútilmente, porque todos no tienen ni el alma del Dante, ni la fortuna de sufrir el dolor de verla morir.

Beatriz es la primera, la más pura y la más ilustre, de esa familia de mujeres ideales, que despues de haber sido una realidad en la tierra, han recibido nueva y más brillante vida de la inspiracion de grandes poetas que á ellas debieron su superiori-

dad. Las literaturas modernas ofrecen muchos ejemplos de esta clase. Beatriz precedió á Laura en el órden de los tiempos, como le precede en el órden de la inspiracion, del mismo modo que siendo Dante el patrono de las almas fuertes, lo es Petrarca de las almas débiles, pero sensibles y apasionadas. Petrarca es el segundo nombre de la literatura italiana, y su Laura fué tambien una mujer hermosa á quien amó de léjos como la personificacion de la bondad y la belleza, y á cuya influencia debió sus virtudes de hombre y sus inspiraciones de poeta; pero si es cierto que las mujeres han formado siempre á los hombres, nunca ha podido decirse con más verdad que en este caso, que los hombres siempre encuentran las mujeres que se merecen, y sus innumerables poesías *in vita e in morte* de Laura la dejan ver ejerciendo su influencia en el alma del poeta de un modo más literario que real, y son de una dulzura tan pronunciada que estragaron por muchos siglos el gusto literario de los italianos. Sin embargo, el amor del Petrarca es el mismo del Dante, y ámbos el mismo que describió Sócrates en el "*Banquete;*" y las poesías á Laura han sido y serán siempre la delicia de todos aquellos que estimen en algo el análisis delicado de los sentimientos personales y las galas del buen decir.

Despues, otros tiempos han traido consigo otros matices y otros colores en la civilizacion; el Dios

de la humanidad, siempre rodeado de todas las perfecciones, ha ido conformándose á un ideal cada vez más elevado; y la escala mística de Platon ha continuado siendo el camino por donde se han elevado hasta él los espíritus escogidos que guardan cuidadosamente, en medio de la devorante actividad que nos circunda, el fuego sagrado que inspiró aquellas palabras inmortales. En nuestros dias, al estudiar la obra del Dante, se estudia el lado humano de la intervencion de Beatriz en todo el poema, y nunca ha sido más oportuno que en las épocas como la presente, en que la verdad artística se oculta á veces bajo la máscara de la realidad, recordar qué efectos produjo en ese genio incomparable el amor de una mujer. —

LA CULPA SIEMPRE ES DE EL.

ESCENAS

IMITADAS DE UNA COMEDIA DE DELFINA GAY,

POR

Enrique Piñeyro.

PERSONAS.

LA MARQUESA, VIUDA.	*Sra. Doña Margarita Fesser de Azcárraga.*
LAURA.............	*Srita. D.ª Casilda Ayuela.*
EDUARDO, CONDE.....	*Sr. Don Nicolas Azcárate.*
FERNANDO..........	,, ,, *Enrique Piñeyro.*

LA ESCENA PASA EN GUANABACOA.

El teatro representa una sala con dos puertas, una mesita al centro con un jarro de flores, un álbum, &c. &c.

LA CULPA SIEMPRE ES DE EL.

ESCENA I.

LAURA, *luego el* CONDE.

(Se vé al *Conde* pasar de cuando en cuando por la puerta del fondo, triste é inquieto. *Laura* entra lentamente mirando una rosa que trae en la mano y que pone sobre la mesa, y dice):

LAURA. — ¡Qué flor tan hermosa! ¡qué magníficos colores tiene! Me pondria â copiarla, si no fuese ya de noche. (*Ve á lo léjos al Conde.*) — ¡Ah! ¡Eduardo! vendrá á hablarme,... pero, no; me huye; hoy está peor que nunca. (*Encuentra sobre la mesa el lapicero de Fernando y lo guarda.*) ¡Ah! el lapicero de Fernando.... (*Se oye una campanilla.*) ¿Quién estará ahí? Voy á ver.... (*Se va.*)

El Conde (*entra distraido.*)—Ya no está aquí. Me siento inquieto. Me devora la sospecha y me devora el temor de verla confirmada. (*Repara en la flor.*) ¿Qué hace aquí esta flor? Sin duda es una señal; esto en su lenguaje querrá decir "aguárdame aquí." Pero no, no: es demasiado suponer..... ¿qué sé yo? (*Guarda la flor.*) En todo caso, amigos mios, buscad otra señal. (*Se va lentamente.*)

ESCENA II.

La Marquesa, *luego* Fernando.

La Marq. (*entra, no ve á nadie.*)—Nadie.... ¿dónde estarán? Esperaré hojeando este álbum.

Fernando (*precipitadamente, se dirige á la Marquesa tomándola por Laura.*)—He venido quizás demasiado pronto, pero no podia estar léjos de aquí: he hecho sin embargo, todo lo que me encargaste, he visto á todo el mundo....

La Marq. (*volviéndose.*)—¡Fernando! ¿cómo está V.?

Fernando (*saluda*) (*ap.*)—¡Ah! no era ella. (*La M. le da la mano.*) La mano me engañó, ¿quién habia de creer que hubiese otra mano tan bonita como la suya?

La Marq.—¿No lo aguardaban á V. aquí hoy?

—Puede que sea como decís, pero permitidme continuar en mi error. Oid, oid ese incomparable cuarteto, y venidme á hablar de la impotencia de la música. ¿Cómo habré de convenir yo en la inferioridad del arte que ha producido esta pieza? ¿Qué arte, decidme, puede presentar á un mismo tiempo á la imaginacion cuatro voces que traduzcan cuatro situaciones en una misma inspiracion? Un padre ofendido que se desespera, una niña que llora de amor, una mujer que se rie, un hombre que se divierte, todos subiendo hasta confundirse en una nota sublime que os transporta y enajena.

—Teneis razon, y si no la comparáseis con la poesía, todavía os pareceria mejor. Gocemos pues con lo que oimos, y no disminuyamos la viveza de nuestra emocion con reflexiones inoportunas. La música es la hermana menor de la poesía; no puede por consiguiente atacarla; y en todo caso, la poesía no necesita defenderse. Reunid todas las composiciones musicales del mundo, presentadlas en grupo, y tendreis uno de los mayores títulos de gloria del siglo en que vivimos; pero si vuestra exageracion os conduce á ponerlas al lado de una gran composicion poética, de la obra múltiple y grandiosa de Shakspeare, por ejemplo, vereis cuán raquítica aparece. Ponedme en música el *Hamlet* y comprendereis la inmensa diferencia que existe entre la poesía de los sentidos y la poesía de la inteligencia. ¿Qué son

todas las concepciones musicales, ante la simple concepcion del argumento del *Fausto*, la epopeya de los modernos?

—Vais ya demasiado alto, me dijo ella, y no puedo seguiros.... Ved ahí sobre la escena ese hombre, enajenado por el gozo fatal de la venganza, y notad qué efecto dramático tan grande produce la voz del rey que entona á lo léjos su picante melodía....

Al fin cayó el telon; era hora ya de salir. Mi amiga se volvió hácia mí por última vez y me dijo:

—Vamos, ¿debo darme por vencida?

—Oh! no, le dije. Grande error ha sido en mí el venir á atacar la música y defender la poesía en medio de la espléndida representacion de una gran ópera italiana.

—Verdad que sí, replicó ella. Pero mañana se representa en otro teatro una traduccion del *Macbeth*. Venid á verme allí y os ofrezco el desquite.

EL AMOR PLATONICO.

DANTE Y BEATRIZ.

Un dia, en Aténas, vagaba Sócrates distraido en medio de esas reflexiones, en las cuales hemos visto luego nosotros concentrado todo lo que la antigüedad supo de grande, de noble y de elevado: aquella vez el filósofo griego meditaba sobre el amor, sin poder elevarse hasta la verdadera concepcion de esa pasion sublime; sin poder llegar, á despecho de su penetrante inteligencia, más allá del materialismo de la civilizacion antigua. Su entendimiento colosal, no auxiliado por la voz del corazon, no alcanzaba fácilmente aquel misterio, y no supo más que indicarle el camino y llevarlo á oir de boca de una mujer, de Diótima, la sublime confusion del amor

divino y el amor humano; la magnífica teoría que la Grecia escuchó con asombro y no pudo comprender; que permaneció fuera de los corazones y suspendida en los aires, hasta que fecundada por la voz del mártir de la Judea, se apoderó de las almas, y produjo, entre otras cosas, las maravillas de las literaturas modernas. La extranjera de Mantinea enseñó como doctrina á Sócrates y á Platon lo que despues habia de ser sentimiento ó doctrina segun el espíritu que lo profesara, — pero entónces por primera vez cayó el velo que cubre aquella escala por donde asciende la idea de lo bello, transformándose y purificándose, que comienza en la hermosura del cuerpo, y de escalon en escalon, pasa á las almas bellas, á las empresas bellas, á las ciencias bellas, y de ciencia en ciencia, logra contemplar frente á frente la belleza absoluta. De aquí nacieron, vuelvo á decir, muchas de las grandezas de la poesía moderna; mas en aquel primer momento, de aquí nació *El Banquete*, esto es, la obra maestra de un hombre que fué el filósofo más grande de la antigüedad, y es el escritor más elocuente de todos los tiempos y todas las literaturas.

Sonó la hora en que comenzaba sobre la tierra el reinado de la mujer; Sócrates y Jesus pusieron en sus manos los títulos de su soberanía, y reinó desde entónces como señora en el mundo de las almas; y como la representacion más exquisita de la bon-

dad y la belleza de Dios, vió apoyadas en ella las más nobles y grandes aspiraciones, é inclinados ante su superioridad los corazones más altivos y los talentos más severos. Todos buscaron en ella la idea divina que Platon habia sido el primero en entrever, todos doblaron su frente y levantaron su corazon, y entre todos es el más ilustre ejemplo el poeta más sério de la historia, aquel en quien la inmortalidad y la tristeza, reunidas en una misma obra, hacen doblemente resaltar la inspiracion del amor de todo ese poema de la Divina Comedia, grande *como la ciencia y el mundo.*

Un dia del mes de Mayo del año de 1274 un niño de nueve años asistia con su padre á una fiesta en el palacio de uno de los patricios más ilustres de Florencia. El niño vió allí por primera vez una niña de su misma edad, llena de gracia y de dignidad, séria y grave á pesar de su extremada juventud; y al verla, sintió violentamente agitadas las fibras más profundas de su alma infantil. En aquel instante se habia realizado el matrimonio espiritual de Dante y Beatriz, indisoluble en la memoria de los siglos; en aquel instante tambien brotaban en la mente del poeta los primeros gérmenes del gran poema en que habian de concentrarse los dolores y las alegrías, el entusiasmo y la desesperacion de toda la humanidad en uno de los momentos más solemnes de su existencia.

Nueve años despues, Dante encuentra á Beatriz por segunda vez; la vé pasar por la calle, le hace ella un simple saludo de cortesía; y él, enajenado por esa ligera muestra de atencion, se encierra en su habitacion á gozar por completo en la soledad de su alegría y á ver en sueños á Beatriz elevada por el amor hasta las esferas celestes. Despues la encontró várias veces, y apénas la veia aparecer (habla el poeta) ocupado exclusivamente en esperar su inefable saludo, no conocia enemigos, y se sentia por el contrario abrasado por una llama tal de caridad, que tenia prisa de perdonar á todos los que le hubiesen ofendido, y su única respuesta á cuantos le hablasen de cualquier cosa hubiera sido: "amor."

Este sentimiento tan puro y tan ideal, esta pasion que seria pueril si no fuese sublime, fué de este modo el único móvil de la vida de un hombre de la edad media, es decir, de un hombre que tomó grande y activa parte en las revoluciones y las angustias de su patria en una de las épocas más revueltas y angustiosas de la historia; — y es tambien la completa realizacion de las sublimes palabras que puso Platon en boca de la extranjera de Mantinea; porque ese amor que nació tan precozmente, ántes del desarrollo de los sentidos y de la razon, y que habia de durar la vida del poeta, desenvolvió en su alma con una fuerza inmensa todos los sentimientos nobles; el amor de la gloria, el amor de

la patria, el amor de la ciencia y la poesía, el amor de Dios, todos los rasgos en fin que hacen tan brillante y tan original la fisonomía del desterrado de Florencia.

Por amor de Beatriz, para gloria de ella, estudia Dante con furor la ciencia y la filosofía, acude á las universidades á sostener difíciles controversias, se hace soldado y combate vigorosamente en la batalla de Campaldino y en el sitio de Caprona, toma activa parte en los asuntos públicos, desempeña embajadas y llega á ser Prior de la república. Y cuando muere Beatriz, cuando al volver victorioso de una campaña recibe Dante la noticia de su muerte, á los veinte y cuatro años, en todo el esplendor de su belleza, — su alma de hierro que parecia formada para soportar sin doblarse toda especie de dolores, permanece por mucho tiempo, por muchos dias, extraviada y anonadada, y sólo encuentra consuelo escribiendo con el nombre de *Vida Nueva* la historia de la transformacion de su sér por la influencia del amor, más vivo y más vehemente, despues que desapareció de la tierra el objeto visible de su afeccion; y preparándose al terminarla para escribir otra obra más digna de ella, la cual habia de ser esa *Comedia* que sus contemporáneos y la posteridad bautizaron con el nombre de *Divina.*

Ese poema, único en su especie, donde está reflejada con una verdad admirable toda la edad me-

dia, con sus disensiones civiles y sus disensiones escolásticas, tan sangrientas á veces las unas como las otras, en el cual se cuenta el viaje de Dante al través de la *ciudad doliente*, y en busca de las *gentes perdidas*, en el cual se suceden sin interrupcion las sombrías escenas de la desesperacion infernal descritas por el genio fúnebre y sombrío del poeta de Ugolino, y en el cual en fin abre el autor ancha y elocuente salida á sus odios implacables de desterrado y de gibelino, — es sin embargo en todas sus partes un himno en honor de Beatriz. Esta antítesis constante, que no choca nunca porque está más en el fondo que en la superficie, es la clave de todo el poema y fuente muy principal de la mayor parte de sus bellezas; en virtud de esta doble inspiracion encontramos los sollozos y el llanto inconsolable de Francesca al lado de Farinata irguiéndose lleno de soberbia sobre su sepulcro, el violento anatema del Sordello junto con las tristes memorias de la Pia, y en fin tantas imágenes llenas de encanto y de frescura en medio de esa minuciosa enumeracion de tormentos, en la cual el poeta parece complacerse, y que nos hace comprender por qué decian las mujeres de Ravena al verlo pasar con su rostro lívido y su aspecto de profunda é incurable melancolía: "Mira, ese es el que va y viene del Infierno cuando quiere, por eso está tan pálido."

Es la voluntad de Beatriz que Dante emprenda

Fernando.—¿Aguardarme? no, yo vivo ahora aquí.

La Marq.—¡Ah! ¿vive V. aquí? (*ap.*)—Y dice que no podia vivir léjos de aquí. Me parece que voy comprendiendo lo que hay en el fondo de todo esto.

ESCENA III.

Todos.

Laura.—¡Ah! cuánto siento haberla hecho esperar, pero tengo una disculpa. Mi tia está enferma y yo estaba acompañándola.

El Conde (*entrando.*)—Yo tambien pido perdon, pero por política. Seria un crímen haber hecho esperar á V., pero no me dejaban venir....

Laura.—Siéntese V. ¿está V. cansada? el ferro-carril quizás....

La Marq.—¡Oh! no, sólo dura diez minutos; estaba viendo desde la ventana; me gusta tanto Guanabacoa.

Laura.—¿Sí? pues entónces contamos con que se quedará V. algunos dias entre nosotros.... esta noche al ménos....

La Marq.—No puedo, mi hermana quedó sola....

Laura.—Escríbale V., le mandarémos el carruaje y podrá venir.

FERNANDO. — ¿Por el camino de hierro? — ¡Ella sola! ¿cómo va á ser eso?

EL CONDE (*á la Marq.*) — Sépalo V. Marquesa, dicen que está enamorado de ella, y si se parece á V. . . .

FERNANDO. — ¿Cómo va á llegar hasta aquí sin V.?

LA MARQ. — ¡Oh! no: tengo que irme. (*Sigue hablando en voz baja con el Conde.*)

FERNANDO (*bajo á Laura.*) — Estuve muy torpe hace un momento. . . Cuando llegué estaba ahí sentada de espaldas la Marquesa, y creí que eras tú, y sin pensar en nada le dije lo que tenia que decirte á tí.

LAURA. — ¿Y bien? — ¿Qué importa eso? — Tenias algo secreto que decirme?

(*Fernando baja los ojos, como quien ha dicho más de lo que debe y sin embargo no lo entienden.*)

LAURA (*bajo, señalando á la Marq.*) — ¿Tú la conocias?

FERNANDO. — Sí; — y su hermana, Elvira, es muy bonita. (*Laura saca de su bolsillo el lapicero y se lo da. El Conde lo vé.*)

EL CONDE (*ap.*) — Ella encuentra siempre lo que á él se le pierde.

LAURA (*á la Marq.*) — Voy á ver á mi enferma. Vuelvo al instante.

FERNANDO. — Marquesa, hasta luego. (*Se va por otro lado.*)

ESCENA IV.

La Marquesa, *el* Conde.

El Conde. — ¿Con qué está convenido? ¿Vendrá V. á pasarse un mes con nosotros? — ¡Ah! qué felicidad! recordarémos aquellos dias venturosos cuando nos conocimos, ántes de haberse casado V. . . .

La Marq. — ¡Oh! no me hable V. del pasado.

El Conde. — ¿Ha muerto ya para V.?

La Marq. — Más todavía; lo he olvidado.

El Conde. — Yo no puedo olvidarlo, y hoy me lo recuerda el volver á ver á V. más bella y más brillante que nunca. . . .

La Marq. — Por Dios, no, no hablemos de eso.

El Conde. — ¿Por qué no? Hoy que es V. viuda, libre, jóven. . . .

La Marq. — Bien ¿y Laura? Me han dicho que se casan Vds. muy pronto.

El Conde. — ¡Oh! Laura! no hablemos de eso.

La Marq. — Hablemos, sí, ¿por qué le es V. infiel de esa manera?

El Conde.—Por qué. . . . Respóndame V. ántes. V. me ha amado alguna vez. Cuando hace cuatro años, me lo decia V. ¿no era cierto?

La Marq. — ¡Oh! sí, lo era.

El Conde. — ¿Y hoy?

LA MARQ. — ¿Hoy? (*riendo.*) Han pasado cuatro años, me he casado, y aunque ya soy viuda, tengo una hija.

EL CONDE. — Segun eso, ¿el amor es cosa que pasa?

LA MARQ. — ¿En qué pais, amigo mio, está V. viviendo? — El amor pasa, sí, y aun dicen que no dura más que un dia.

EL CONDE. — Bien, comprendo; pero, dígame V. ¿de qué especie era el amor de V.? ¿qué cosa era lo que sentia V.? Cuando me veia V. hablar con otras mujeres, ¿tenia V. celos de ellas?

LA MARQ. — Sí, los tenia.

EL CONDE. — ¿No pensaba V. más que en mí?

MA MARQ. — Nada más que en V.

EL CONDE. — Cuando yo me iba ¿se quedaba V. triste?

LA MARQ. — Sí, y muchas, muchísimas veces me quedaba llorando.

EL CONDE. — Cuando me sentia V. venir, ¿experimentaba V. alguna emocion?

LA MARQ. — Oh! sí, cuando se acercaba V., unas veces me ponia encendida, otras profundamente pálida.

EL CONDE. — ¿Y desde muy léjos distinguia V. el ruido de mis pasos?

LA MARQ. — ¡Oh! sí, desde muy léjos.

EL CONDE. — ¿Tenia V. ódio á todos los que á mí me lo tenian?

LA MARQ. — ¡Oh! y se lo tengo todavía.

El Conde. — ¿Y cuándo yo estaba enfermo, se ponia V. inquieta, agitada?...

La Marq. — Cuando se enfermaba V.... ¡oh! ¡qué angustia! pero recuerdo que nunca lo estuvo V.

El Conde (*triunfalmente.*) — Y á pesar de todo eso ¿no me ama V. ya?

La Marq. — Ni un poquito. El amor más vehemente acaba al fin por apagarse...... es el que más pronto se apaga.....

El Conde. — ¿Y cómo hizo V. para dejar de amarme?

La Marq. (*riéndose.*) — Ah! ah! ah! ¡qué insolente! ah! ah! ah!

El Conde. — ¡Respóndame V. por Dios!

La Marq. — Voy á revelar á V. en qué consiste esta ciencia tan bella de olvidar.... Al principio sufre uno mucho, y hasta cree que va á morir; y miéntras más enérgico es el corazon, más vivo y más profundo es el dolor del primer momento.

El Conde. — Sí, pero V. no debió sentir todo lo que dice, porque V. misma fué quien me dejó, no sé por qué.

La Marq. — Luego se lo diré á V.... Entónces lo lloré á V. un mes.

El Conde. — Mucho fué.

La Marq. — Mucho, sí; demasiado.

El Conde. — Se obstinó V. en su incomprensible sentimiento....

La Marq. — Sí; me complacia en mi dolor. Buscaba la soledad; hora por hora sentia que mi carácter se volvia ágrio y amargo, y me complacia en esa transformacion. Me parecia sentir en mi rostro y en mi alma que el dolor me destruia, y gozaba cada vez que alguien me encontraba ó pálida, ó delgada.... Me desesperaba, y á veces creia que la culpa era toda mia, y hoy todavía lo estaria creyendo si una casualidad....

El Conde. — Y sin esa casualidad ¿aun me amaria V.?

La Marq. — Tal vez, ¡quién sabe!

El Conde. — ¿Y quién fué esa prudente amiga?

La Marq. — ¿Amiga? ¿Cree V. que la amistad pueda alguna vez ser bastante fuerte para luchar contra el amor?

El Conde. — ¿Quién fué, pues? ¿Un viejo?... ¿un niño?

La Marq. — No, un jóven.

El Conde. — ¡Ah! no quiero ser indiscreto, no me atrevo á preguntar quién fué.

La Marq. — V. mismo.

El Conde. — ¿Yo? y yo ¿qué hice?

La Marq. — Nada, poca cosa. Iba V. todas las noches al teatro á aplaudir una actriz que le parecia á V. muy bella, en tanto que yo.... ¡Oh! ¡loca de mí! que olvidé que el amor de

los hombres siempre es el mismo; y van friamente á divertirse, en tanto que nosotras nos morimos por ellos.

El Conde. — ¡Ah! debiera V. perdonarme. . . . Me sentia entónces muy desgraciado.

La Marq. — No hablemos de eso. . . . Todo está ya bien muerto y enterrado. . . . hablemos de hoy. ¿Con qué objeto me hacia V. esas preguntas? ¿Quiere V. curar su mal á alguna enamorada? ¿Ó sospecha V. que Laura no lo ame como en su presuncion quisiera V.? . . .

El Conde. — ¡Oh! no (*como quien busca.*) — Sí, tengo una amiga cuya hija se ha enamorado de un inglés.

La Marq. — ¿Un inglés?

El Conde. — Sí, y la madre quisiera quitárselo de la cabeza.

La Marq. — ¿Al inglés?

El Conde. — No, á ella, y me preguntó. . . .

La Marq. (*riendo.*) Todos los hombres sois lo mismo cuando estais enamorados y celosos. ¿Cree V. que me ha engañado y que no he comprendido que es V. el celoso?

El Conde. — Yo, ¿de quién?

La Marq. — V., sí.

El Conde. — ¿De quién?

La Marq. — ¿De quién ha de ser? — De Laura, su futura.

El Conde. — ¡ Ah ! ¿ y cree V. que puede uno tener celos de una novia ?

La Marq. — ¡ Oh ! sin duda. . . . y tiene V. razon.

El Conde. — ¡ Ah ! ¿ V. lo ha notado tambien ?

La Marq. — No , yo he notado. . . .

El Conde. — ¿ Qué ?

La Marq. — Que V. tiene la culpa.

El Conde. — ¡ Ah ! sí , debí comprender, que á pesar de ser mi amigo , el vivir bajo un mismo techo los tres. ¿ Qué piensa V. de él ?

La Marq. — ¿ Quién , Fernando ? — Muy simpático.

El Conde. — ¿ Cómo ?

La Marq. — Muy simpático.

El Conde. — ¡ Ah ! ¿ comprende V. que ella lo ame ?

La Marq. — Mejor comprenderia que fuera á V. á quien amase , y estoy segura , muy segura de que si ella no lo ama hoy á V. como ántes lo amaba , es culpa de V. y sólo de V. Ella está dispuesta á casarse , ella lo ama á V. : las mujeres como ella no mienten nunca ; vosotros , sí , sois capaces de todo . . . . de todo , sí , hasta de casaros sin amor.

El Conde (*alegre.*) — ¿ Y creeis que ella todavía me ame. . . . como ántes ?

La Marq. — Lo creo. . . . lo apuesto. Ahí viene. Déjeme V. con ella , que ese amor por lo ménos sí que puedo dárselo.

El Conde. — ¡ Es V. un ángel !

La Marq. — No. Pero en fin . . . verémos. . . . ó yo no sirvo para nada, ó he de devolver á Vds. lo que les falta para ser felices. . . .

ESCENA V.

La Marquesa, *sola*, — *luego* Laura.

La Marq. — ¿ Será cierto que ella lo querrá ménos ? No, no puede ser. Él me parece hoy mejor que nunca, y ¡ qué celoso está ! Así era cuando yo lo amé. . . . pero, ¿ á qué revolver lo que ya no es más que ceniza ? No; él la ama. Trabajemos por su felicidad.

Laura (*entrando.*) — Marquesa, dése V. prisa. El criado va á salir y aguarda sus órdenes. ¿ Pór qué vacila V. ? ¿ qué la detiene ?

La Marq. — Mi hermana. . . .

Laura. — Escríbale V.

La Marq. — No, debo irme.

Laura. — Perdóneme V. si insisto; pero no nos prive V. del placer de su compañía.

La Marq. — No, me voy, es lo mejor.

Laura. — Pero, ¿ por qué ? ¿ qué motivo tiene V. ?

La Marq. — ¿ Quiere V. saberlo ? ¡ Ah ! mire V. que soy capaz de decírselo, aunque le mortifique. . . .

Laura. — Bien, dígalo V., mortifíqueme V.

La Marq. — Me voy.... ántes de que me despidan.

Laura. — ¿Cómo? ¡Oh! sin duda quiere V. burlarse.

La Marq. — No, lo digo de veras. Debo huir de aquí: el honor, el deber me lo manda. He luchado sin piedad contra los impulsos de mi corazon, hasta ahora he vencido. ¡No me haga V. perder en un dia la victoria de muchos años! Déjeme V. huir....

Laura. — ¿De quién?

La Marq. — De Eduardo, del que pronto será su esposo de V.... Yo lo amo, sí....

Laura. — ¿A Eduardo?

La Marq. — Siempre lo he amado.

Laura. — ¿Es posible?

La Marq. — Sí, siempre ha sido para mí tan simpático, tan seductor....

Laura. — ¿Sí? (*ap.*) Pues yo lo encuentro muy variado.

La Marq (*ap.*) — No se mueve, no se da por ofendida.... No es celosa.... ¡ah! tenia razon, ella no lo ama.... ama á otro. (*Alto.*) — Sí, su talento, su elegancia, todo él me inspiró un amor profundo.... Lo abandoné.... me casé, y hoy que lo vuelvo á ver despues de cuatro años, ha vuelto á encenderse mi antiguo sentimiento, y su presencia es para mí un peligro.... Debo irme, me voy. ¡Adios mi amiga querida! Goce V. en paz la dicha

que merece, y que ya yo hoy no puedo experimentar. . . .

Laura. — ¡ Dichosa ! ¡ ah ! sin duda V. lo conoció de otro modo, en otro tiempo ; hoy es muy distinto, hoy . . . . ¡ ah ! á V. que lo ama, bien puedo confiar mis penas. . . .

La Marq. — Sí, confíemelas V . . . . . hasta ahora la habia creido á V. injusta, ingrata con él. . . . Quisiera convencerme de que la culpa no es de V. . . .

Laura. — No es mia, no. Yo lo amé desde niña : yo apénas entré en el mundo aparecí como su esposa futura. . . . Es mi primo. . . . yo esperé amarlo mucho, y me complacia en forjar ilusiones de felicidad eterna para el tiempo en que fuera su mujer; estaba dispuesta á entregarle toda mi alma y toda mi vida en cambio de un poco de amor . . . . Yo no exigia de él una pasion grande, inmensa, como la que yo estaba dispuesta á sentir, no; — yo me contentaba con la sonrisa tierna, con la mirada dulce, con el acento del corazon con que se manifiesta el amor verdadero, el amor tranquilo, que es en la tierra la imágen de la felicidad del cielo.

La Marq (*ap.*) — Ese debe ser el amor de Fernando ; lo pinta demasiado bien para ser un sueño de su corazon.

LAURA. — Así no me ama Eduardo, no. Yo lo hubiera amado sin embargo, pero en lugar de esto. . . . él. . . .

LA MARQ. — Bien. . . . él. . . . ¿y qué?

LAURA. — Él, sí. . . . ¡Ah! señora. . . .

LA MARQ. — Y bien ¿qué ha hallado V. en él? ¿qué le ha hecho á V.? (*pausa.*) ¿No se atreve V. á decírmelo? Pero yo creo comprenderlo, yo lo diré por V. . . . Él es de un carácter violento, arrebatado.

LAURA. — ¡Eduardo! . . .

LA MARQ. — Sí, pero su corazon es muy bueno; y en medio de su arrebato una sonrisa lo apacigua.

LAURA. — Pero ¿de quién habla V., de Eduardo? Pues conmigo nunca ha sido así. . . . El retrato que hace V. no es el suyo. . . . así por lo ménos no lo he conocido nunca. . . . ¿Violento dice V.? pues si es la misma indiferencia, el hombre más lento, más sistemático del mundo.

LA MARQ. — ¡Él!

LAURA. — Sí él para mí no tiene nunca ya palabras de amor; todo le choca, no sabe darme más que consejos, sermones eternos. Se molesta si hablo de modas, si celebro un vestido ó una prenda; no se digna echar una sola mirada sobre mis adornos ó mi peinado, y si la echa, es para criticármelos. . . .

La Marq. — ¿ Él ? ¿ Eduardo ?

Laura. — Si le hablo de amor, si le manifiesto algun sentimiento de simpatía, me regaña, no me hace caso, ó á lo sumo me dice que lo que yo busco no está más que en las novelas. . . . En fin, hija, es el hombre más frio que he conocido.

La Marq. — Pues, hija mia, confieso que no la comprendo á V., y no es ese el hombre que en él siempre he conocido.

Laura. — Pues, ya lo ve V.; cada una de nosotras conoce un Eduardo diferente . . . . El mio no es el de V., ni el de V. es el mio.

La Marq. — A mí el de V. me parece muy fastidioso.

Laura. — Y el de V. á mí me parece mucho mejor que el mio.

La Marq. — Pues yo se lo cedo á V. . . . Haga V. por conseguirlo. . . . ¡ Ah ! si lo viera V. entusiasta, conmovido como en otro tiempo. . . . ¡ cuánto fuego habia en sus miradas ! ¡ cuánta pasion en sus palabras !

Laura. — ¿ Él tambien la ha querido á V. ?

La Marq. — ¡ Oh ! con locura.

Laura. — ¿ A V. . . . ¿ él ?

La Marq. — Yo era entónces algo bonita.

Laura (*con amargura.*) — Lo es V. todavía.

La Marq. (*ap.*) — Al fin logré mi objeto. (*Alto*, *Lau-*

ra la oye con impaciencia.) Nunca pude consolarme despues que lo perdí.

Laura. — Sí. . . . ya. . . . pues. . . .

La Marq. — Cuatro años he vivido gozando con su recuerdo, y su memoria ha poblado mi soledad. . . . Me he esforzado por olvidarlo, he prestado un momento el oido á todos los que venian á hablarme de amor. Pero el amor no es más que un hombre; sus rivales hacian que él me pareciera todavía mejor. . . . todos, todos me aburrian, ménos él. Todos eran frívolos, vanos, envidiosos; ninguno tenia su carácter, su noble entusiasmo, su corazon siempre dispuesto á amar lo grande y lo bueno, su franqueza en fin, que hasta sus mismos enemigos reconocian. . . .

Laura. — ¡ Oh !

La Marq. — ¡ Ah ! es V. de mi misma opinion. Él no es de los que tienen siempre el honor en los labios, pero lo tiene siempre en el corazon. . . . Y en todo es lo mismo, recto, noble, valiente. . . .

Laura (*con emocion.*) — ¡ Oh ! sí, muy valiente. . . .

La Marq. — Y sin jactancia. ¡ Cualidad bien rara por cierto ! Y luego, tan bueno, tan generoso, tan callado y tan elocuente en su silencio. Con hombres como él las palabras están demás, las miradas bastan; pero es verdad que

yo nunca le dí motivos para despertar sus celos, miéntras que V. . . .

Laura (*con viveza.*) — ¡Yo! ¡yo! ¿qué quiere V. decir?

La Marq. — Nada, nada.

Laura. — Sí, por Dios, amiga mia, acabe V. ¿qué quiere V. decir?

La Marq. — Quiero decir que él está horriblemente celoso, que ha renegado completamente de su sistema, que es muy desgraciado.

Laura (*con alegría.*) — ¿Él muy desgraciado?

La Marq. — Debió V. haber comprendido los motivos de su tristeza.

Laura. — ¡Bah! dice V. eso por consolarme.

La Marq. — No, no, lo he comprendido, lo he visto. . . . él me lo ha dicho. . . . ¡ah! pero ¿no es él el que se pasea por aquella galería?

Laura. — Sí, él es.

La Marq. — Está con Fernando, ¿no es verdad?

Laura. — Sus celos son de él, ¿no es verdad?

La Marq. — ¡Ah! sí; mire V. qué triste está.

Laura. — Tengo miedo. ¿Cree V. prudente que los dejemos á los dos juntos así? No vaya á haber un disgusto entre ellos. . . . Vamos allá.

La Marq. — No, no es tiempo. Por la ventana oirémos lo que se dicen. . . . . aquí vienen. . . . . cuando sea oportuno entrarémos. (*Se van manifestando inquietud.*)

ESCENA VI.

El Conde *y* Fernando.

El Conde (*como continuando una conversacion.*) — No estás hoy de muy buen humor, pero lo comprendo; yo tambien me siento hoy muy aburrido, y los dos creo que lo estamos por el mismo motivo.

Fernando. — ¿Qué es lo que quieres decirme?

El Conde. — A los dos nos devora un mismo tormento, los dos estamos enamorados de una misma mujer..... ¡Oh! ¡no te alarmes! reconozco en tí un digno rival....

Fernando. — ¡Ah! ¿Con qué has podido pensar....

El Conde. — Y es lo peor que yo, siendo el novio oficial, no soy el preferido.

Fernando. — ¿Hablas de veras, ó te burlas de mí?

El Conde. — ¡Oh! no, tu suerte ha sido mejor que la mia....

Fernando. — ¿A mí es á quien ella quiere?

El Conde. — Sí, y conmigo es con quien va á casarse.... ¡Oh! no te hagas de nuevas, no lo he dicho para que tú lo sepas, sino para dejarte ver que yo lo sabia....

Fernando. — Comprendo tu ironía.... me explico lo que te figuras haber visto; pero el necio eres tú que no has sabido comprender que en su

benevolencia hácia mí no hay pasion, no. A quien ella quiere no es á mí, sino á la clase de amor que yo pudiera consagrarle.

El Conde. — ¡Noble amor! sí, que empieza por esconderse.... Confieso, por Dios, que te creí más honrado....

Fernando. — Y yo á tí más generoso.... y si algo ha sucedido, la culpa es tuya, y sólo tuya....

El Conde. — Tanta osadía, por parte de V. me es ya insoportable, y desde hoy.... (*Va hácia él como para insultarlo.*)

Fernando. — ¡Somos amigos desde la infancia! pero ¡cuidado Eduardo! que yo tambien puedo olvidarlo.

El Conde (*volviendo en sí.*) Y si yo lo he olvidado, ¿no tienes tú la culpa, ingrato?

Fernando. — Si el recuerdo de nuestra amistad ha bastado por fortuna para hacerte comprender todo lo injusto de tu arrebato, sírvate tambien para hacerte oir con calma la voz de la verdad.

El Conde. — Habla, sí, amigo mio.... perdóname, porque mucho he sufrido....

Fernando. — No más de lo que has merecido. Oye. Lo ménos que yo me figuraba al llegar aquí era que podia nunca Laura merecer ningun sentimiento de compasion de parte mia; pero la veia triste, llorosa; y nadie en el mundo pue-

de ver sin interés una mujer afligida. Su aspecto, su eterna melancolía me hacia sufrir.

EDUARDO. — Sí, Fernando. Comprendo que tú tratarias de consolarla, y ella como mujer, siempre débil, vió en tus palabras. . . .

FERNANDO. — No, nada le dije: el débil entónces hubiera sido yo. Nunca le hablé de amor, pero es verdad que sufrir, compadecer, es más que hablar; y ella, sin conocerlo, alguna vez se sentiria arrastrada por el ardor de mi piedad. ¿Hizo mal?

EDUARDO. — No, no hizo mal. Comprendo mi extravío.

FERNANDO. —.Yo no lo sé, pero te digo otra vez, que á mí no me ha amado nunca, y si algo vió en mí fué el amor que en tí quisiera haber ella encontrado. — Tú te olvidaste de que eras su amante y te acordaste de que ibas á ser su marido. Ella pedia amor y tú apénas si le brindabas amistad, marchitabas sus ilusiones, te burlabas de sus sueños apasionados, te esforzabas por desencantarla de tí mismo, aplicabas tu fria razon de calculista á un alma jóven que toda es fuego y elevacion, y no comprendias que era tuya la culpa sí, aun pensando en tí, iba á buscar fuera de tí sus sueños de amor. ¿Comprendes ahora, pobre enamorado, toda la injusticia de tus celos?

EL CONDE. — Sí, lo comprendo, pero ¿cómo podia yo

creer que fuera falso lo mismo que á todas horas estaba viendo?

FERNANDO. — Y lo que ella en tí veia ¿cómo podia tambien creerlo falso? ¿Tú la amas? ¿tú la has amado siempre?

EL CONDE. — Oh! sí, con toda mi alma.

FERNANDO. — Y entónces ¿por qué afectabas esa seriedad, esa indiferencia?

EL CONDE. — ¿Qué se yo? Temia ser un novio ridículo. En fin, estaba loco, y tú, amigo mio, me vuelves á la razon. ¿Con qué podré yo pagarte todo el bien que me has hecho?

ESCENA ULTIMA.

Los mismos, LAURA *y* LA MARQUESA.

LAURA. — De eso me encargo yo.

EL CONDE. — ¡Ah! ¿estaban Vds. dos oyéndonos?

LA MARQ. — No, pero estábamos en la galería, y sin intenciones de escuchar, algo hemos oido.

FERNANDO (*ap.*) Me alegro. (*Alto.*) Y esa recompensa que te encargas de darme y que no merezco, ¿cuál será?

LAURA. — ¿No amas á nadie?

FERNANDO. — Pst. (*señalando á la Marquesa.*) ¡Silencio! ella no sabe nada.

LAURA. — Yo se lo he dicho, y tengo su consentimiento. ¿No es verdad, Marquesa, que consiente V. en el matrimonio de su hermana Elvira y mi primo Fernando?

LA MARQ. — No he dicho tanto. No sé si ella querrá.

FERNANDO. — ¿Ella? — ¡Oh! sí, me lo ha jurado.

LAURA. — La idea es mia ¿no te parece buena? (*Al Conde.*)

EL CONDE. — ¡Oh! sí, Laura; como tuya. (*Con ternura.*)

LA MARQ. — Pues bien, consiento. — ¿Sois todos ya felices? — ¿Puedo irme con esa satisfaccion?

EL CONDE. — Todos, sí, ¿y V.?

LA MARQ. — ¡Oh! yo tengo á mi hija. Y hoy por hoy soy más feliz que todos vosotros. — Adios, Laura; adios, Eduardo, sed felices como lo mereceis. — ¡Fernando! he dicho que consentia en que amase V. á mi hermana Elvira, á quien quiero como una hija. Hágala V. tambien feliz. No olvide V. que yo sé muy bien que si las mujeres no son felices, la culpa siempre es de ustedes.

FIN.

FELIPE POEY.

MOLUSCOS. (1)

Convidado por el amigo Azcárate á conversar, no con alumnos de la Universidad, sino con las amables discípulas que adornan su salon, he accedido con gusto, persuadido de que saben bastante griego y latin para comprender, no diré una leccion, sino una conversacion sobre los Moluscos terrestres de la isla de Cuba.

Para que entiendan cuáles son los animales que se llaman Moluscos, diré que son los *Malacozoarios* del profesor Blainville. Ahora me parece que está

(1) Este artículo, se ha redactado por los apuntes que tomó un oyente de la deliciosa leccion oral que nos dió una noche el Sr. D. Felipe Poey. En la imposibilidad de trasladar toda la gracia y la viveza de su discurso, se ha procurado, por lo ménos, conservar la esencia de la leccion que ha sido luego revisada y aprobada por el autor.

bien claro; puesto que *malacós* significa *blando*, *zoon* ó *zoarion* es animal; y de aquí la ciencia llamada Malacozoología, que es la ciencia de los animales blandos.

Estos son los que generalmente forman las conchas y los caracoles; pues aunque hay algunos desnudos, la mayor parte son testáceos ó cubiertos de un esqueleto calcáreo, ya univalvio, ya bivalvio, esto es: con una ó con dos valvas. Todos los moluscos terrestres son univalvios.

En el siglo pasado el estudio no pasaba de una mera curiosidad, la ciencia se llamaba *Concología* ó *Conquiliología:* lo que indica que se atendia principalmente al caracol. Desde que Blainville inventó la palabra *Malacología* ó *Malacozoología* la atencion se dirige principalmente al animal, y la ciencia progresa.

La nomenclatura descriptiva ha variado. Antes se llamaba *boca* la abertura del caracol; hoy se llama *abertura;* porque la boca no está en la concha sino en el animal, y debemos evitar las expresiones figuradas. El contorno de la abertura, que en griego es *perístoma*, es hoy el borde de la abertura, en griego *perítrema;* de *peri*, alrededor, y *trema*, *trematos*, abertura, como lo saben muy bien mis amables discípulas aquí presentes.

Antes no estaban de acuerdo los naturalistas para saber cuál era el lado derecho é izquierdo del caracol; su parte anterior y superior; su parte infe-

rior y superior. Hoy nos seguimos por esta regla: póngase el animal á caminar delante del espectador: donde el espectador tiene su derecha, tiene el animal la suya; donde tiene aquel su izquierda, tiene su izquierda el animal, &c. &c.

Pasemos ahora al objeto principal de esta conversacion. La fáuna (se llama *fáuna* la coleccion de animales, así como se llama *flora* la coleccion de vegetales), la fáuna malacozoológica terrestre de la isla de Cuba es exclusiva, quiero decir, que es totalmente diversa de las que se encuentran en el próximo Continente, en Jamáica, en Puerto-Rico y otras Antillas. Hace tiempo que C. B. Adams, á quien tanto debe la fáuna Jamaicense, ha formulado algunas leyes sobre este particular: nos ha enseñado que la region marina en que nos encontramos, tiene la vasta extension que abraza desde las islas Bermudas hasta Rio-Janeiro; de tal suerte, que donde quiera que se colecten conchas y caracoles marinos, en las costas de los Estados-Unidos, Bahama, Golfo mejicano, Honduras, Panamá, Caracas, playas brasilianas, y en cualquiera de las Antillas, 90 por 100 son comunes á todos estos parajes, 10 por 100 propios del lugar explotado; miéntras que las regiones de caracoles terrestres se hallan tan estrechamente circunscritas, que el cómputo se ha de hacer al reves, á saber: un 10 por 100 que se encuentran en todas partes, y 90 por 100 propios de la explotada region.

Por otra parte, estos centros de creacion son muy limitados, aun en las comarcas continentales; y con respecto á las islas, está averiguado que toda isla separada de otra por el espacio de 10 leguas, forma una region aparte, no sólo con distintas especies, sino frecuentemente con grupos de distinto aspecto.

En virtud de esta ley, presenta la isla de Cuba una fisonomía propia, siendo pocas las especies comunes á otras islas; y aun éstas no pasan de ser las de menor dimension, esparcidas en todas partes, á consecuencia del movimiento comercial, exportadas ó introducidas con el lastre de las embarcaciones, con las macetas de plantas vivas, en los tercios de tabaco y otros bultos.

Como todas las ciencias están íntimamente unidas, el conocimiento de estas leyes viene á ser fecundo en resultados científicos. En primer lugar se deduce que desde la remota época en que la vida actual apareció en las Antillas, existen éstas separadas del Continente; así como el reconocimiento de grandes Mamíferos fósiles en los terrenos cubanos, revelan que, anteriormente á la vida actual, la isla de Cuba, unida á Yucatan, formaba parte del continente americano. Por la misma razon, vista la semejanza de las fáunas erpetológicas y malacológicas de las islas de Bahama, Cuba é Isla de Pinos, deducimos que en época más reciente formaban estas

tierras una sola y vasta region. Sirvan estas consideraciones para responder á los que perennemente preguntan *¿para qué sirve ésto?* y si no graduan de loco al estudioso amante de la naturaleza, le distinguen con la equívoca denominacion de curioso. Tal es á veces la menguada suerte de los estudios literarios, siempre que las letras no pasen á ser ingredientes farmacéuticos, ó no puedan inmediatamente reducirse á letras de cambio.

Los Moluscos fósiles son de un gran recurso para la Geología, puesto que caracterizan los terrenos. Por otra parte, la Geología práctica ó Geognosia se aplica ventajosamente á los intereses agrícolas. Luego los Moluscos son de grande utilidad á la Agricultura.

El aspecto de la fáuna cubana ha merecido los mayores elogios del príncipe de la Malacozoología moderna, D. Luis Pfeiffer, nuestro constante corresponsal: las prefiere á las vistosas pero monótonas producciones de Ceylan. Las remesas de nuestro amigo Gundlach, de diversos puntos de esta Isla, le han hecho prorumpir en exclamaciones de gozo, que han tenido eco en nuestros corazones. Cuando recibió las especies de la Vuelta-Abajo, que ponian en su coleccion los deseados tipos Orbiguyanos y Moreletianos, escribió que aquel dia habia sido para él el dia más feliz de su vida. Al ver por primera vez el Sr. Morales la *Helicina regina*, afirmó que no hay en la rica India oriental cosa que se le iguale en el mis-

mo género, no sólo en tamaño, sino tambien en la belleza de los colores y en lo extraordinario de la forma. En cuanto al tamaño, hay otras Helicinas de Cuba, la Titánica, la Biarea, la Ocrácea, la Sagraiana que no tienen rivales en el orbe. El dia que distribuí á mis corresponsales la *Cylindrella* Elliotti, recibí mil parabienes por haber sido el padrino de tan portentosa especie. Otros grupos de Cylindrellas, lindamente labradas por dentro y por fuera, halló el Dr. Gundlach en el Departamento oriental; y las ha dado á conocer á los naturalistas. Los erizados *Cyclostoma hystrix* y *Cyclostoma echinus*, llenaron de admiracion á cuantos los recibieron. ¿Y qué dirémos de las variedades que presentan algunas de nuestras Hélices? En ninguna parte del mundo se podrá hacer una coleccion más numerosa ni más linda, que la que ofrece una sola especie denominada *Helix picta*. La *Helix alauda* es casi tan numerosa en sus variedades: lo mismo decimos de la *Achatina fasciata* y de la *Helix sagemon*, que por su tamaño es tambien muy apreciada; bien que no puede competir bajo de este último aspecto con la *Helix Petitiana*, ni con la *Helix imperator*, que puebla los bosques de la jurisdiccion de Baracoa.

Algunas de nuestras especies se hallan esparcidas en toda la superficie de la isla de Cuba; pero no es el caso más comun. La Isla en su dilatada extension, ofrece ordinariamente regiones menores con

Moluscos especiales que en vano se buscarian en otra parte. Apénas hay localidad nueva que no alimente sus tipos exclusivos, como lo ha demostrado la experiencia. Un viaje á Rangel, un viaje al cerro de Guane, una excursion á las lomas de Trinidad, á Manzanillo, á Santiago de Cuba, á Guantánamo, á Baracoa, han dado en cada estacion 10, 15, 20 especies nuevas. Sin salir de veinte leguas al rededor de la Habana, hemos encontrado especialidades várias en Managua, San José de las Lajas, Lomas de Candela, Pan de Matanzas. En el corto tiempo que ha transcurrido desde el viaje de Pfeiffer hasta la fecha, ha ascendido el número de especies conocidas á más de 600, quedando la mayor parte de las localidades sin explorar; lo que nos hace creer que no conocemos aun la mitad de los Moluscos terrestres cubanos.

Y ya que hablamos de viajes por la isla de Cuba, este es lugar oportuno para recordar el que hizo el Dr. D. Juan Gundlach á Baracoa en busca de la Hélice llamada el *Emperador*. Este hermoso caracol no existia en buen estado en ninguna coleccion, y aun se ignoraba su patria. Sabedor Gundlach que en las playas de Baracoa se encontraban algunas arrastradas por los rios, y arrojadas por el mar, dispuso una expedicion compuesta de su sola persona, pues era á un tiempo el general y el ejército; y creyendo oportuno ocupar todas las fortalezas del imperio, ántes de asaltar al Emperador en las alturas

de Mata, donde tenia su residencia, algo más allá de Baracoa, hizo su entrada por las lomas de Trinidad, donde derrotó á Petit (*Helix Petitiana*, persiguió á Dennison hasta el cabo Cruz (*Helix Dennisoni*), extrajo del Morro de Santiago de Cuba, con licencia del Comandante, al Reyezuelo (*Helix ovum reguli*), que fué á esconderse al pié de sus murallas; prendió al Gobernador de Guantánamo (*Helix irassilabris*) y se internó por Yateras, donde el Emperador, desde Mata, le envió sus lanceros (los mosquitos) para oponerse á su paso, pero en vano, porque el héroe decia: *¡En avant!* como quien dice *¡Marchemos!* Las picadas se van, pero los caracoles quedan!

Por fin llegó á Mata, penetró en la imperial morada, hizo en tres dias seiscientos prisioneros y esparció la noticia por todo el mundo científico. Todos los malacozoologistas hicieron un lugar en su coleccion para recibir al Emperador (*Helix imperator*), todos vieron sus deseos satisfechos y saludaron á John Gundlach con el título de *César Gundlach;* porque como César pudo decir y dijo: *Veni*, *vidi*, *vici* (vine, ví y vencí.)

Para los que escriben sobre la historia de Cuba, debo agregar que á su vuelta á la Habana, siguiendo la costa del Norte, una tarde sombría, en un sitio apartado de toda humana habitacion y al pié de un Uvero descubrió el Dr. Gundlach una conspi-

racion. Allí encontró reunidos á Blauneria, Leuconia y Plecotrema y algunos otros, entre ellos Paludinela helicóides: Melampo era el presidente. En el acto me dió aviso en una carta que puse bajo de llave; puesto que si hubiera caido en manos de la policía, hubiéramos andado en declaraciones; y entónces apareciera á las claras lo que era dicha conspiracion, en que los conspiradores eran todos del tamaño de la cabeza de un alfiler; y algunos, más pequeños, siendo Melampo el que, por sus dimensiones, mereció la presidencia, pues era tan grande como un grano de arroz: todos escondidos debajo de una hoja de uvero.

JOSE IGNACIO RODRIGUEZ.

EL DESEMBARCO DE LOS PURITANOS.

I.

Era el 22 de Diciembre de 1620.

La playa americana presenciaba en aquel acto un espectáculo interesante.

Sobre una roca solitaria, allá en el fondo de la bahía del Cabo Cod, en Massachussets, se encontraba confusamente aglomerado un grupo de personas.

Todos ellos aparecian como extranjeros.

Por su color, por su cabello, por su traje, se descubria desde el momento, que no pertenecian á aquella raza desdichada de los aborígenes de América.

Ellos eran, entre los hijos de la Europa, los primeros que jamás habian pisado aquel rincon del continente.

En aquel momento acababan de desembarcar. Sus equipajes yacian por tierra, amontonados á su alrededor. Un poco más allá, junto á la orilla, todavía se columpiaba sobre el mar la embarcacion que los condujo.

Nada se divisaba en torno suyo, ni habitaciones, ni plantíos. No habia nada que estorbase la majestuosa solemnidad de aquel desierto, encuadrado entre la asombrosa infinidad del Océano, y la extension indefinida y misteriosa de un continente salvaje y desconocido.

Todo el grupo de personas se encontraba en aquel momento en oracion. Uno de ellos, de talla majestuosa, de frente venerable, acababa de recitar en alta voz pasajes escogidos en un libro que tenia entre las manos. Sus brazos se levantaban hácia el cielo, y sus miradas, sumergidas tenazmente en la inmensidad del firmamento, parecia que se extasiaban en la contemplacion del Sér Supremo, dando gracias fervorosas por algun nuevo beneficio debido á su bondad.

Ante las mágicas palabras de aquel libro, que habia leido el jefe venerable, ni una sola de las frentes que allí habia, quedó por inclinarse. Las mujeres, los ancianos y los niños; señores y criados, todos ellos escuchaban con recogimiento y con res-

peto; — todos ellos acompañaban con el corazon y con el alma la oracion conmovedora de su Jefe....

¿Quiénes eran esos viajeros misteriosos, y qué palabras aquellas, nunca oidas hasta entónces en tan apartadísimas regiones, á cuyo eco poderoso parecian resucitarse y reanimarse la tierra y el Océano, las almas de los hombres y aun la misma naturaleza inanimada?

Alguna cosa extraordinaria se estaba verificando á la verdad.

La naturaleza habia querido suspender por un instante los rigores de la estacion, y engalanarse expresamente con toda la esplendidez de su belleza que ostenta por do quiera.

El soplo helado del invierno, ahuyentando los vapores, habia restituido al cielo y á la atmósfera, aquella inmensa diafanidad que suele observarse algunas veces en los paises septentrionales.

Los rayos de un Sol tibio, derramaban por todas partes la luz y la alegría, vivificando aquellos cuadros.

Y miéntras tanto, un viento suave, rizando apénas la superficie tersa de las aguas, balanceaba graciosamente sobre el mar la embarcacion de los viajeros, que, cual gaviota voladora, abriendo al Sol sus alas para que se las seque despues de haber atravesado el Océano, conservaba todavía sus velas extendidas....

II.

Ciento y una eran, por todo, las personas que se encontraban en el grupo. Diez y ocho eran señoras, cuarenta y un caballeros. El total lo completaban los niños y criados.

Pero entre ellos un solo pensamiento habia ligado por completo sus espíritus. Sus corazones todos vibraban unísonos, así que se tocaba alguna idea fundamental y determinada.

Aquellos hombres emigraban de Europa, abandonando sus hogares, el bienestar y la fortuna; aún los goces más legítimos que son la consecuencia necesaria de la civilizacion. Aquellos hombres lo dejaban todo, y se lanzaron al Océano, amontonados en la graciosa embarcacion "La Flor de Mayo," en busca de una tierra desierta, solitaria, salvaje, peligrosa.... pero en donde á su manera pudieran entenderse con su Dios, donde sus almas no encontrasen, en sus místicas efusiones con el Altísimo, el obstáculo enojoso de las formas convenidas. . . . las religiones reglamentadas y oficiales. . . .

Aquellos hombres, la Historia los recuerda con el nombre de los Puritanos.

Y aquella roca, en que elevaron hácia el cielo la primera de sus plegarias en América, la roca de Plymouth, en que hoy se eleva un monumento, y en que se registran esculpidos los nombres de todos

aquellos inmigrantes, será siempre visitada con curiosidad y con respeto, por todos los que sientan en el alma un poco de entusiasmo por lo noble, por lo generoso y por lo grande.

III.

La idea de la conquista, el natural deseo de mejorar de situacion, la ambicion ménos legítima de las riquezas, el espíritu de aventura. . . hé aquí con otros muchos, los móviles diversos que lanzan á los hombres en pos de otros paises.

No fueron ellos sin embargo, los que determinaron aquel viaje.

Los nuevos Argonáutas no buscaban el áureo vellocino. Los Puritanos emigraban para conservar intacta la libertad de su conciencia: para mantener sin traba alguna la independencia de su opinion y sentimientos; para realizar sin inconveniente, en lo concreto y en lo abstracto, el ideal de una sociedad cristiana, y basada enteramente en la moral del Evangelio.

Jamás tan noble empresa ha sido acometida por los hombres. Jamás recordará la Historia un rasgo que más diga en favor de la nobleza y dignidad del sér humano.

El primer paso de los Puritanos fué la compra del terreno en que acababan de establecerse. Más adelante negociaron con los Indios un tratado de paz y de amistad, que en los cincuenta años sucesivos se cumplió siempre por entero.

Aquella tierra no les fué muy hospitalaria á la verdad. En ménos de tres meses habian muerto hasta cuarenta de entre ellos. Y hubo veces, en que segun la frase de un historiador, los vivos no bastaban para el entierro de los muertos.

Pero la esperanza y la confianza sobrevivieron con los otros. Los sostenia su inquebrantable fé en las bondades de la Providencia: y no fué necesario mucho tiempo para que la colonia puritana se engrandeciese y floreciera.

De allí salió Nueva-Inglaterra, con su actividad y su energía, con su entusiasmo razonado, con su fé ardiente en los principios, con su cristianismo decidido y práctico. De allí nació esa civilizacion tan poderosa y que tantas maravillas ha obrado en estos tiempos, descansando sobre la palabra de Dios que está en la Biblia, y que fundada en el respeto más completo de los hombres, se propone como objeto, por medio del trabajo, de la libertad, de la educacion, de la religion, levantarnos sin cesar á más altura, y restaurar constantemente, realzándola, la dignidad de nuestro sér.

IV.

Mas.... ¡ay!... el mismo año, en otro barco, llegaban á la América otros viajeros diferentes. Un barco holandes desembarcaba en Jamestown, en Virginia, los primeros diez y ocho esclavos africanos que se introdujeron en la América del Norte....

La "Flor de Mayo" y este barco se habian cruzado en el Océano.

Los astros en el cielo, habian podido contemplar con atónita mirada, los destinos diferentes de ámbas naves, que cobijaba un mismo cielo, y que impulsaban unos mismos elementos.

Designio inescrutable del Eterno, que pone siempre el mal junto al remedio, y que tiene asegurada la victoria á la verdad y á la justicia....

Del seno de la "Flor de Mayo" saltó en el suelo de la América, un puñado de cristianos inteligentes, honrados, piadosos; amantes de la justicia, de la libertad, de la igualdad.—De ellos se originó la gran nacion, cuyos primeros sesenta y cinco años de existencia se encuentran contenidos entre el modesto Cincinato de Mount Vernon, y el leñador ilustre de Illinois....

Del seno del buque holandes se desprendió un puñado de infelices, que regaron aquella tierra con sus lágrimas, para más tarde fecundarla con su sangre:—y de ellos han salido cuatro millones de cria-

turas desgraciadas, cuya existencia ha suscitado un gran peligro para el mundo, y ocasionado una gran crísis en la marcha social y humanitaria. . . .

Pero la crísis ha pasado. . . .

Cuatro años de sangrienta lucha han asegurado el predominio de los principios.

La roca de Plymouth se ha estremecido.

Los mismos Puritanos la movieron al levantar las manos hácia el cielo, para dar gracias por el triunfo.

ANTONIO SELLEN.

A ULISES GRANT.

(Soneto.)

No es de Alejandro y César, la sangrienta
Triste aureola que tu sien circunda. . . .
¡ Ah ! de esos héroes la ambicion profunda
Fué al progreso inmortal bárbara afrenta.
Otra es la gloria que tu pecho alienta
Y en sublime delicia al orbe inunda ,
Que hará surgir espléndida y fecunda
La santa causa que el error ahuyenta.
Como el justo adalid sereno avanza ,
Y con tu esfuerzo indómito, los lazos
De la justicia y la igualdad afianza ,
Hora que armando la traicion sus brazos
Mira la patria muerta su esperanza
Y gime el corazon hecho pedazos.

FRANCISCO SELLEN.

A LA ESTRELLA POLAR.

¡ Salve , polar estrella , astro apacible ,
Que inmóbil brillas en la azul esfera
Cual faro celestial ! — En la sombrosa
Noche , cuando mis ojos en el cielo
Se fijan , siempre con amante anhelo
Buscan tu lumbre pálida y dudosa.

Melancólica brillas. — No fulgura
Tu luz , cual la que lanza
La estrella del amor y la esperanza ,
Cuando en el cielo azul , radiante , pura ,
Cual lágrima de plata , dulcemente

Brilla en la tarde de un hermoso dia
Entre las blancas nubes de occidente.
Ténue es tu resplandor ; pero mi mente
A veces se figura
Que tu lumbre es el pálido destello
De un universo ignoto ,
Espléndido de luz y de hermosura ,
Y que eres tú el fanal que eterno brilla ,
De ese universo en el confin remoto.

Miéntras en torno tuyo, en misteriosa
Ronda y acompasado movimiento ,
Gira la hueste inmensa , luminosa ,
De estrellas y astros mil , tú , solitaria ,
Clavada en el confin del firmamento ,
Inmóbil permaneces , cual si fueras ,
La mano poderosa
Que á las celestes , fúlgidas esferas ,
Por los inmensos campos del espacio
El movimiento armónico imprimieras.

Cuando en las soledades del Océano ,
En el silencio de la noche umbría,

Se oye la ruda voz de la tormenta,
Y con furia violenta,
Olas inmensas hasta el cielo envia,
El marino aterrado
Busca tu lumbre triste y macilenta
En el negror del cielo encapotado,
Y á tí quizás su salvacion confia.
Silba terrible el vendabal: la nave
Sobre montes movibles de alba espuma,
Por encontradas olas combatida,
Vuela cual débil pluma
Sobre negros abismos suspendida.
Al compás de los fuertes aquilones
Que con horrible estruendo airados rujen,
Brama el mar; y los negros nubarrones
El relámpago rasga, y pavorosa,
A la cárdena luz del rayo ardiente,
Brilla en su horror la noche tempestuosa:
Las tablas de la débil nave crujen,
Y llena de pavor al navegante
Ese sordo crujido, acompasado
Heraldo que le grita á cada instante:
"La postrer de tus horas ha llegado" —

Contra escarpada roca
La frágil nave choca
Y en los abismos húndese. Terrible
Un grito de dolor al cielo sube.
Todo en silencio queda, y apacible
Fulguras tú tras blanquecina nube.
Cesó la tempestad: unos hallaron
Tumba en el hondo mar; en la escarpada
Orilla sus sepulcros encontraron
Otros, miéntras que otros la adorada
Patria en aquella orilla saludaron.
Bañó tu lumbre de unos la ignorada
Tumba; miéntras los otros la siguieron
Cual faro en la jornada que emprendieron.

* * *

¡Ay! en la vida en tanto que fulgura
Ante la vista un rayo de esperanza,
En pos de una quimérica ventura
Ávido el pecho juvenil se lanza.
Mira brillar, radiante de hermosura,
Un lejano ideal que no se alcanza,

Que cuando más cercano le parece
Y á asirlo va, más léjos resplandece.

Pero ¿qué importa al fin?—Y ¿qué es la vida
Sino la accion?—Y ¿qué es la accion, si incierto
El ánimo vacila cual perdida
Nave que boga sin un rumbo cierto
En medio de una mar desconocida
Sin esperar de salvacion el puerto?
Siempre el naufragio mirará á su lado,
Ya el mar suspire en calma ó ruja airado.

Gloria, felicidad, amor, progreso,
Fortuna ó ambicion, verdad, quimera,
En el revuelto mar en que se agita
La humanidad entera,
Una esperanza, un faro necesita.
¿Qué importa que en el hórrido combate
Muerdan unos el polvo de la muerte?
Duerman en paz los que el destino abate
Los que vivan sabrán con mano fuerte
Empuñando la espada centelleante,
Fija la vista en la sagrada enseña,

Seguir, seguir resueltos adelante
En pos del ideal con que se sueña.

Tal de Israel el pueblo en la sagrada
Arca cifró sus esperanzas todas
Y encadenó su suerte, cual si en ella
Estuviera encarnada
La imágen cara de la patria bella.
Y en torno suyo levantaba osado
Cada pecho desnudo
Un baluarte invencible, fuerte escudo,
Más fuerte sí que el muro agigantado,
Y de duro granito fabricado.
Y en la campal batalla era su guia
Y en torno suyo ardiente se apiñaba
El entusiasta pueblo, y combatia
Sin tregua, miéntras firme la miraba
Que en el revuelto polvo relucia;
Y el ánimo abatido recobraba
Nuevo vigor, y con heróico aliento
Veloz tornaba al combatir sangriento.
Mas ¡ay si un solo instante
El arca se eclipsaba! ¡Ay si osado

El enemigo audaz la arrebataba!
Entónces, vacilante,
Cubierta el alma de cobarde miedo,
El pueblo de Israel trocaba en llanto
Los cánticos alegres, y en derrota
El ya seguro triunfo, y el denuedo
En confusion y miserable espanto.
¡ Triste de aquel que ya perdió en la vida
El arca de la fé, de la esperanza!
¡ Triste del que en la noche, ya perdida
La senda misteriosa, á ver no alcanza
Un rayo que á lo léjos le ilumine,
Una estrella polar que en el desierto
O en el inmenso Océano lo encamine
A su mansion ó al anhelado puerto!
Como un ciego será que va sin guia
En medio á noche oscura: aquí tropieza
Y se levanta y cae de nuevo: el dia
No aliviará su mal, y honda tristeza
Como un buitre infernal en sus entrañas
Se cebará cruel; — desesperado
El canto oirá de los que alegres pasan
Sin mirarle siquiera; — denodado

Uno corre anhelando la victoria ;
Otro en pos del placer ; tras la fortuna ,
El poder , ó el fantasma de la gloria ,
Otros se agitan locos ; y él , en tanto
Abandonado y solo y apagada
La antorcha de la fé , y el alma muerta
A la esperanza pérfida , abismada
En su propio dolor , ¿ dónde cuitada ,
Encontrará la paz, la dicha cierta ,
Sino en el golfo inmenso de la nada ?

ANSELMO SUAREZ Y ROMERO.

35

ESCENAS CUBANAS.

(Dedicado á la Sra. Doña Mercedes Escobedo de Azcárate.)

En alguna tarde clara y apacible recorred, dejando atrás las casas del ingenio, las guardarayas de los cañaverales. Durante varios dias habeis visto girar las mazas del trapiche, brillar en los secaderos los panes de azúcar, caminar el buey alrededor de la pisa, brotar de las torres columnas de humo, posarse en los caballetes bandadas de mayitos y totíes, atravesar por el batey las carretas que vienen del corte de caña, y extender el bagazo para que despues de seco arda en las fornallas. Con frecuencia habeis reparado en los esclavos que llegan del campo al mediodía y al obscurecer, se colocan luego en la fila, van á la cocina, toman la racion, arrancan

de las resfriaderas con las puntas de los machetes pedazos de raspadura, meten las jícaras en los bombones rebosados de guarapo caliente, y se encaminan, por el trillo cubierto de ceniza, hácia las calles de los bohíos. En union de vuestra familia habeis buscado á menudo la sombra de la arboleda, y allí, debajo de los zapotes, de los tamarindos y de los mameyes, os habeis entregado á dulces conversaciones, que interrumpiais para escuchar el murmullo de las cascadas, para observar el vuelo del guaní sobre los granados, y para contemplar entre los troncos las áureas manchas de sol. A cada paso nuevos amigos han ido á visitaros, y con ellos habeis comido frutas, paseado por el jardin, examinado las diversas operaciones que exige la fabricacion del azúcar, y sentados alegremente á la mesa permanecísteis, oyendo parabienes sobre la prosperidad de vuestros intereses, hasta muy cerrada la noche.

Pero apartaos cualquiera tarde, cuando el sol principie á declinar, de los edificios del batey, y atravesando el puente construido sobre el rio, vagad por las guardarayas de los cañaverales. No percibireis allí, como os sucedia desde el portal de la casa de vivienda, ni los cantos de vuestros esclavos, ni el chasquido del látigo, ni el ruido del trapiche. En aquellos campos, que se extienden á larga distancia formando verdes horizontes, reina un melancólico silencio, y solamente lo interrumpen el silbi-

do de la yaguasa que desde los arbustos de las orillas se precipita en las aguas, los arrullos de las tojosas escondidas en los matorrales, y la caida de las yaguas tropezando con los troncos de las palmas. Vais por un trillo abierto entre la cañuela, infinidad de mariposas revolotean sobre las yerbas, y vivaces tomeguines se posan por instantes en los rabos de zorra. El viento hace ondular las cañas como las aguas del mar. Insectos de fúlgidos matices resplandecen á la luz del sol, grandes ratas atraviesan rápidamente la guardaraya, y el majá, que habia salido de entre la paja de los cañaverales, huye al rumor de vuestros pasos arrastrando por la yerba sus amarillentos anillos.

Acentos suaves, como las palabras de una madre, como los suspiros del amor, y como los mal reprimidos sollozos de las criaturas desdichadas, se exhalan arriba de vosotros. Son las pencas de las palmas, que agitándose á impulso de los vientos, derraman perennemente por los campos de la patria patéticas melodías. Sobre los cañaverales descuellan los erguidos ástiles, en cuya parte superior están la reluciente yagua, el racimo de palmiche, y los flexibles y largos penachos. La tierra alrededor se halla regada de purpúreos granos desprendidos por sí mismos, el camaleon se resbala lentamente por los troncos, y desde la punta del cogollo acecha el pitirre á los insectos que le han de servir de alimento. A

donde quiera que volvais los ojos encontrareis grupos de palmas, y os parecerá que sus pencas se pierden á lo léjos en el azul del cielo. Sus sonidos os conmueven hondamente, y arrebatándoos á arrobadores devaneos, soñais con santas felicidades, creeis que ellas se realizarán en la tierra en que nacísteis, murmurareis himnos de amor y de esperanza, y abundantes lágrimas bañarán vuestras mejillas.

En esto el sol habrá llegado al término de su carrera. Semejante á un inmenso disco de fuego, cuyos rojizos resplandores tiñen las ramas de los árboles, circúyenlo nubes de color de oro, de color de púrpura y de color de nácar. Otras nubes, cual deslumbrantes copos de nieve, corren ráudas á merced de la brisa. Poseidos de asombro contemplais aquella escena sublime, una especie de angustia os sobrecoge, parece que aguardais una calamidad, sentís pequeño vuestro espíritu, quereis prorumpir en gemidos, quereis hablar, quereis orar, hasta que ocultándose el sol en el ocaso, se difunde por la tierra la lúgubre claridad del crepúsculo. Las espléndidas nubes permanecen allí por algun tiempo; pero ellas vienen á ser como los recuerdos que las personas tiernamente amadas nos dejan despues de su muerte.

De improviso distinguís las carretas que cargadas con el último viaje regresan del corte de caña, y poco despues á los negros que á los ardientes rayos del sol estuvieron trabajando allí todo el dia.

Unos van delante de los bueyes guiándolos por el narigon, otros son los carreteros, y los demás con el machete en la mano llevan sobre la cabeza los haces de cogollo y de bejucos. Todos hablando en algazara, siguen la guardaraya que termina en el batey. En él entrais tambien, y subís la rampa de la casa de trapiche. Allí no hay nadie entónces, porque todos los negros están ocupados en acarrear combustible para las fornallas. Os apoyais en la baranda, tornais á contemplar los alrededores, y de nuevo comenzais á sentir y á meditar. Por encima de aquellas palmas, á cuyas mágicas modulaciones habiais llorado por la tarde, asoma la luna; las estrellas resplandecen en el firmamento; argentadas nubes dejan sus fugitivas sombras sobre los campos; oscuros bosques de cañas-bravas se levantan donde quiera, y la sinuosa línea de árboles señala las ondulaciones del rio.

Al fin llegan los esclavos. Los juntadores se sitúan al lado de la pila, los cargadores abastecen el burro, y los metedores arrojan á las mazas brazadas de caña; las ruedas crujen y los horcones tiemblan; como rugiente catarata se despeña el agua en los cajones de la voladora; y refulgentes chispas de guarapo salpican las macizas vírgenes y las dentadas coronas. Los trabajadores, para sacudir el sueño y para demostrar que se alegran con vuestra presencia, entonan estrepitosamente rudos cantares; pero las horas, eternas para

ellos, han transcurrido velozmente, y ya vienen de los bohíos los que han de hacer el cuarto de madrugada. Apénas habian principiado á descansar cuando el contramayoral fué á despertarlos. Por eso andan despacio, por eso se colocan perezosamente en sus puestos, por eso el burro se queda con frecuencia vacío, y por eso, sumidos en silencio, se duermen hasta caminando.

Os retirais entónces cruzando el espacioso batey, entrais en vuestra habitacion, y procurais conciliar el sueño; pero las ramas de los árboles inmediatos sacudidas por el viento, los gritos del mayoral y el chirrío de las ruedas de los carretones del bagazo, os lo impiden. Teneis conturbado el pecho, y cuanto se os ocurre, es por extremo triste. Aquellas mismas magnificencias de la naturaleza cubana que habian remontado vuestro espíritu á egregias fruiciones, contribuyen á postrarlo y abatirlo. Toda vuestra vida se os representa en un instante. Pensais si habeis cumplido siempre vuestros deberes, y en medio de las tinieblas de la conciencia casi no hallais motivos para regocijaros. Haceis sin embargo el propósito de remediar todas las aflicciones que podais, y cuando al rayar el alba veis la cuadrilla de trabajadores que se dirigen al corte de caña, vuestra pesadumbre será sin duda ménos amarga.

ALFREDO TORROELLA.

A MARIA SANTA CRUZ.

Bien haya la jóven tímida,
Bien haya el ángel sin alas
A quien baña en sus reflejos
La luna de la Macagua.
Dios guarde á la florecilla
Que en el ramo se destaca,
Que con su color seduce
Y con su perfume embriaga.
Salve á tu lira, más dulce
Que el trino de la calandria,
Que el perfume de los bosques
Y el almíbar de las cañas.

Viva feliz la cantora
Cuya mano delicada
Pinta el humo de las torres,
El penacho de las palmas,
Las verdes enredaderas
Y el risueño panorama
De las flores que se abren,
De los pájaros que cantan,
De los güines que se doblan
Y las mieles que se cuajan.
Quizás cuando duermes, niña,
En la noche sosegada,
Lluvia desciende del cielo
Que besa tu frente cándida,
Dulce riego de las flores
Que en tu pecho se aclimatan;
Pues nace de su perfume
La poesía de tu alma.
Canta, que las tiernas aves
Jamás temerosas callan,
Ni cubren el rojo pico
Con las plumas de sus alas;
Canta, que tu voz escuchan

La maravilla en la rama,
El ruiseñor en su nido,
Y las olas en la playa;
Canta, que tus dulces notas,
Que melódicas resbalan,
Jamás oirá indiferente
El corazon que te ama.
Posa tu vuelo en el hombro
Del anciano que te llama,
Y que sean tus canciones
El rocío de sus canas.
Pinta la ceiba gigante,
La tórtola solitaria,
La mariposa voluble,
La música de las aguas,
Las verdes enredaderas
Y el risueño panorama
De las flores que se abren,
De los pájaros que cantan,
De los güines que se doblan
Y las mieles que se cuajan.

LUNA DE ENERO.

(A María del S.)

—

Es noche y sale la luna :
Ven á llorar , alma mia ,
A beber melancolía
Y á buscar una ilusion.
Ven : que la luna consuela
A los que pierden su calma .
Y tú tienes triste el alma
Y yo enfermo el corazon.

Melancólica adormece
Placeres que el mundo exalta ,
Como se eclipsa y esmalta ,
Como cambia de color ,

Como tiembla en la arboleda,
Como juega entre las olas,
Escuchando barcarolas
Del errante pescador.

¡Cuánto es dulce en esta noche
Para el pecho enamorado,
La amargura del pasado
En el olvido arrojar;
Al reflejo de esa luna
Que finge ricos encajes,
Ya se oculte entre celajes,
Ó ya riele por el mar!

¡Qué bien caen sus fulgores
En tu faz color de rosa!
¡Concepcion más candorosa
No la soñó Milanes!
Bien haya su luz divina
Que derrama dulcemente
Un rayo sobre tu frente
Y un rayo bajo tus piés.

¡Dulce silencio del bosque!...
El ave calla sumisa,
Y duerme leda la brisa
En el cáliz de la flor.
Por el astro de la noche
Pídele á Dios mi fortuna:
¡Dile que tiene la luna
La pureza de mi amor!

Oremos: llanto de amores
Resbale por tus mejillas:
Ofrezcamos de rodillas
Nuestra mística oracion.
Y aun suspiras.... y suspiro,
Y los dos buscamos calma;
Porque tienes triste el alma
Y yo enfermo el corazon.

CREPUSCULO.

Duermen las flores, duermen las aves,
Lamentos suaves
Con débil són
El mundo cruzan dolor vertiendo,
Y por los aires van repitiendo:
— Llegó la hora de la oracion.

Llegó la noche. Con lento paso
El sol de Ocaso
Desapareció.
Dejó el amante la dura reja,
Y entre balidos la blanca oveja
Se fué al aprisco con su pastor.

Orad, cristianos. . . . y de rodillas
Las maravillas
De Dios contad.
Bendita noche. . . . te reverencio. . . .
Bendita noche, con tu silencio,
Benditas horas de soledad.

Aves y flores. . . . áuras y brisas,
Dormid sumisas,
La luz murió.
El mundo gira. ¡Veloz huida!
¡Cómo se marcha la breve vida!
Orad, cristianos, ya anocheció. . . .

¡Qué es la vida? Pobre barca
Que no sabe dónde va,
Débil leño abandonado
En las olas de la mar.
¿Quién la guia? Su velámen
Besa á veces el terral,
Ó sus mástiles derriba
Desatada tempestad.
Suspendida por cadenas

A su prora el ancla va :
Pero no sabe la barca
En qué puerto ha de fondear.
Y así marcha presurosa
Por las olas de la mar. . . .
¡ Pobre barca ! ¡ Pobre barca ,
Que no sabe dónde va !

Naufraga , si el ancla arroja
De amor en el vasto mar ,
Naufraga , si á tocar llega
Las playas de la amistad.
Y si las aves se posan
En sus mástiles , se van
Y no salvan á la nave
De la cruda tempestad.
Primero roja bandera
El aire besa fugaz ;
Más tarde negra divisa
En el mástil ondeará. . . .
Juventud es la primera ,
Linfa de claro cristal ;

La segunda , arroyo seco
Lamentable ancianidad.
Y así marcha presurosa
Por las olas de la mar. . . .
Sin velámen , sin piloto ,
Pobre barca , ¿ dónde vas ?

———

AL CIELO.

(Dedicada á mi amigo Nicolas Azcárate.)

¡Salve! rico dosel, que el mundo cubres,
Azul alfombra que el Señor pasea,
¡Salve! y perdona que mi loca idea
A tí se llegue y te pregunte osada,
Si habitan léjos del mundano ruido,
Tras tu esfera brillante y azulada,
Pueblos, como nosotros egoistas,
Que prefieren al láuro de la ciencia
El sangriento laurel de las conquistas.

El *más allá* que desde niño estudio
¿ Es mentira no más ? Las rojas nubes
Que al sol llevan en triste despedida
¿ Es sangre que en tus campos reverbera
De guerra asoladora y fratricida ?
¿ El ronco trueno que á la tierra asusta ,
El estrépito es que forma ráudo
El carro que conduce
Al fiero vencedor, que lleva uncidos
Los hombres que venció ? Responde , Cielo .
¿ Hay en tu espacio corazones falsos ?
¿ Y existen , como existen en la tierra ,
Reyes y pueblos , triunfos y cadalsos ?

Cielo , esplendente Cielo, ¡ cuántas veces
Espejo de la tierra te he creido ,
Porque hay en tí. . . . ¡ tanto celaje rojo !
¡ Y tanto nubarron ennegrecido ! . . .

¿ Y quién eres , que así con tal orgullo
La voz desprecias del que altivo canta ,
A quien tu horrible inmensidad no espanta ;
Que de las tempestades al arrullo

Ha aprendido á cantar. Febril mirada
Dirijo al sol, aunque en su luz me quemo,
Y al rebramar de la tormenta airada
Veo tus rayos surgir y no los temo.

Respóndeme, poesía,
Tú que á los cielos subes
Cuando recorre la *region vacía*
Hollando vientos y rompiendo nubes
El carro de mi loca fantasía;
Respóndeme si allí los hombres lanzan
El grito del poder amenazante;
Respóndeme si allá tienen abrigo
El lánguido cantar de los poetas
Y la voz implorante del mendigo.

Blancas nubes, que el éter presurosas
Surcando vais en fuga decidida,
¿Quién os sigue que rápidas os miro
Así correr en vergonzosa huida?
¿Acaso en ese cielo transparente,
Por tan augusta majestad velado,
Hay tambien quien persigue al inocente

Y luce infame el imperial ropaje
En sangre de sus víctimas manchado?

Allá en las horas de mi alegre infancia,
Cuando el ángel del mal sobre mi estancia
Cernió sus alas, y mi jóven madre
Lloraba su amargura,
Su llanto uniendo al llanto de mi padre,
Alzaba á tí mis ojos arrasados
Piedad pidiendo á Dios, — niño inocente,
Pero tú cruel burlando mis dolores,
Te esmaltabas del sol á los fulgores
Más limpio, más azul, más transparente.

Alumbra el sol, el padre de los astros,
Tu campo azul con fúlgidas centellas
Para hacer más gigante tu fortuna,
Te da sus rayos la plateada luna,
Sus vívidos reflejos las estrellas,
Oro las nubes, y zafir y plata,
Bordando las cortinas de tu oriente,
Y á tus leyes sumiso y obediente,
El Océano en sus olas te retrata.

Más de una vez al encumbrado monte
Fuíme anhelando conversar contigo :
Y al rugir de los vientos desatados ,
Cuando corren los rios desbordados ,
Y se tiñe de negro el horizonte ,
¡ Cielo ! clamé , y en vano te llamaba ,
Que para más acibarar mi anhelo ,
El huracan que palmas destrozaba ,
La tierra y todo te llamaban ¡ Cielo !
Y siempre , siempre , delirante , ansioso ,
Ya en la cumbre del monte , ya en el prado ,
Ya junto al mar que ruge majestuoso ,
Ya en los brazos del sueño aletargado ,
¡ Quise contigo hablar ! vana porfía ,
Delirio de la mente acalorada. . . .
¿ Por qué el aire fatigan mis querellas
Deleznable arteson , si no eres nada ,
Si cumpliendo la santa profecía ,
Con el sol y la luna y las estrellas
Has de caer despedazado un dia ? —

¡ Dios nada más , omnipotente , habita
Tus palacios de espléndido tesoro ,

Donde sostienen, sobre duro mármol,
Columnas de zafir techos de oro.

¡Dios nada más! que al Israelita esclavo
Bajo la egida de Moises un dia
Salvó de la ominosa tiranía,
Y en vez de las arenas abrasadas
Que serpea del Nilo la corriente,
Tuvo Israel, en mengua del Egipto,
Verdes selvas de pinos coronadas,
Del Jordan á la orilla floreciente.

¡Dios nada más! que al bárbaro romano,
Ungido rey en el augusto sólio,
Hace morir bajo la firme mano
Del que jura venganza ante la pira
De Bruto vengador, que ardiendo en ira,
Lleva la libertad al Capitolio.

¡Dios nada más! que al genoves marino
—"Anda, le dice,"— y el imbécil mundo,
Mísero siervo del fatal destino,
Burla sin causa su saber profundo.

¡ Dios nada más ! que pone la esperanza
Donde brota la negra desventura ; —
Y surca el mar que todos respetaban ,
Y á los necios , que loco le llamaban ,
Un mundo les regala su locura.

¡ Dios nada más ! que en la callada noche ,
Doquier deja su huella ,
Va naciendo una estrella ,
Y en un breve momento
Aparece estrellado el firmamento.

¡ Dios , y Dios nada más ! — Magnate altivo ,
A quien arrastra espléndida carroza
Libre del bien y del metal cautivo ,
Que niegas orgulloso una mirada
Del artesano á la mezquina choza : —
Huérfano triste que llorando imploras
Tu miserable pan : — pobres artistas
Que olvida el mundo con su pompa vana : —
Hija del pueblo , que llorando vives : —
Opulenta y altiva cortesana : —
¡ Venid á mí ! mi loca fantasía

Contempla ya despedazado el velo.
¡ Hay un Dios sobre el cielo que nos cubre !
Lo dice el sol que refulgente brilla;
Lo dicen las salobres
Olas que besan la escarpada orilla ;
Lo dice así nuestro vital anhelo.
¡ El padre de los buenos y los pobres,
El Dios de la verdad está en el Cielo !

CANTO DEL GAUCHO.

(A mi amigo Enrique Piñeyro.)

Ruge el tigre feroz. La selva oscura
Eco le presta á su feroz rugido,
Y el pastor temeroso y afligido
Esconde la manada en el redil.
¡ Gauchos alzad ! corramos á las pampas,
Recorran los corceles la llanura
Y revuelvan sus fuertes herraduras
Las cálidas arenas del Brasil.

Yo no tengo más bienes en el mundo
Que el puñal matador y el firme lazo,

Y cuando muevo mi nervudo brazo
Y hago al noble caballo relinchar;
Cuando jadeando ya, la fiera cede
Y rodamos en tierra enfurecidos,
Es música que embriaga mis sentidos
El último rugido del *jaguar*.

¡Cuántas veces perdido entre la selva,
De mi noble alazan asido al cuello,
Enredadas las hebras del cabello
Sentí en las garras de la bestia cruel
Y rugí como ella sanguinario,
Hirvió mi corazon.... creció el coraje,
Y frente á frente del feroz salvaje
Clavé mis dientes en su dura piel!

Pañador alazan, ¿por qué me arrastras
Del desierto en los áridos confines.....
Si sujetas mis manos á tus crines
Ceder no puede mi indomable afan?
¡Si relinchas audaz! punzante espuela
Sangrienta burlará tu noble brio,

Y si te arrojas al sonante rio
Nuestros cuerpos ahogados flotarán.

¡ Osos , chacales , tigres y leopardos
En los oscuros bosques escondidos ! . . . .
¡ Venidme á recrear ; vuestros rugidos
Entonen mi doliente funeral ,
Chispead los ojos. . . . entreabrid las bocas
Y mis carnes devore el más hambriento !
Que cada vez que atormenteis el viento
Os hundiré en el pecho mi puñal.

A los rayos del sol corra la sangre
De la bestia feroz que apuñaleo.
Sacien al fin mi matador deseo
Su rota piel y moribundo ahullar :
Que debe el gáucho presentarse al hombre
Con el rostro tostado ; y el vestido
Por la sangre del tigre enrojecido ,
Rasgado por las uñas del jaguar.

Yo defiendo al pastor amedrentado ,
Venzo del tigre la sangrienta saña :

Yo custodio el ganado y la cabaña
Y matizo de sangre el arenal.
El Genio de la muerte me conduce
A las entrañas de la selva umbría,
El instinto feroz es quien me guia,
Paso al hombre que vive del puñal.

═══════

ANTONIO ENRIQUE DE ZAFRA.

LA NIÑA LLOROSA.

Pálida está tu faz roja,
Tu frente se inclina mústia
Y tiemblas llena de angustia
Como en el árbol la hoja.
¿ Qué recuerdo te acongoja ?
¿ Por qué tu placer perdiste ?
¿ Algun amor concebiste
Y huyó dejándote llanto ?
¿ Qué tienes que lloras tanto ?
¿ Qué tienes que estás tan triste ?

¿ Fuiste tú la que serena
Alzabas tu frente hermosa ,
Como en el campo la rosa
Que el áura de aroma llena ?
Perlita en banco de arena ,
Ave , luz , céfiro , flor ,
¿ Esa huella de dolor
Por qué en tu rostro aparece ?
¿ Qué tienes , qué te entristece ?
¿ Qué tienes, angel de amor ?

——

¿ No te alegran los olores
De la pradera cercana ,
Ni ese cielo que engalana
La luna con sus fulgores ?
¿ Ni del áura los rumores ,
Ni el grato correr del rio ,
Ni las perlas del rocío ,
Ni el perfume del ambiente ?
¿ Qué tienes que estás doliente ?
¿ Por qué lloras , amor mio ?

Si piensas que te ofendí
Violando mi juramento ,
Desecha tal pensamiento
Y nunca dudes de mí.
Con ardiente frenesí
Te adoro y te adoraré ,
Y primero moriré
Que faltar á tus amores.
No llores , niña , no llores ,
¿ Por qué te angustias , porqué ?

A tus piés estoy rendido ,
Enjuga tu triste llanto ,
Que sufro con tu quebranto ,
Con tu pena estoy herido.
Un nuevo amor ha encendido
En mi alma tu desconsuelo.
Crece ya mi ardiente anhelo ,
¡ Enjuga el llanto ! no llores.
Sean los nuestros los amores
De los ángeles del cielo.

LA MUERTE DE SAUL.

El pueblo filisteo
Contra Israel el grito ha levantado
Y de las blancas tiendas del hebreo
Al viento flota el lino desplegado.

Los bravos escuadrones
Se embisten á la par con alaridos,
Así como leones,
Al salvaje compas de sus rugidos.

Al fuerte golpe de la lanza ruda ,
Bañado en sangre , el adalid perece ,
Y al eco vivo de la trompa aguda
El fuego ardiente de la lid acrece.

El piafante corcel en su carrera
Rompe la frente del cadáver frio ,
Y en el ardor de la contienda fiera
La crin sacude con pujante brío.

Las madres desoladas
De sus hijos llorando el fin sangriento
Se estrechan á sus carnes desgarradas
Y exhalan de dolor triste lamento.

Ve la esposa morir al caro esposo
Y la hermana al hermano á quien adora ,
Y del combate al eco pavoroso
Une su voz el que piedad implora.

Cual rayo que del cielo se desprende
Y arroja al suelo la robusta encina ,
Cual saeta veloz que el aire hiende
Corre Saul entre la inmensa ruina.

Arroja llamas de sus negros ojos,
Violento late el corazon que abriga,
Y quiere sangre y bélicos despojos
Como el lobo la presa en su fatiga.

Sacude la poblada cabellera,
Agita el hierro en la robusta mano;
Y á su contrario derribar espera,
Como la hoz del segador el grano.

Al frente de su hueste lidiadora
El vivo fuego del valor enciende,
Como del sol la llama abrasadora,
Que cuanto toca prende.

Saul encarnizado
Al són del eco funeral que zumba,
Quiere triunfar como feroz soldado,
Ó en el campo marcial abrir su tumba.

¡ Oh mísera esperanza !
¡ Espuma leve que se lleva el viento !
En vano blandirá su fuerte lanza
Por ceñir en la sien laurel sangriento.

En vano sus murallas
Coronará de bravos ballesteros,
¡ El Dios de las batallas
Lecho mortal prepara á sus guerreros !

Su loca rebeldía ,
Los crímenes que brotan en su historia ,
Serán sentencia de su muerte un dia ,
Manos que borren su pasada gloria.

Perderá la esperanza que alimenta ,
Monarca de Israel , tu pueblo impío ,
Como un eco en la ráfaga violenta ,
Como se pierde entre la mar el rio.

Como espantados ciervos tus legiones
Huirán en la batalla ,
Y clavará el contrario sus pendones
De cuerpos muertos sobre gran muralla.

Oye , Saul , la ronca vocería ,
El lúgubre lamento ,
Que así como el clamor de la agonía ,
Corre á perderse en la region del viento.

El mísero israelita ,
Cual rebaño del lobo perseguido ,
En vergonzosa fuga ya se agita ,
Rotas las armas , el valor perdido.

¡ Del monte Gelboé sobre la altura
Sus bravas huestes sin honor cayeron !
¡ A sus plantas se abrió la sepultura
Y á sus negros abismos descendieron !

Saul , del hierro vencedor herido ,
Siente menguar la sangre de sus venas ,
Y ántes quiere morir que ser ceñido
Del fiero vencedor por las cadenas.

¿ Qué espera ya el monarca destronado ,
Si fué vencido en la mortal pelea ,
Si de la mano el cetro le ha quitado
Y con el cetro el reino de Judea ?

Sin amigos , sin huestes ni vasallos ,
Muertos los hijos que su gloria fuéron ,
Rodaron á los piés de los caballos
Los grandes que su voz obedecieron.

Desnuda el arma, hiérese con ella,
Término pone á su contraria suerte,
Y con su vida al par se hunde su estrella
En las sombras eternas de la muerte.

¡Murió Saul! en ronca gritería
Vencido y vencedor así exclamaron,
Y los ecos, que el viento repetia,
En los lejanos montes resonaron.

Murió Saul, y el pueblo filisteo
Al limpio són de la broncina trompa
Paseó su cabeza por trofeo
De ciudad en ciudad con régia pompa.

Y sus armas temidas en la tierra,
Las que alzaron de sangre hirvientes mares,
Se colocaron cual botin de guerra
Del templo de Astarot en los altares.

¡Saul! ¿dó fué tu gloria?
¿Dónde el poder de tus guerreros? ¿dónde?
Perdistes el laurel de la victoria,
Y cuanto tuyo fué la tierra esconde.

¡ Ungido de Israel ! al són del canto,
Que en tu sepulcro lúgubre retumba,
Vuelve á ceñir con la corona el manto
Y proclámate rey sobre la tumba.

RAMON ZAMBRANA.

GUTTEMBERG.

(Soneto.)

En vano quiso audaz el pensamiento
Con ley eterna dominar el mundo :
Cuánto más se agitaba , más profundo
Valladar encontraba en su ardimiento.
Pero apareces tú , y en alto asiento
Le colocas con vuelo sin segundo ,
Y grande y fuerte y vívido y fecundo
Desde un polo hasta el otro va su aliento.
¡ Gloria á tí , GUTTEMBERG ! — Y ricas flores
Rieguen ante tu estátua , palpitantes ,
Los genios á quien diste la existencia :
Y , entre llamas de célicos fulgores ,
Te saluden sin término , triunfantes ,
Arte , industria , blason , poder y ciencia.

DIOS.

(Soneto.)

¿ Dónde estás, sumo Dios, que á cada instante
Parece que me agitas con tu aliento,
Que acudes á mi loco pensamiento,
Que á mis dudas respondes incesante?
¿ Te velas en la lumbre fulgurante?
¿ Te escondes en las ráfagas del viento?
¿ Ó cruzas en el ráudo movimiento
De la bóveda altiva y vacilante?
Mas no, que si en las obras de tu mano
Te ve la fé profunda, no es en ellas
Do piadoso te velas ó te escondes.
Cuando te siente mi temor profano,
Cuando te llamo ¡ oh Dios! en mis querellas,
Es en mi corazon donde respondes.

MOISES.

(Soneto.)

Por la décima vez implora en vano
Moisés la libertad de sus hebreos,
Que ve, cuanto más arde en sus deseos,
El sol de su esperanza más lejano.
Con nueve plagas su potente mano
Holló del rey inícuo los trofeos,
Mas ni cesan los fieros devaneos,
Ni se humilla la frente del tirano.
Alza entónces su vara prodigiosa
El gran legislador, y en hondas nieblas
Hace que el rayo de su enojo vibre:
Y el mundo, en la leccion calamitosa,
Ve que sólo le aguardan las tinieblas
Al bárbaro opresor de un pueblo libre.

CHATEAUBRIAND.

(Soneto.)

Deten, gallardo cisne, pára el vuelo;
Que ya estás en la hermosa Palestina:
¿Quieres, para posarte, una colina?
Allí tienes la cumbre del Carmelo.
Haz en ella que suban hasta el cielo
Los blandos ecos de tu voz divina:
Vuelva á entonar el ave peregrina
Los melodiosos cantos del consuelo.
Tal vez, si á oirte receloso acude,
Se humille el ateismo temerario.....
Mas, pronto de Occidente el rumbo toma,
Que acaso, cuando alegre te salude,
Reviva en la Tebáida el solitario,
Ó renazcan los mártires de Roma.

G. DE BOUILLON.

(Soneto.)

Al clamor de la Europa estremecida
La falange guerrera se adelanta,
Sin que al mover la vigorosa planta
Doble una sola vez la frente erguida.
De las remotas sendas, atrevida,
Salva los lindes con ardor que espanta;
Y en las murallas de Salem, levanta
La enseña de la fé, nunca vencida.
¡Honor á nuestro rey! la hueste exclama;
Y Godofredo, con marcial decoro,
Responde en estas frases peregrinas:
—"¡Gloria sólo á la Cruz que nos inflama;
Que yo no ceñiré corona de oro
En donde Cristo la ciñó de espinas."—

ATILA.

(Soneto.)

Como de negras nubes apiñadas
Brota el rayo, con ímpetu violento,
Conmueve la montaña por cimiento
Y deja las llanuras quebrantadas: —
De las selvas del Norte dilatadas
Lánzase Atila, y á su rudo acento,
Se estremece de Roma el pavimento
Y quedan sus legiones aterradas.
El azote de Dios va sobre el mundo
Furioso, asolador, irresistible;
Que es cólera del cielo su pujanza;
Mas, al saciar su enojo furibundo,
Ve al Gran Leon el tártaro terrible,
Y depone á sus piés ira y venganza.

LA BIBLIA.

(Soneto.)

Monumento sagrado, libro de oro,
Donde, á la luz de inspiracion divina,
Escribieron los hombres la doctrina
Que ensalza en himnos el celeste coro:
De ciencia y fé riquísimo tesoro;
La frente ante tus páginas se inclina
Si alza Moisés su vara peregrina,
Si el plectro de David vibra sonoro.
Astro de amor, que buscas incesante,
Al sol eterno en órbita segura,
Ya tocastes al almo perihelio:
Ya de un confin al otro vas triunfante;
Que la esencia de Dios en tí fulgura,
Que es tu llama la ley del Evangelio.

¿ Sentiste dentro el alma, en tu tristeza,
Sollozar á Desdémona afligida?
¡ Tú llorabas, mi bien! — Tu boca mústia
Mi boca comprimió; su duro peso
Sobre tu cuello descargó la angustia
Y fué el dolor quien recibió mi beso.

Así, yo te besé pálida y yerta:
Así dos meses despues ¡ oh niña mia!
¡ Estabas ya bajo la tierra, muerta,
Y yerba vil sobre mi amor crecia!
No fué muy duro tu existir: al verte,
Te protegió risueña la fortuna;
Y una mañana, al despertar, la muerte
Voló hácia Dios y te llevó en la cuna.
¡ Oh dulce hogar que hospeda á la inocencia!
¡ Cantos, sueños de paz, glorias doradas!
¡ Oh, augusta soledad! ¡ santa creencia,
Sonrisas de placer, tristes miradas!
¡ Y tú tambien, pasion conmovedora,
Que en el umbral de Margarita hacias
Temblar á Fausto!... ¿ á dónde estais ahora, —
Dulce candor de los primeros dias?....

¡ Duerme por fin en paz ! ¡ Duerme , ángel mio !
¡ Paz profunda á tu alma ! ¡ Adios ! — Tu mano ,
Ya no más , en las noches del Estío ,
Podrá vagar sobre el marfil del piano . . .

Sembrad , amigos , cuando yo muera ,
Un triste sáuce en el cementerio ;
Me gusta un árbol tan funeral ,
Y ha tiempo aguardo , que en el misterio ,
Será su sombra , sombra ligera
Para mi humilde lecho mortal.

NOCTURNO.

¡ Señor ! ¡ Señor ! el pájaro perdido
Puede hallar donde quiera su alimento ,
En cualquier árbol colocar su nido ,
Y á cualquier hora atravesar el viento ;

¡ Y el hombre , el dueño que á la tierra envias
Armado para entrar en la contienda ,
No sabe , al despertar todos los dias ,
En qué desierto ha de plantar su tienda !

Dejas que el blanco cisne , en la laguna ,
El canto de los céfiros aguarde ,
Jugando con el brillo de la luna ,
Nadando entre los rayos de la tarde.

¡ Y á mí , Señor, á mí no se me alcanza ,
En medio de la mar embravecida ,
Jugar con la ilusion ó la esperanza
En esta triste noche de la vida ! . . . .

Esparce su perfume la azucena
Sin lastimar su seno delicado ,
Y si el hombre refiere alguna pena
Le queda el corazon atormentado.

Humilla su cabeza indiferente
El bruto en las agrestes soledades ,
Y si yo logro doblegar la frente
No puedo doblegar mis vanidades.

Y ¿ quién soy yo ? — Poeta vagabundo
Que vengo , como un réprobo maldito ,
A contar una hora en este mundo
En presencia de Dios y lo infinito.

Vengo á pulsar el arpa un breve instante ;
Y en mi suerte más bella , sólo espero. . . .
¡ Que me sirva de tumba , como al Dante ,
Un camino tal vez del extranjero !

Tengo el alma, Señor, adolorida;
Y aunque á la voz de un triste no te asombres,
No me quieras culpar porque te pida
Otra patria, otro siglo, y otros hombres;

Que en esta edad de tránsito que asoma
Con mi pais de promision no acierto:
¡Mis tiempos son los de la antigua Roma,
Y mis hermanos con la Grecia han muerto!

¡Oh Fáusto! ¡Fáusto! ¡tu razon sombría
En lo más hondo de mi pecho gime!
¡Oh, Bellini inmortal, tu pena es mia!
¡Oh tu amor es mi amor, Byron sublime!

La estrella de mi siglo se ha eclipsado,
Y no encuentro la senda que yo anhelo:
El lirio de la fé se ha marchitado:
Ya no hay escala que conduzca al cielo.

Van los pueblos á orar al templo santo
Y llevan una lámpara mezquina,—
¡Y el Cristo allí sobre la cruz en tanto
Abre los brazos y la frente inclina!

Voluptuoso el amor en sus placeres,
Ni busca mirtos ni laurel aguarda,
Y cubren con un velo las mujeres
Al ángel adormido de su guarda.

Y yo, Señor, como apacible rio,
Que oculta un mónstruo en su callado seno,
Canto en reposo y de mi mal me rio, —
¡Y tengo el corazon de angustias lleno!

NOCHE TEMPESTUOSA.

(A Nicolas Azcárate.)

Murió la luna ; el ángel de las nieblas
Su cadáver recoge en blanca gasa ;
Y en un manto de rayos y tinieblas
El Dios del huracan envuelto pasa.

Llueve y torna á llover ; el hondo seno
Rasga la nube en conmocion violenta ,
Y en las sendas incógnitas del trueno
Combate la legion de la tormenta.

¡ Qué oscuridad ! ¡ qué negros horizontes !
¡ Qué momentos de angustias y pesares !
¡ Ay de aquellos que viajan por los montes !
¡ Ay de aquellos que están sobre los mares !

¡ Cuántos niños habrá sin pan ni techo
Que se lamenten de dolor profundo !
¡ Cuánto enfermo infeliz sin luz ni lecho !
¡ Cuánta pobre mujer sola en el mundo !

Salta preñado el rio sobre el llano
Y amenaza á los buenos labradores,
Y encuentran los insectos un Oceano
En el agua que rueda entre las flores.

Cansado el marinero se arrodilla
En la cubierta del bajel errante,
Y en vano busca en la lejana orilla
El faro salvador del navegante.

¡ Qué triste noche ! y en mi hogar, en tanto,
Todo en el órden y en la paz reposa :
Duerme mi niña en su silencio santo,
Y se entretiene en su labor mi esposa.

A D. JOSE S. JORRIN.

(Soneto improvisado despues de haber oido su discurso, la noche del 8 de Mayo.)

¡ Oh ! Yo quisiera en síntesis suprema
Resumir tu discurso peregrino ,
Para que fuese luz en mi camino
Y de mi ardiente fé grandioso lema.
Tú has desenvuelto el luminoso tema
Que revela del arte el gran destino ;
Sér humano , te alzaste á lo divino ,
Y brotó de tus labios un poema.
Latiendo está mi pecho , siento el alma
Transportada á ese templo refulgente ,
Do triunfa el genio en majestuosa calma ;
Pero , no : yo me quedo en su pendiente ,
Porque quiero escoger la primer palma
Con que , al sentarte en él , ciñas tu frente.

JUAN CLEMENTE ZENEA.

LUCIA.

—

(Imitacion de A. de Musset.)

———

Sembrad, amigos, cuando yo muera,
Un triste sáuce en el cementerio;
Me gusta un árbol tan funeral,
Y ha tiempo aguardo, que en el misterio,
Será su sombra, sombra ligera
Para mi humilde lecho mortal.

Estábamos sentados juntos: — ella
Inclinaba su frente, y sobre el piano
Dejaba en tanto, pensativa y bella
Al capricho vagar su blanca mano.

No era más que un murmullo : parecia
Que era la voz de un céfiro distante
Que el ave inplume despertar temia,
Y entre los juncos se quedaba errante.
Los delirios, las ánsias voluptuosas
Que en horas melancólicas brotaron,
Salieron del capullo de las rosas
Y á fuego lento el corazon quemaron.
Meció su rama mústia el roble añoso,
La estrella del pesar rasgó su velo,
Y al gemir de la noche, en el reposo,
Nos pareció que nos hablaba el cielo.
Entraba por las rejas entreabiertas
El olor virginal de los collados,
Estaban las praderas ya desiertas,
Y estábamos los dos enamorados.
Estábamos así meditabundos,
Solos y tristes, y en la edad florida
En que se van las almas á otros mundos,
Y aspiran lo inmortal en otra vida.
Yo me puse á mirarla : —era Lucía
En lo infinito del dolor un astro :
Era rubia, y el rostro le cubria

La suave palidez del alabastro.
Nunca otros ojos, en mayores duelos,
Buscaron más la luz en lo futuro,
Sondearon más lo inmenso de los cielos,
Ni reflejaron un azul más puro:
Yo me embriagaba en su hermosura, y tanto
La castidad solemnizó sus gracias,
Que en ella halló por fin mi afecto santo
Una hermana de dichas y desgracias.
Pasaban en silencio los momentos;
Y viendo yo que su semblante ardia
En la llama de ocultos pensamientos,
Cogí su mano y la estreché en la mia.
Y entónces comprendí que en los enojos
De la fortuna, sólo dan la calma
La juventud de unos hermosos ojos
Y la apacible juventud del alma.
Levantóse la luna en el Oriente
En medio de la atmósfera serena;
Y ella, al sentir la luz sobre su frente,
Sonrió cual ángel y cantó su pena:

. . . .

. . . .

¡ Oh Diosa del dolor ! ¡ Dulce armonía !
Idioma del amor y del consuelo,
Que Italia nos prestó con la poesía
Y que la Italia recibió del cielo !
¡ Lengua del corazon, sublime acento,
Idealidad, que va en la nube esbelta,
Espacio en que no teme el pensamiento
Pasar cual vírgen en su velo envuelta !
¡ Oh ! quién puede saber cuántos halagos
Siente la jóven que infeliz delira,
Y lo que dice en los suspiros vagos
Que nacen en el aire que respira !
¿ Quién lo puede saber ? — Uno sorprende
Una mirada, y lo demás lo ignora
La multitud, como jamás entiende
Lo que en la noche y en los bosques llora.

Los dos á contemplarnos nos pusimos,
Y estrechó su horizonte la esperanza,
Y dentro el pecho retemblar sentimos
El eco angelical de su romanza.
Ella inclinó en mi seno su cabeza
Y comenzó á gemir ¡ oh, mi querida !

Sentimos ella y yo las agonías
Que sufre el hombre de diversos modos ;
Me acuerdo yo de mis revueltos dias ,
Y nos ponemos á rogar por todos.

FIN.

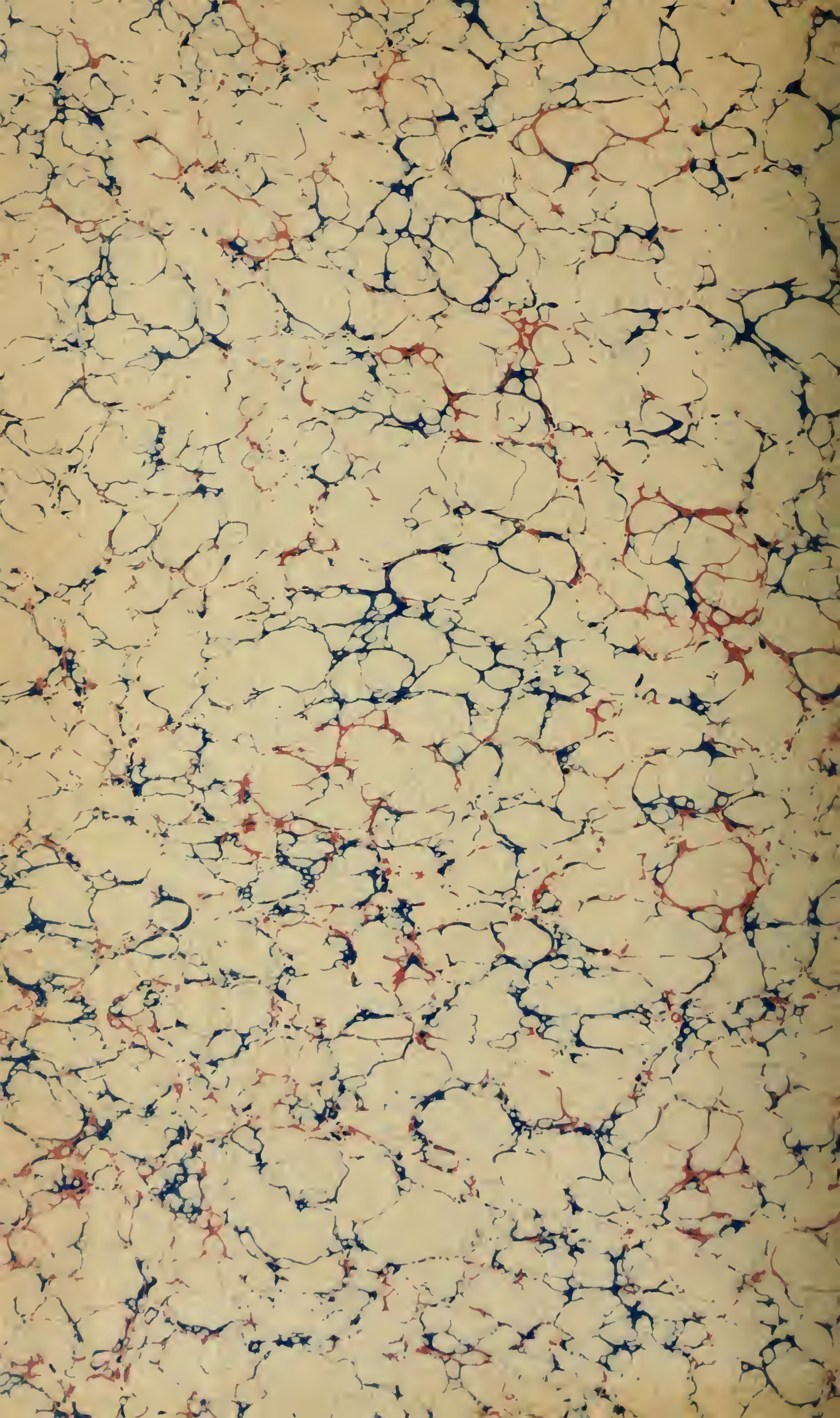
ÍNDICE.

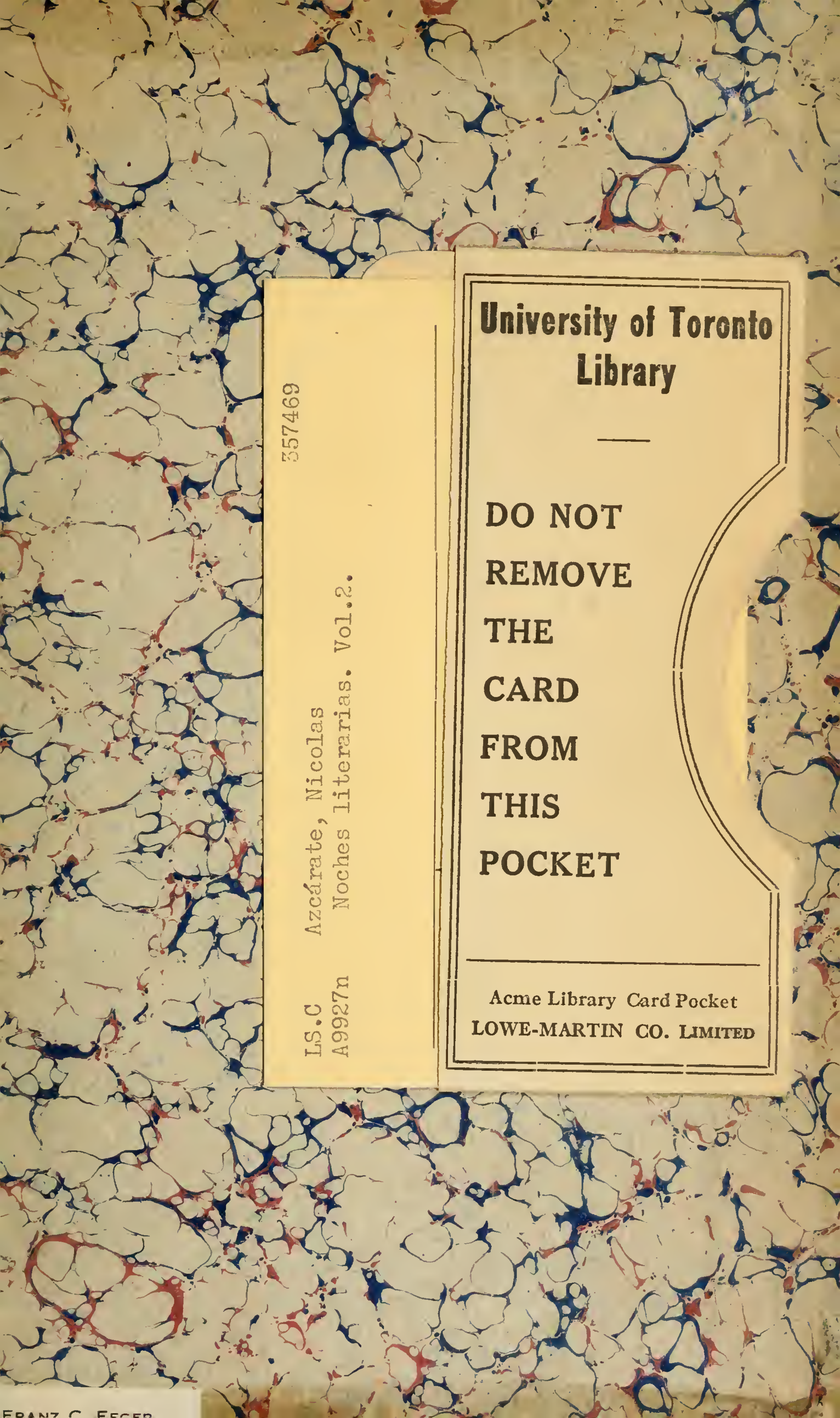
—

ERRATAS NOTABLES

DE ESTE TOMO SEGUNDO.

Págs.	*Líns.*	*Dice.*	*Léase.*
67	6	crepon	crespon.
124	12	triste	mústio.
304	15	Pafiador.	Piafador.




University of Toronto Library
DO NOT REMOVE THE CARD FROM THIS POCKET
Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED
357469
LS.C A9927n
Azcárate, Nicolas
Noches literarias. Vol.2.

